

# grandes novelistas

ERNST WIECHERT

## BOSQUES Y HOMBRES

Ernst Wiechert no es tan sólo un lúcido observador de la realidad humana. En *Bosques y hombres*, como años atrás en *Una sin nombre* y más recientemente en *Cualquiera*, se afirma el artista de honda sensibilidad y poderosa intuición, cualidades ambas que le permiten elaborar páginas como éstas, inconfundiblemente suyas por lo admirable de la descripción y la magia evocativa que las colma.

Adviértase en Wiechert la irresistible atracción que sobre sus facultades ejerce el mundo de la naturaleza, con su fascinante causal de misterio y secreto, sólo accesible para quienes como él poseen aptitud capaz de percibirlo íntimamente. Esta sensibilidad, frecuente en el hombre de los pueblos nórdicos, halla su expresión más auténtica en un lirismo de la mejor ley. Las formas, el color, los olores y el sonido son elementos constitutivos del paisaje lejano y del contorno inmediato, que así se convierten no pocas veces en verdaderos protagonistas de la acción. Toda esta materia artística no va a servir para elaborar descripciones convencionales. Por el contrario se incorpora a las vivencias del personaje con tanta fuerza y tanta verdad, que se le vuelven inseparables.

Hemos dicho que hay en Ernst Wiechert un lúcido observador de la realidad humana. Hagamos de añadir ahora que coexiste en él un poeta de alto vuelo. Y de tal conjunción ha nacido un libro, tremendamente humano por auténtico, a la vez que admirable objeto de belleza por la realización estética que comporta.

ERNST WIECHERT

BOSQUES  
Y HOMBRES

NOVELA



---

EMECE EDITORES / BUENOS AIRES

Título del original alemán:

WÄLDER UND MENSCHEN

Traducción de:

NÉLIDA MENDILAHARZU DE MACHAIN

© VERLAG KURT DESCH, MÜNCHEN

) 9 (

## INTRODUCCIÓN

A veces, mientras pronuncio una conferencia en alguna gran ciudad —especialmente cuando lo hago en el extranjero—, mi mirada recorre el pasillo que va desde mi estrado hasta el extremo de la sala, y ese pasillo se va alargando ante mis ojos como una calle interminable que corriera entre arbustos oscuros hasta el confín de la Tierra. Y allá atrás, donde se juntan los bordes, veo mi propia imagen, tal como fui una vez: un niño descalzo, con el cayado de pastor en una mano; un niño que parte con su rebaño a conquistar el mundo.

Nuestras miradas se encuentran —comienzo y fin de un puente— y de pronto aquella imagen parece concentrar toda mi vida. Guardo silencio por unos instantes, con un ligero sobresalto, y siento que se hace conciencia algo que habitualmente ignoro: la enorme distancia que media entre los dos extremos.

Es probable que este libro haya nacido en esos instantes, mucho antes de que yo comenzara a escribirlo. Ha nacido pues de la humildad y de un vago temor a que ese niño parado en el extremo del camino desapareciera para nunca más volver.

Pero ahora está aquí. He conjurado su presencia, la he arrancado de entre los vivos y los muertos con un exorcismo callado y feliz, durante las noches, junto al fuego del hogar, cuando la llama juega sobre el leño y el viento gime en la chimenea.

No sé si puede interesarle a alguien más que a mí. He tejido una tela y la exhibo. Me siento en la calle para que todos puedan verla. Y quien se detenga y se agache a contemplarla quizá advierta, como yo, lo que Dios ha hecho con el esfuerzo y el trabajo de un ser humano.

AMBACH, junto al lago Starnberg.

Enero de 1936.

Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723

© EMECÉ EDITORES, S. A. - Buenos Aires, 1962

## ORÍGENES Y AMBIENTE

No puedo comenzar por las raíces de mi linaje y considerarme como el coronamiento de nuestro árbol genealógico, porque es muy poco lo que sé de nuestros antepasados. No llegué a conocer al abuelo cuyo apellido llevo. Lo único que sé de él es que vivía en las landas de Johannisburg, en una aldea cuyo nombre encerraba muchos misterios para mí; que desempeñaba un cargo sin importancia en la alcaldía; que mi madre lo respetaba y lo consideraba "un hombre de bien" y que la actividad fundamental de su vida parece haberse desarrollado en los distritos de caza que arrendaba y en cuyas islas y juncales debe haber trascurrido la mayor parte de la juventud de mi padre, que fue sin duda su época más feliz.

De mi abuela conservo un recuerdo vago y poco amable. La veo alta y enjuta, siempre vestida de negro. Es probable que nunca me haya hecho daño alguno y que me profesara un afecto sincero; pero quizá esa parquedad en el habla, tan propia de nuestra familia, ha sido la causa de que yo interpretara como severidad y aspereza, lo que no era más que un intento de predicar con el ejemplo aquello de que el silencio es oro. Vivió más de noventa años y creo que la tierra le debe resultar más liviana que la vida.

De la rama materna sólo alcancé a conocer al padre de mi madre. Su apellido era de origen francés y no es sólo su pelo oscuro lo que me hace pensar en que una corriente de sangre extranjera debió abrirse paso hasta nuestra aislada Masuria, quién sabe a través de qué caprichos del destino. Era dueño de una vieja casa de campo unida a una hostería, y debe haber sido un hombre con gran sentido de la justicia, característica que no sólo legó a sus hijos sino también a sus nietos. Vivía en Cruttinnen, una pequeña aldea perdida entre bosques infi-

nitos, a orillas del río Cruttinnen, célebre por su belleza. Durante muchos años de mi vida ese pueblo fue para mí la encarnación del esplendor, de la aventura y del mágico aislamiento. Probablemente no difería mucho de las demás aldeas de los bosques de mi provincia natal; pero en ningún otro lugar del mundo había tantos lagos y cenagales, tantas garzas y águilas, tantos cazadores con armas maravillosamente relucientes, tantos robles centenarios y tantas frambuesas dulces como en ese camino de dos horas que mediaba entre nuestra casa de guardabosques y el hogar de mi abuelo. Allí arriba planeaba sobre nuestro carro el águila barbuda que robaba los esturiones del lago y cuyo grito doloroso agitaba en mi pecho un sentimiento nuevo, una sensación que yo calificaba de "indescriptible". A la izquierda corría el oscuro riacho del bosque cuya profundidad se decía insondable y cuyo producto nos pertenecía. Allí anidaba la planga y, sobre prados intransitables, se erguían las primeras grullas que vi en mi vida. Y luego se veía fulgurar, entre bosques oscuros, el lago que yo contemplaba estremecido, esperando siempre escuchar el sonido de imaginarias campanas sumergidas en él. Y el camino descendía suavemente hacia Morawa, un claro cubierto de hierba y rodeado de añosos robles. Allí comenzaba la oscura cadena de lagos que llegaba hasta el enorme Muckersee y —como un milagro— se veía brotar de las aguas oscuras el torrente luminoso, móvil y transparente del río Cruttinnen, que corría silencioso bajo los grises puentes de madera, surcado por el centelleante rayo del Martín Pescador y flanqueado por bosques que se asomaban a él estremecidos por el quejumbroso grito del águila.

Mi abuela materna debe haber muerto joven pues yo no la conocí, pero su recuerdo vivió siempre en sus cinco hijos, quizá más por la bondad de su corazón que por su severidad o por su belleza. Pertenecía a una familia que se había extendido por toda Masuria y que había lanzado algunos brotes hacia las profundidades de Polonia y Rusia, brotes a los que el último gran levantamiento polaco sumió en la miseria.

Mi abuelo se casó por segunda vez dos años después de la muerte de su primera mujer y así quedamos ligados a una fami-

lia cuyo origen polaco no sólo se evidenciaba en el apellido. Sin fantasear demasiado puedo imaginar, pues, que en mí se ha reunido sangre germana, eslava y latina, del mismo modo que durante siglos las corrientes étnicas se mezclaron en el sur de mi provincia natal modelando el tipo humano a través de numerosas generaciones, hasta que ya nadie puede reconocer el origen por la apariencia de los descendientes. Pero mi padre pertenecía a una estirpe rubia y alta, y nuestro apellido es de origen germano y puede derivar tanto de la palabra *fibuhirti* —que en alemán antiguo significa vaquero—, como de *vichart*, es decir "el duro en la lucha". Considero que ambos significados trasuntan un honroso origen.

Entre mis recuerdos más remotos aparece una tercera familia, una rama consanguínea que brindó maestros muy capaces a nuestra provincia. Esta familia era, sin duda, de origen lituano y uno de sus miembros más conspicuos, mi tía Veronika, colmó mi infancia de cuentos, sagas e historias, que han sido patrimonio de ese pueblo desde tiempos remotos.

Y esto es todo lo que puedo decir de mis oscuros orígenes. Quizá sean más felices aquellos que pueden seguir el rastro de su sangre hasta siglos en que se dan la mano la historia y la saga, y es probable que una persona sienta crecer su orgullo y su seguridad al saber que una mujer de su estirpe murió en la hoguera, acusada de bruja; que un abuelo terminó sus días en el cadalso, luego de hacer de las suyas con el mangual en la Guerra de los Labradoros, o que llevó a una comunidad a su florecimiento, o que estuvo junto a su rey en una hora difícil. Pero si alguna vez he sentido la tentación de seguir el rastro de mis antepasados, siempre me ha detenido el oscuro temor de perturbar la paz de los muertos, y no he ido más allá del pequeño claro al que me conduce mi primer recuerdo, un claro en el que aparecen mis padres y en torno al cual se eleva silencioso el bosque interminable de mi terruño. Quizá logre realmente hacer derivar mi vida de esas tres fuentes.

Mi abuelo tenía un hijo y cuatro hijas. El hijo recibió una formación cultural sólida en el gimnasio de una pequeña ciudad, se hizo comerciante y llegó a procurador de una firma

muy respetada de Königsberg. Era el primer "renegado" de una estirpe cuyo ámbito había sido siempre el bosque y el campo. Las mujeres, en cambio, eligieron marido entre los "uniformes verdes", como se solía decir en nuestra provincia; con otras palabras, se convirtieron en mujeres de guardabosques. Mi padre debe haber llegado a Cruttinnen a comienzos de la década del ochenta, luego de haber servido en el regimiento de cazadores y de haber pasado un año en Alsacia. En Cruttinnen se casó con mi madre y al poco tiempo pasó a desempeñar un cargo de guarda forestal en el norte de la provincia. Allí nació un año después, mi hermano mayor.

Esta primera incursión en el mundo no debe haber sido nada fácil para mi madre. Salía de una casa segura, protegida y feliz para internarse en lo desconocido, para vivir en una ruinoso casa de labranza, con un ingreso anual de menos de sesenta tálers al año —que era la paga de mi padre—, en medio de la sombría soledad de los bosques y cenagales lituanos. Todo eso debe haber acentuado esa tendencia a la melancolía que luego fue ensombreciendo su vida hasta el punto de que, treinta años más tarde, no fue ya capaz de soportarla.

Recuerdo que de vez en cuando narraba con dolorosa sonrisa su primera noche en aquella casa, aquella velada en que de pronto había comenzado a moverse la pared que estaba detrás del sofá, en la "sala de recibo", hasta que por fin apareció un agujero y en el agujero la cabeza de una vaca. Pared de por medio estaba el establo de la casa. Mi madre pudo creer, quizá, que esa noche entraría en el paraíso de la vida; pero lo que nunca supuso es que las vacas estuvieran tan cerca de ese paraíso. Es probable que ése haya sido para ella el comienzo de una serie de experiencias amargas y hasta el fin de sus días no pudo comprender cabalmente por qué junto a sus ilusiones siempre tenía que aparecer una realidad dura y gris.

Mi padre debe haber obtenido el puesto de inspector de bosques en Kleinort a comienzos de 1887, y allí nació yo el 18 de mayo de ese mismo año.

Si bien es cierto que en medio del caos y el desconcierto del mundo el rostro de los padres es lo único permanente para el

niño, comenzaré por hablar de la tierra en la que crecí y que tuvo más influencia en mi formación que en la de otros niños.

La casa debía ser bastante nueva cuando mis padres llegaron a ella. Era de ladrillos rojos con techo de tejas, lo que la hacía aparecer como un producto del orden y la solidez fiscal, pues la construcción de madera y el techo de paja o juncos aún eran cosa corriente en aquella región. El lavadero y el establo, que se levantaban a cierta distancia de la casa habitación, tenían el mismo aspecto "sólido". El henil, en cambio, con sus vigas pardas, podía haber formado parte de la edificación de una granja. También era muy rústica la apariencia de cierta casilla de madera vecina a la casa; pero la permanencia en ella no inspiraba precisamente églogas cuando la temperatura descendía a 20 grados bajo cero.

Pasaron muchos años antes de que la administración de bosques —el *Forstfiskus*, como se la llamaba con toda reverencia en ese entonces— autorizara la construcción de una galería de madera con grandes ventanales sobre el frente norte. Quizá lo hiciera por considerar que un guardabosques celoso de su deber debía permanecer tanto tiempo al aire libre que era innecesario obligarlo a ventilarse también en su casa. Primitivamente se entraba por una pesada puerta al vestíbulo con piso de ladrillos, del cual partían escaleras hacia el piso alto y hacia el sótano. Estas escaleras eran tan empinadas que cada ascenso o descenso representaba un peligro mortal. En mis primeros años de vida las recorrí más de una vez cabeza abajo.

El vestíbulo —en cuya penumbra se alzaba la percha de las escopetas como luminosa isla del deseo— se comunicaba por la derecha con la cocina y por la izquierda con la "sala de recibo", que tenía además un pequeño "gabinete", muy poco utilizado. Al fondo estaba el cuarto de estar y el dormitorio de mis padres, una habitación estrecha cuya alfombra multicolor y espejo con marco la convertían para mí en un palacio de leyenda que sólo se me permitía habitar en épocas de enfermedad. En el piso alto, sobre el frente sur, había una pequeña habitación —el "cuarto de arriba"— con una ventana y una estufa de azulejos verdes. Ese fue el lugar en que mi infancia

asimiló la mayor parte de sus conocimientos y de sus sueños, de sus dolores y sus alegrías.

El resto de la humanidad que integraba nuestro mundo tenía un alojamiento harto rústico; la criada se acomodaba en el "banco de dormir" de la cocina, el mozo de labranza y el muchacho que cuidaba del ganado, en el establo con las vacas y los caballos.

La casa estaba rodeada de jardín por tres frentes. Sin duda se trataba de un jardín muy pobre, según el concepto actual, con unos pocos manzanos y guindos centenarios, cubiertos de musgo, algunos frutales finos plantados por mi padre, unos cuantos arbustos de fresas y un par de canteros con flores. Pero su esplendor residía en una hilera de abetos que lo limitaban hacia el Este y hacia el Sur, y en un bosquecillo de saúcos que lo rodeaba por dos lados. Y cuando en los tristes años de mi exilio urbano invocaba la imagen del hogar, aquel jardín parecía concentrar todo lo que puede colmar de felicidad el corazón de un niño.

Alrededor de la casa se extendían nuestros campos, que abarcaban casi sesenta yugadas y en torno a los cuales se elevaba la muralla infinitamente silenciosa del bosque. La mirada sólo podía tenderse hacia el Sudeste. En esa dirección, entre prados pantanosos, juncos y añosos alisos estaba nuestro lago, y en la lomada arenosa que se levantaba detrás de él, las únicas poblaciones que veíamos: las tres o cuatro granjas de la aldea Kleinort —techos de junco bajo centenarios arcos— y las dos casas de labranza de Kleinbrück, en donde vivían los hermanos enemistados. Cerca de nuestra casa, junto al linde del bosque, corría una antigua carretera que surgía entre viejos pinos y se perdía nuevamente entre árboles jóvenes plantados por mi padre. Eso era todo lo que alcanzábamos a ver del mundo.

## VISLUMBRE Y COMIENZO

Tenía yo tres años cuando nos llegó otro hermano, y por los relatos de mis parientes tengo la impresión de que los tres comenzamos hombro a hombro la conquista de nuestro mundo, en lo bueno y en lo malo, tan fieles e inseparables como esos hermanos que suelen describirse en los cuentos.

Pero el nacimiento de mi hermano menor no es la primera luz en la penumbra gris de mis recuerdos. En el umbral de mi conciencia aparece la muerte de mi abuelo materno, en Cruttinnen. Me veo una noche, en la estrecha habitación de mis padres. Hay una vela encendida y su tembloroso resplandor cae sobre un papel amarillento. Es un telegrama que han traído de la aldea, y mi madre se retuerce las manos y llora. Luego despiertan a toda la casa, se atan los caballos al carro, mis padres y el criado parten y nosotros quedamos solos con la sirvienta.

Luego vuelven a perderse las imágenes para resurgir algunos días después con el entierro. Creo que es un hermoso día de otoño, muy azul y tibio. Veo una sala —para los niños hay siempre muchas "salas"— y mucha gente, y en el centro está el ataúd con el muerto. Siguiendo la costumbre de entonces no se ha cerrado la tapa y puedo contemplar largamente ese rostro familiar y tan horriblemente rígido. No entiendo nada. Veo que la gente llora y veo que al rostro no le importa. Oigo sermones y cantos, pero todo eso se va sepultando en aquello que se eleva lenta e implacablemente de las coronas, lágrimas y colores, aquello que me envuelve y comienza a asfixiarme en un vago aroma terriblemente desconocido y terriblemente dulzón que se levanta del cajón y cae sobre mí. Y me desmayo y tienen que retirarme de la sala, y otra vez es todo oscuridad por mucho tiempo.

¿Qué más veo? Debemos haber hecho un viaje de muchas millas en carro, hacia una ciudad a orillas de un gran lago. Y veo aguas azulgrisáceas, y sobre las aguas un pájaro que vuela, probablemente una gaviota; y la imagen de unas alas finas y de un vuelo silencioso que asciende y desciende acompañado por un suave reflejo en el lago me llena de una bienaventuranza tal que la impresión perdura hasta hoy.

Veo a la madre de mi padre y a una niñita, su nieta. La pequeña me pide que la lleve en los hombros y yo accedo, mientras luchan en mí la sensación de la vergüenza y del orgullo.

De aquellos primeros años de mi vida, que han quedado sumidos para siempre en la penumbra, tampoco me ha llegado mucho a través de relatos, y sólo me ha quedado una suma de experiencias ya que no se trata de observaciones concretas aisladas. Parece ser que yo era un niño muy quieto, siempre perdido en un rincón, silenciosamente ensimismado. Cuando había visitas me sentaba en un banquito, en el rincón más apartado, apoyaba la cabeza en las manos y observaba y escuchaba con avidez. La presencia de otros niños no alteraba mi actitud; pero, de tiempo en tiempo, sin motivo aparente, me ponía de pie, subía a mi banquillo y desde allí pronunciaba largos y fogosos discursos ante un auditorio en parte azorado y en parte entusiasmado, como un pequeño predicador sobre el cual hubiera descendido repentinamente el Espíritu Santo.

El espacio físico de mi mundo infantil también permanece mucho tiempo en las tinieblas; la casa, el jardín, la granja, el bosque. Hay un detalle que nace antes que ningún otro: el fuego de la cocina y la enorme campana que asomaba sobre él. Esta campana era una especie de chimenea cuyo contorno inferior coincidía con el de la cocina y se encontraba aproximadamente a un metro por encima de ésta, enangostándose luego hacia arriba, hacia la boca de salida. Era negra y reluciente de humo y hollín, y cuando la llama subía mucho se veían centellear lucécitas rojas en su húmeda negrura y había chispas aisladas que eran disparadas hacia arriba y se perdían en lo extraterreno.

Fue allí donde escuché los primeros cuentos, o por lo menos los que más se grabaron en mí. El espectáculo de un fuego que se extingue siempre me pareció algo mágico, y el sonido quejoso y cantarino del leño que se va consumiendo fue, desde que tengo uso de razón, "la canción del hombre del fuego". Pero cuando la mirada iba más allá y se internaba en la negra garganta de la campana, en la que gemía el viento con voz escalofriante, los diablos, brujas y hechiceros no tenían que recorrer un camino muy largo para llegar a mi alma estremecida y creo que las potencias del averno entraron muy temprano en mí y contribuyeron a modelar mi espíritu.

Hay un último recuerdo que surge de esa primera penumbra, el recuerdo de algo cuyo significado e importancia sólo llegué a comprender muchos años después, pero que en aquella oportunidad ya me llenó de una sorda sensación de injusticia y violencia. Era natural que quisiéramos mucho a nuestra criada. Para mí, que había crecido en un ambiente rural, no había "subordinados" ni diferencias sociales y mi corazón —aún intacto— abrazaba con igual amor a todos los seres vivientes que poblaban el ámbito de la casa, hombres y animales, señores y criados.

Entre las criadas de aquella época hay una que recuerdo con particular nitidez. Se llamaba Lotte y estuvo muchos años con nosotros. Y recuerdo un día de otoño: se ha organizado una batida en nuestro coto. Mi madre está enferma, internada en una clínica de Königsberg —la mitad de su vida transcurrió en clínicas— y por la mañana muy temprano se reúnen cazadores, perros, carros y caballos en nuestro patio. Hay un guarda forestal muy barrigón y amable que lleva un cuerno de caza colgado del hombro, y yo sé que todo el esplendor de ese día está exclusivamente en sus manos. Y todavía hoy veo a los cazadores que se alejan de la casa y todavía hoy escucho el indescriptible sonido del cuerno que anunciaba la primera batida. Más tarde el sol se abre paso a través de la niebla y oigo, cada vez más lejos, tiros y señales.

Este día debería permanecer en mi recuerdo como algo luminoso, pero no es así, porque está empañado por una sorda

inquietud y un angustioso desconcierto. Creo que Lotte está enferma porque ante mis ojos se mueve un rostro desesperado y a mis oídos llega un suave gemir escalera arriba y escalera abajo. Los cazadores regresan al atardecer, pero nada tiene la alegría habitual. Se van a la hostería de la aldea vecina, también desaparece el cuerno de caza, ese objeto celestial nimbado de oro, y una niebla triste cierra el recuerdo del día.

Pero entonces regresa mi madre y ocurre alguna desgracia. Hay palabras duras, lágrimas y turbación, y repentinamente Lotte no está más. Y de manera incomprensible llega a mi conciencia el hecho de que Lotte ha dado a luz dos niños en el atardecer de aquel día. No puedo forjarme una idea clara al respecto y lo único que entiendo es que un ser a quien yo amo se ha marchado repentinamente, sintiéndose desdichado, rechazado, borrado.

Podría decir que esa fue la primera oportunidad en la que apareció en mi vida el "problema social", si cabe aplicar el término en ese caso, y parece ser que el vago instinto del niño ya respondió en la misma forma en que lo haría mucho después la razón y la experiencia de años posteriores. Cuando comprendí de qué se trataba, el incidente arrojó una sombra sobre el afecto que profesaba a mi madre, porque yo no podía tolerar una nube en el resplandor que para mí nimbaba su figura.

Yo no podía comprender ni perdonar. No se me ocurría pensar que quizá el trabajo y las obligaciones diarias no permitieran otra solución. Por primera vez oía la palabra "ignominia" y por primera vez veía que la ignominia era capaz de borrar todo lo pasado, el trabajo y la fidelidad, y de arrojar a un ser a la desdicha y a la miseria.

También me encariñé con la sucesora de Lotte, pero recuerdo que durante mucho tiempo recé todas las noches para que ella no tuviera hijos y no fuera arrancada así de mi lado. Si mi memoria no me engaña, el hecho no se volvió a producir.

Con la iniciación de la "vida intelectual" comienza a ordenarse en mi memoria, eslabón por eslabón, la brillante cadena de acontecimientos. El día en que nos sentamos por primera vez con nuestra primera maestra particular ante la mesa de estu-

dio del cuarto de arriba, marca pues el comienzo de mi verdadera vida consciente. Sin embargo, considero necesario mencionar un par de recuerdos difusos que a mi parecer trasuntan algo más que una casualidad: mi primer amor y mi primer odio, mi primer horror y mi primer contacto con el arte.

Tuve muchos cariños; pero mi primer cariño fue una mujer de esa familia de origen polaco que ya mencionara. Si mal no recuerdo, estaba casada con un comerciante. Más tarde se trasladaron a otra región de Alemania y su vida fue muy difícil. Sólo la vi una o dos veces, en casa de mi abuelo, en Cruttinnen. Dicen que era una mujer muy hermosa pero lo único que conservo en mi memoria es un rostro pálido y sereno, una cadena de oro que pendía del cuello y unos ojos muy mansos. Recuerdo también que muy en el fondo de mi alma la calificaba de "marmórea". Nunca había visto un trozo de mármol y no se me ocurre cómo pude llegar a utilizar esa metáfora poética tan anticuada, pero sé que pasaba horas sin apartar los ojos de aquel rostro y que mi vida giró durante muchos meses en torno a aquella existencia.

Quizá haya sido una compensación natural a mi precoz capacidad de amar el hecho de que el odio llenara también mi alma mucho antes de que yo conociera el significado de la palabra. En mi niñez, la mayoría de las solitarias aldeas de nuestra provincia vivían del trabajo en el bosque y sucedía con frecuencia que cuando el atardecer nos sorprendía lejos de la casa, ocupados en nuestros juegos, los leñadores pasaran junto a nosotros en su camino de regreso y nos dirigieran alguna palabra amable. Pero entre esos hombres había uno, cuyo nombre y aspecto he olvidado, que nunca pasaba a nuestro lado sin lanzarnos una palabra o un gesto sucio. No entendíamos ni las palabras ni los gestos, porque ignorábamos lo que era bueno y lo que era malo, por nuestra falta de contacto con otros niños y por el natural respeto de la servidumbre ante nuestra inocencia; pero debía haber en nosotros un precoz sentimiento de pudor que nos hacía intuir la impura satisfacción que llevaba a aquel individuo a enturbiar todo lo limpio que encontraba a su paso.

Ese hombre fue quien despertó mi primer odio, odio cuya intensidad me llevó a desearle la muerte. Mi deseo infantil no tuvo influencia sobre su vida, pero sé que su figura fue durante mucho tiempo una sombra sobre nuestros juegos y que nos sentíamos profundamente felices la tarde en que podíamos mirarnos con certeza consoladora y comentar: "Hoy no dijo nada."

Mi primera sensación de horror también se remonta a un pasado muy distante, anterior aun a mi primer contacto con la muerte y sin embargo vinculado con ésta. Por ese entonces era habitual que el faenamiento invernal de una casa se pusiera en manos de un carnicero de los alrededores, y de ese hombre y de su sangrienta profesión me acuerdo con una sensación oscura a la que no puedo calificar sino como sensación de horror. No puede haber sido solamente la muerte de un animal, porque nunca me sentí así ante las piezas de caza que solía traer mi padre. Tienen que haber sido los preparativos para matar, lo maquinal de todo aquello, y quizá también la irrupción de la muerte en el pacífico recinto de la comunidad doméstica a la que pertenecían también los animales, lo que me hacía ver el proceso no como algo natural, sino como un asesinato.

Pero pasaré a un recuerdo más amable, para que no se piense que toda la etapa inicial de mi vida está sumida en la oscuridad y en el miedo. Los primeros placeres que me proporcionó el arte me llegaron a través de la música y, un poco más tarde según creo, a través del dibujo. La poesía recién entró en mi vida cuando la primera maestra trajo consigo las primeras obras literarias a nuestra casa tan pobre en libros.

Siempre me ha parecido extraño que haya sido una mala persona la que logró emocionarme hasta las lágrimas con la música de su flauta. Se trataba de un cuñado de mi padre, un guarda de aduana que trabajaba en la frontera con Rusia. Un individuo arruinado por las deudas y la bebida. Creo que algún tiempo después trató de enredar a mi padre en un negocio sucio, quizá incitarlo a una falsa declaración en un pleito por herencia, gracias a la cual nuestros parientes habrían obtenido una ganancia deshonestamente.

Ante la negativa de mi padre, aquel hombre se volvió contra nuestra familia con un odio profundo y debe haber habido un proceso que mi padre ganó en primera instancia y luego perdió, y cuyas consecuencias flotaron durante mucho tiempo como una siniestra sombra sobre nuestra casa.

No sé si tocaba muy bien. Sé, en cambio, que aquel atardecer en que por primera vez lo vi sostener la flauta fue para mí inolvidable. El instrumento en sí, con su madera negra y sus llaves de plata, parecía pleno de prometedores misterios. Y cuando nació la primera melodía bajo aquellas manos y se elevó y llenó el espacio con su confusa belleza, sentí que algo se estremecía dentro de mí, algo que hasta entonces no había conocido y de lo cual sólo podían liberarme las primeras "lágrimas de felicidad".

No creo que me hayan comprendido; es más, recuerdo que hubo reproches y burlas, quizá porque mi naturaleza soñadora y sensible ya comenzaba a preocupar a mis padres. Y sin embargo había sucedido algo trascendente: un mundo nuevo había abierto por primera vez sus puertas ante mí, y nadie supo que yo me había rendido definitivamente a él.

Más o menos por esa misma época entró otra vez la música en mi vida, pero en forma mucho más intensa y arrebatadora. Parece ser que una orquesta de alguna ciudad distante recorrió en gira nuestra región para dar conciertos en los pueblos que contaban con una sala de espectáculos. Y a pesar de que siempre he olvidado muy pronto los nombres vinculados superficialmente con mi vida, aún recuerdo hoy —a más de cuarenta años— que el director de esa orquesta se llamaba Poppek. Sin duda es un nombre que no llegó a ser famoso, y sin embargo bastó para envolverme en un hechizo incomparable.

En este concierto, al que me llevaron mis padres, experimenté por primera vez el éxtasis del sonido. El espectáculo de los instrumentos, que pude contemplar de cerca durante los intervalos, debe haber ejercido una influencia irresistible sobre mí. Y si el brillo y las formas, para mí monstruosas, de los instrumentos de viento casi me quitaron el aliento; y si la modesta imagen de la flauta quedó eclipsada por el esplendor de

los clarinetes, de los oboes y fagotes; si la grave dignidad de los violoncelos y la amenazadora majestad del contrabajo me llenó de estremecido respeto, recuerdo perfectamente que mi amor ardiente y deslumbrado se volcó sobre los violines que se estrechaban contra el pecho con un gesto tan tierno y cuidadoso y de cuyas cuerdas brotaban tonos que yo nunca había escuchado y que a mi parecer sólo podían ser arrancados por manos celestiales.

Tengo la sensación de haber vivido durante años del recuerdo de ese concierto; es como si mi vida exterior hubiera seguido recorriendo sus habituales senderos infantiles, mientras mi alma sólo se alimentaba del eco de aquellos sonos que habían dejado en mí una infinita añoranza. Pronto traté de demostrar, a mi manera infantil, aquello de que todo arte es "imitación de la naturaleza". Era lógico que procurara conmovér a mis padres con lágrimas y súplicas para que me regalaran un violín; pero la adquisición de un violín debe haber sido para ellos lo mismo que sería para mí hoy la adquisición de un trasatlántico. Y como los niños y los enamorados siempre creen que no pueden seguir viviendo sin determinadas cosas, me decidí a fabricar mi propio violín. En nuestra casa no faltaban las cajas de cigarrillos, y es probable que alguno de los mozos de cuadra me haya ayudado a sujetar el mango del violín a su cuerpo un tanto primitivo. Todo lo demás quedó librado a mis propias fuerzas; el trenzado de las cuerdas con crin fue una tarea que no ofreció mayores dificultades, y nuestros viejos guindos estuvieron de acuerdo en que, por una vez, su resina no me sirviera de comida sino de colofonía.

No sé cuando fueron mayores mi orgullo, mi felicidad y desesperación, si en la hora en que concluí el manuscrito de mi primera novela, o en el instante en que coloqué mi primer violín bajo la barbilla y dejé deslizar por vez primera el arco sobre las oscuras cuerdas trenzadas. En ambos casos, el efecto sobre el público parece no haber respondido a las esperanzas del creador. Apenas había comenzado a arrancar melodías inmortales de mi caja maravillosa, cuando nuestra criada Amalia —que ocupaba un lugar de privilegio en mi corazón— se sin-

tió dominada por una intensa emoción que no se manifestó precisamente en lágrimas, sino en carcajadas cada vez más ruidosas.

Primero, desconcertado por completo, debo haber dejado caer mi arco, pero luego, herido en lo más íntimo de mis sentimientos artísticos, debo haberme preguntado si el fuego de mi alma no bastaba para vencer la resistencia de este mundo obtuso y arrancar de los ojos de una muchacha rústica las mismas lágrimas que comenzaban a llenar los míos. Pero como las risas malvadas no cesaban, sentí bullir en mí la ira sagrada del genio y maldije a aquella mujer con las palabras más duras que me brindaron mis conocimientos bíblicos. Recuerdo haberle repetido a gritos: "¡Yo te maldigo! ¡Yo te maldigo!", mientras en mi interior se mezclaban el horror ante la maldición que pronunciaban mis labios y el sufrimiento por la total derrota que acababa de sufrir.

Luego tomé mi violín y me interné en el bosque. Allí nadie se reía, allí nadie se tapaba los oídos. Y cuando volví a mi vida diaria, ya serenado por completo, era un poco más desdichado, pero también un poco más modesto en mis pretensiones a una corona bajo las estrellas.

Finalmente, ya que hablamos de música, quiero dedicar un recuerdo agradecido a los "bohemos" que emergían de los bosques una o dos veces por verano para visitar la aldea y tocar tres o cuatro piezas, recompensadas con mucho pan y poco dinero, y que luego se perdían nuevamente en la espesura como ángeles que regresaran a sus moradas celestes. La designación de bohemos era una supervivencia de las épocas en que la música de nuestra región era la que en forma exclusiva ejecutaban pequeñas bandas ambulantes integradas por miembros de ese pueblo dotado de manera tan extraordinaria para la música. En mi infancia todavía se daban los tipos oscuros y exóticos entre esos músicos ambulantes, pero es probable que la mayoría de ellos fueron naturales de alguna juiciosa ciudad provinciana de nuestra patria y que sólo les quedara el nombre, el hechizo del vagabundo sin patria ni hogar, que sólo estaba a sus anchas en el reino de los sonidos.

De cuando en cuando los acompañaba alguna mujer que tocaba el arpa y que por lo general tenía un aspecto apérgamizado, cuando no estragado; pero me temo que la infinita tristeza conque yo los veía desaparecer nuevamente en los bosques, no obedecía sólo al vacío que dejaba la música que se iba con ellos, sino a la imagen de esas mujeres a las que debo haber considerado de una belleza divina.

En el campo de las "artes plásticas", mis primeros recuerdos se vinculan con la muerte. La mujer del Inspector Mayor de Bosques de nuestra zona había muerto en plena juventud y el hecho de que aquel hombre fuera siempre tan cariñoso con nosotros, los niños, hizo que su dolor me afectara más de lo que hubiera sido natural en un caso así. El sepelio se realizó en un frío y luminoso día de invierno. Mis padres se habían marchado en el trineo rumbo a la casa de duelo y yo me veo, inexplicablemente, ante la mesa de nuestro cuarto de estar contemplando una lámina a dos páginas de la revista *Gartenlaube*, que representaba la capilla ardiente del Kaiser Guillermo I. Recuerdo la pasión y la feliz entrega con que me esforcé por trasladar a una hoja en blanco aquella macabra y brillante glorificación de la muerte.

A pesar del día y del tema escogido debo haber experimentado una alegría muy pura, un sentimiento semejante al de quien ve abrirse ante sí las puertas de una desconocida tierra de promisión, pues todavía hoy recuerdo la expectante felicidad con que veía llenarse de formas y figuras la hoja en blanco. No me cabe duda de que debo haber considerado mi trabajo tan perfecto como el modelo y tampoco dudo de que mi entrega a una obra de arte me permitió superar —de un modo infantil e inconsciente— lo destructivo que hay en el espectáculo de la muerte; es más, que ese mismo espectáculo se transformó así en consuelo.

Esta es pues, a grandes rasgos, la imagen de mí mismo que puedo extraer de la oscuridad y la penumbra de mi lejana niñez. Es el estrecho círculo de una vida diaria en la que se mueve sin mucho ruido un niño. No hay grandiosidad en los acontecimientos, ni en las relaciones, ni en el hombre. Rodeado de

bosques interminables, del curso de las estaciones, del afecto de una pequeña comunidad; precozmente entregado al sufrimiento y a la ensoñación, capaz de tempranas conmociones, piadoso y aún libre de pecado; pero todo ello velado ya por un anhelo impreciso. No siempre capaz de enfrentar la realidad; ni héroe ni conquistador; más contemplativo que activo; inclinado a glorificar lo diferente y a huir de lo real para refugiarse en lo irreal. La vida, aún defendida por los mayores, no exige decisiones; la ausencia de compañeros de juego no impone la valiente afirmación de sí mismo; la falta de golpes del destino no crea tempranas defensas. La planta puede crecer aún obedeciendo su propia ley interior, y ya se advierte un brote hacia lo infinito, brote que deberá podarse severamente en el cultivo ulterior. Pero aún todo es inconsciente y por tanto sin sombra, y es la escuela la que trae un mundo nuevo hasta los límites del mundo infantil, la que exhibe el deber, el premio y el castigo ante los ojos asombrados, la que señala una tierra desconocida sobre la que se levanta un nuevo Sol a cuyo encuentro nos lanzamos, cada vez más urgidos e impacientes, y que sin embargo se oculta todas las noches como el viejo Sol, sin que hayamos conseguido posar nuestra mano sobre su ardiente halo.

## SOBRE LIBROS Y SABER LIBRESCO

Creo que fue una hora trascendental en mi infancia aquella en que me vi por primera vez ante una mesa cuyo solemne apresto no hablaba de juego sino de trabajo; cuando la figura sentada frente a mí no fue la de mi madre, sino la de una persona extraña cuyas manos acomodaban cuidadosamente cuadernos y libros y cuyos ojos con una mezcla de severidad, condescendencia y orgullo, miraban los míos que esperaban, crédulos e ilusionados, la revelación de todas las maravillas del cielo y de la tierra.

Creo que nuestra primera maestra particular nada sabía del imperativo categórico ni de la lógica formal de Herbart y supongo que fue para nuestro bien, porque así la simplicidad de su pensamiento y la bondad de su corazón permanecieron intactos. Eso le permitió conducir sin trabas a tres niños sumisos, curiosos y crédulos, a través de una tierra llena de maravillas, y parte de la luz de nuestros ojos deslumbrados tiene que haberse reflejado en ella, embelleciendo su vida pobre y solitaria. Tras la puerta de nuestro cuarto de estudio no se erguía la majestuosa silueta de un director, ni la todopoderosa figura de un inspector, siempre dispuestos a entrar de improviso para asegurarse de que allí se acataban y se honraban las sagradas leyes de la pedagogía. Desde afuera sólo nos llegaban los sonidos y rumores de una vida sin artificio y ante nuestra ventana abierta susurraban imperturbables los enormes abetos. En esta hermosa libertad se inició nuestra primera incursión en el reino del espíritu. Así marchamos, dispuestos a considerar cada palabra pronunciada por nuestra conductora como un evangelio y a transformar cada letra que debíamos trazar en una inmortal obra de arte.

Este ingreso mío en el mundo de la primera ciencia y de

las primeras artes, que más adelante sería mi medio; el mundo del intelecto y de la fantasía, conserva en mi memoria una inalterable aureola de felicidad. Puede ser que en mí se haya concentrado la sed de generaciones enteras forzadas a una vida de trabajo, y que mi alma bebiera por fin lo que tantos otros de mi misma sangre no habían podido beber. Es verdad que yo ya no era un forastero en el mundo de los cuentos y ni siquiera en el de la Biblia, pero lo que se abría ahora ante mí parecía abarcar el universo entero y las habilidades recién adquiridas, como la de escribir, leer y calcular iban acompañadas por la larga caravana de figuras de la saga y de la historia, de ambos Testamentos y de ese mundo infinito que crean los poetas.

Todo aquello me encantaba, muchas cosas me conmovían y algunas me estremecían; pero nada contribuyó tanto a modelar mi alma en ese período como el Libro de los Libros. No sé si fue el silencioso arte de mi maestra o mi propia fantasía lo que hizo que todos esos seres y esos acontecimientos no permanecieran para mí en la lejanía de un pasado gris, sino al alcance de mis manos; que la estrella de Belén brillara sobre nuestros pesebres; que Ruth, la espigadora, marchara sobre nuestros rastrojos de centeno; que José alcanzara el cáliz de plata a sus hermanos allí donde la carretera salía de los bosques; y que en nuestra granja se oyera la voz de aquel gallo cuyo canto hizo verter amargas lágrimas a Pedro. Sin duda, la simplicidad y eternidad de las figuras bíblicas logró superar tiempo y espacio y encendió en el alma de un niño del bosque la misma luz milenaria que brillara sobre tantos pueblos y naciones.

No, no me avergonzaba de las lágrimas vertidas sobre las páginas de la Biblia. ¡Cuánto más pobre y fría hubiera sido mi vida si en ese entonces no me hubiera entregado con tan ilimitada pasión a ese mundo en que se pecaba y se mataba como en todos los tiempos, pero en el que también se amaba y se perdonaba, todo esto en un lenguaje que aún hoy nos permite creer que Dios hablaba por boca de aquellos hombres!

Es probable que nuestra primera guía en el reino del espí-

ritu haya ocupado uno de los últimos peldaños en la escala de valores, si aplicamos esta escala con un concepto actual. Indudablemente no era un genio e indudablemente tenía ciertas características que sólo podrían comentarse con mucha cautela "en sociedad". Recuerdo, por ejemplo, que una de sus pasiones era la caza de pulgas, así como en muchos países de nuestro planeta hay quienes sienten pasión por la caza de cabezas. Diariamente, cuando entrábamos por la mañana a nuestro cuarto de estudio —que por falta de espacio era a la vez su dormitorio y sala— encontrábamos al borde de la mesa, prolijamente ordenadas en "fila de uno", las pulgas que había cazado y matado durante la noche. No sé qué hacía con sus víctimas, pero recuerdo en cambio que el humor de nuestra pedagoga dependía mucho de la magnitud del botín, de modo que por la noche no sólo le deseábamos un sueño feliz, sino también una buena cacería.

Esta bondadosa guía de nuestros primeros pasos intelectuales desapareció silenciosamente de nuestras vidas pocos años después, y su partida se ha borrado por completo de mi memoria.

Su sucesora era natural de Pomerania. Era una mujer alta y magra, siempre vestida de negro. Fue la primera persona que nos propinó una que otra bofetada y su mano era tan dura que casi parecía de madera. Quizá haya sido por eso que durante mucho tiempo imaginé a la provincia de Pomerania como una tierra habitada por gente enlutada, que sólo comía jamón y que en los intervalos se dedicaba a azotar a los niños.

Esta dama huesuda y violenta desapareció muy pronto de nuestra vista; aparentemente, mis padres tampoco estaban de acuerdo con su pedagogía de puños. En este punto comenzó una nueva etapa de nuestra ruta intelectual, ya que nuestra formación se confió de ahí en adelante a manos masculinas. No cabe duda de que ese cambio fue una bendición para nosotros, pues no hay que olvidar que a pesar de nuestra predisposición favorable y de nuestra buena voluntad no dejábamos de ser niños criados en un medio rústico, que fumaban y disparaban armas de fuego a los seis años; que éramos tres hermanos unidos, muy fuertes en nuestra unión; y que junto a la figura de

Ruth, la espigadora, también se erguía ante nosotros el joven David invitándonos a imitar —aunque de manera imperfecta— sus actos de arrojo.

Ahora bien, no estoy muy seguro de que los educadores de sexo masculino que llegaron a la soledad de nuestros bosques tuvieran siempre la mano firme y sabia que se requiere para dominar los caballos jóvenes de un carro. Casi todos ellos eran teólogos y casi todos un poco tísicos, y creo que esa mezcla de elevación espiritual y de miseria física no les permitía enfrentar con gallardía todas las situaciones que surgían en nuestro cuarto de estudio y en nuestros bosques.

La misma enfermedad que padecían —que sin duda era muy benigna— se nos hacía particularmente interesante por un motivo: para su curación, la medicina recurría en ese entonces a un aparato que atraía toda nuestra atención, tanto por su aspecto como por su funcionamiento. No es difícil suponer que un aparato de inhalaciones de cuyo tubo surgen espesos vapores que penetran en la boca abierta de un maestro particular tiene que concentrar en sí las miradas de tres niños del bosque. También es lógico suponer que nuestros ojos deben haber revelado la misma fervorosa entrega que hubieran exhibido las miradas de una tribu africana ante la cual el hombre blanco pusiera en funcionamiento una caja de música, con su inexplicable melodía.

Y con la lógica de los seres primitivos, lo primero que hicimos fue desintegrar el objeto maravilloso para descubrir su "alma", cosa que no resultó beneficiosa ni para el objeto en cuestión ni para nosotros. Pero nuestras ansias de saber no se detuvieron allí, y así decidimos perfeccionar el líquido prescrito por los facultativos, incorporándole ingredientes que revelaban una precoz tendencia al naturismo. La idea de añadir huevos de hormiga fue sin duda de una lógica genial; pero hoy no alcanzo a reconstruir el razonamiento que nos llevó a incorporar también pequeñas langostas.

Desde luego, los preceptores —como buenos hombres de ciencia —adoptaban una actitud negativa ante nuestros métodos; con otras palabras, reaccionaban propinándonos un par

de bofetadas, lo que nunca alteraba por mucho tiempo nuestra amable relación.

Es al último de esta serie, nada breve, de directores espirituales a quien recuerdo con mayor gratitud. La memoria de todos los demás ha quedado oscurecida por un velo de melancolía. La mácula de esa vaga imperfección o debilidad física les impedía dirigirnos también en nuestros juegos, expediciones y campañas bélicas, y nosotros —como toda criatura instintiva— exigíamos la perfección en nuestros conductores. Por eso, sólo aceptamos integralmente a aquel último que, si mal no recuerdo, no usaba aparato de inhalaciones y prefería beber el elixir de vida directamente de ciertos recipientes que exhalaban un aroma muy penetrante. Para llenar esas necesidades se dirigía más o menos una vez por mes a las aldeas vecinas, de donde regresaba uno o dos días más tarde con aspecto contrito y bastante estragado.

Este "último de los mohicanos", con su pelo oscuro, sus lentes de aros negros y sus pantalones amarillentos, enormemente anchos y flameantes, era sin duda un hombre de gran talento y tenía la enorme ventaja de que ese talento abarcaba los terrenos más diversos. De él aprendimos no sólo las bases del francés y de las matemáticas, sino también el arte del tallado y el calado con sierra, de la construcción de catapultas y de la fabricación de hondas simples. Estas hondas estaban constituidas por una varilla de avellano, en uno de cuyos extremos se practicaba una hendedura para sujetar la piedra, que podía arrojarse a distancias inconcebibles una vez que se adquiría cierta destreza en el manejo del artefacto. Esta arma significó un importante paso hacia el ideal del joven David. Fue también bajo la dirección de nuestro preceptor que aprendimos a rodear el extremo de una varilla de avellano de tres o cuatro metros de largo con un pelotón de barro que luego podía arrojarse, con maravillosa violencia y precisión contra una ventana, aunque tras los vidrios asomara la cabeza del inventor, un poco preocupado ya por la ausencia de sus discípulos.

Otra de las características agradables de este maestro era que no siempre tenía ganas de recorrer con nosotros el áspero cami-

no del deber y con frecuencia prefería organizar concursos de catapulta desde la ventana de nuestro cuarto de estudio, con el consiguiente peligro para todo lo que se moviese dentro del ámbito del jardín. Esto ocurría durante las horas de clase, naturalmente, porque él debía considerar aquella práctica como una forma de la "enseñanza activa". Sin duda fue saludable para mí el hecho de que durante un par de años, una mano fuerte y jovial me apartara de la resbaladiza pendiente de los sueños y me enfrentara con problemas que apelaban a otra faceta de mi personalidad. Y si bien la vida en el bosque era ya de por sí un contrapeso a mi vida intelectual, tengo que agradecer al Último de los Mohicanos el haberme enseñado a no ver en una el placer y en la otra la obligación y a comprender que ambas ofrecían honores a los que era igualmente meritorio aspirar.

Sólo recuerdo una discordancia en la armonía de nuestras almas y tampoco puede culparse del incidente a quien fue el más afectado. Ocurrió que, en medio de una de las grandes batallas de nieve que se celebraban en el patio, nuestro maestro sintió necesidad de entrar en esa casilla que ya mencionara al describir las edificaciones de la granja y cuya puerta estaba adornada y dignificada por un corazón calado en la madera. Era natural que respetáramos su permanencia en la penumbra de aquella celda, pero también era natural que saludáramos su salida con una gritería a la moda india y con una descarga cerrada. La primera andanada hizo añicos sus lentes y las siguientes destrozaron su actitud digna, haciendo que se arrojara sobre nosotros como un delirante Polifemo para restablecer por la fuerza el equilibrio entre educador y educando que nosotros acabábamos de romper.

Su despedida aparece rodeada en mis recuerdos de una vaga sensación de tragedia. Durante los años que vivió entre nosotros, mi madre debe haber procurado persuadirlo, con paciencia y severidad, de que suspendiera sus periódicas excursiones al pueblo, y antes de partir para siempre él le prometió solemnemente no volver a beber. Con gran pesar vimos perderse en el horizonte de nuestra vida su audaz sombrero de

ala ancha y sus flameantes pantalones; pero poco después supimos que en la primera ciudad de la ruta lo habían tenido que bajar a la rastra de la diligencia. Es probable pues que, a pesar de su alegre sapiencia y de sus muchas habilidades, haya rodado cada vez más rápido hacia su ruina. Uno de los muchos que se perdieron en los campos y bosques de Prusia Oriental y no supieron encontrar otra vez el camino hacia el trabajo, el deber y el sacrificio.

Su partida significa también algo más que la paulatina extinción de una imagen en mi vida. Con él concluye para nosotros el paraíso de la infancia, pues su alegre presencia tenía el triste objeto de prepararnos para ingresar en un colegio de la capital. Pocas semanas después de que la diligencia lo transportara a través de paisajes, para él sin duda radiantes de felicidad, nuestro coche de caza nos condujo hasta la estación de ferrocarril más próxima. Luego fue el tren el que nos alejó más y más de los bosques de nuestra infancia, llevándonos hacia otro mundo, hacia un mundo en el que imperaban otros dioses de cuya existencia se nos había hablado, pero que habían permanecido para nosotros en una niebla de irrealidad, porque ni padres ni criados tenían una noción exacta acerca de ellos.

Pero me he adelantado a los acontecimientos y, al recordar mi iniciación en la vida intelectual no debo concentrarme en las personas que me ayudaron a cruzar el umbral, sino que debo abarcar también lo que ellas me brindaron. Cuando trato de extraer de la penumbra de esos cinco primeros años de educación aquello que conserva más brillo, aparte de la Biblia, no puedo dejar de reconocer que los libros decisivos de mi infancia llegaron a mí en un orden harto curioso. Luego de la Biblia cayó en mis manos —muy prematuramente, por cierto— un grueso tomo de poesías que era uno de los pocos tesoros de nuestra institutriz. Fue en ese libro donde tropecé con "Leonore" de Bürger, que me abatió con fuerza de huracán. Es de suponer que entendí tanto de los sucesos que narra esa balada, como del destino de los pastores o profetas judíos. Yo nada sabía de la batalla de Praga ni de muertos que cabalgaban; pero aquello debe haber sido para mí como una música de la

que nada me importaba "entender", y era el arte lo que golpeaba por primera vez a las puertas de mi alma, con el poder irresistible de una oscura potencia. Esa poesía me costó muchas noches, noches de lágrimas ardientes y desesperadas, y si hoy quisiera explicar por qué lloraba, me costaría mucho hallar una respuesta, porque no sé si era el tema de la balada lo que me llenaba de tristeza o si era su forma, la forma poética, lo que me hacía sufrir. Estas lágrimas fueron pues tan inexplicables como las que me arrancó la melodía de la flauta.

Respecto al tercer libro de mis días infantiles puedo decir también que su poder oscuro y doloroso se hace sentir aún hoy, después de cuarenta años, con la misma fuerza que entonces cuando lo encontré en un polvoriento desván. Era un volumen sin tapas y en la primera página, casi arrancada, podía leerse: *Spielhagen - Platt Land*. Ya no recuerdo lo que ocurre en ese libro y he evitado volver a leerlo; pero permanece imborrable en mi memoria la escena en que un cazador mata un halcón y el pájaro —interrumpido su graznido quejumbroso— cae sobre el musgo, y en torno a esa caída flota una indecible melancolía de amores imposibles, paisajes tristes y ansias infinitas.

Sí, estos tres libros hicieron surgir para mí un mundo nuevo. ¿Pero por qué justamente esos libros? ¿Por qué justamente en ese momento? No lo sé. Sólo sé que mi vida joven se humanizó y que debo haber comenzado a vislumbrar, en la medida de mi capacidad infantil, las verdades del futuro: que toda vida es difícil y que junto al mundo visible hay otro mundo en el que palpitan dolores más vivos, verdades más profundas, deseos más ardientes: el mundo del libro.

## TRILLJAM Y MIS PRIMERAS TRIBULACIONES

No son pocos los recuerdos felices de mi infancia; pero cuando la mirada vuelve hacia atrás y se desliza sobre el comienzo de la vida como sobre un paisaje, no se detiene en los claros iluminados, porque aquello que la distrae, que la retiene, es la sombra que los rodea como un bosque de pesadilla.

No me parece que sea una simple casualidad el hecho de que el sufrimiento haya entrado en mi vida no como dolor propio, sino por participar en el dolor ajeno. En cualquier casa de campo, en la que todas las primaveras llegan al mundo varias docenas de pollitos, patos, gansos y pavos, es un hecho perfectamente natural y sin trascendencia el que algunos de los recién nacidos se pierdan en cualquier momento del día y lancen su lastimero llamado de auxilio desde los sembrados, cercos y arbustos. Pero lo que no es natural y da bastante que pensar es que un niño de campo se sienta afectado hasta la desesperación por esos lamentos, no porque molesten su oído, sino porque desgarran su alma, y tampoco es natural que dedique una parte de su día a buscar afanosamente los desamparados para devolvérselos a la madre.

Pero los sufrimientos de mi infancia no se limitaron a eso. Creo no herir a nadie, ni vivo ni muerto, si confieso que en mi casa paterna no siempre brilló el sol.

Pareciera ser que todos los de mi sangre sólo alcanzan la serenidad a una altura bastante avanzada de la vida.

Mi padre fue siempre un hombre bueno y justo, amado por todos, incapaz de atravesarse en el camino de nadie, dueño de un corazón alegre y despreocupado, que según creo comprender ahora, buscaba tímida y silenciosamente penetrar en la verdad de las cosas. Pero su genio alegre, unido a una profesión solitaria y a un paisaje melancólico, solía sentir la necesidad de

rostros nuevos, de risas, de camaradería, y debe haber chocado más de una vez con la estrechez y pobreza de la vida doméstica.

Esto se veía agravado por el carácter de mi madre, que siempre había sido melancólica, inclinada a las preocupaciones, a la meditación y a las lágrimas; que era mucho más severa que mi padre en lo que se refería al cumplimiento de pequeñas y grandes obligaciones, y que, finalmente, había transformado la enfermedad en un destino, bajo cuyo peso —real o figurado— se iba sumiendo cada vez más en la melancolía.

Comprendo perfectamente que mi padre se haya alejado con frecuencia de la casa, de esos dolores que no podía curar ni mitigar con palabras, ya que había una especie de pudor en él que lo hacía incapaz de hablar a un enfermo con tono cariñoso y consolador. Pero como sus alegres camaradas no se contentaban con frases alegres y exigían estímulos más intensos para olvidar las preocupaciones, las fiestas solían prolongarse mucho, mucho más de lo que cabía dentro de los rígidos principios morales de mi madre.

Todavía hoy, no puedo recordar sino con sorda sensación de angustia aquellas horas en que esperábamos el regreso de mi padre. Siempre volvía alegre, pero la estrechez de la casa hacía inevitable que fuéramos testigos de las discusiones que seguían a su retorno. No puedo culpar a mi madre por haber recurrido a las lágrimas como única arma, pero mi vida infantil nunca fue tan sombría como en aquellas horas interminables en que, pegado a la puerta o a la ventana del dormitorio, trataba de escuchar si mi madre lloraba.

Más terribles aún que el dolor visible, eran los días de helado silencio que seguían a aquellas escenas. Era como si la vida se paralizara en nuestra casa, como si el sol nunca volviera a brillar, como si lo mejor fuera a morir para no saber nada más del sufrimiento de los hombres. En una ocasión esto se produjo pocos días antes de Navidad y los preparativos se iniciaron sin que llegara la palabra de reconciliación. En aquel tiempo yo creía aún en los milagros divinos y recé con todo el fervor de mi joven corazón para que esa palabra llegara a tiempo. El milagro se produjo y desde entonces creí que bastaba con una

oración ferviente para disipar todas las sombras de nuestra vida.

Es probable que el espectáculo de estos padecimientos haya tronchado o atrofiado más de un germen de disipación dentro de mí. Hubo un tiempo, tendría yo entonces ocho o nueve años, en que llegué a acostumbrarme a tomar de vez en cuando un trago de las bebidas fuertes que se guardaban en nuestra despensa. Ya no recuerdo qué fue lo que me llevó a hacer eso. No me gustaba el sabor del alcohol y mi alma sentía lo vergonzoso y hasta amenazador de aquel instante; pero con todo, lo repetía una y otra vez. No sé qué fue lo que me salvó. Con certeza no fue porque me descubrieran o me castigaran. Más bien creo que fue el sentido del deber, de la disciplina y del honor que mi madre había sabido despertar en mí desde muy temprano.

Durante mucho tiempo clasifiqué a las personas que visitaban nuestra casa en peligrosas y no peligrosas para la paz de la vida hogareña, y algo tiene que funcionar mal en el alma de un niño que analiza secretamente los rostros y las palabras, buscando indicios de ese peligro.

Entre las figuras más temidas de mi mundo infantil, hay una que era para mí la personificación de la maldad. Lo llamaban Trilljam, aunque nadie sabía por qué. Era dueño de un aserradero situado en el linde del bosque, tenía un ama de llaves, con la que mantenía una relación sin duda no muy legal, y se pasaba los días recorriendo la carretera con su guardapolvo amarillo y su destartado carro tirado por un caballo flaco, en busca de un compañero a quien arrastrar a la taberna más próxima. Tenía un rostro frío y siempre burlón, movía los labios al comer como un conejo y hasta el bigote caído que cubría los ángulos de su boca tenía algo de depravado y de malo a mis ojos infantiles. Después, mucho después, no podía leer "Gösta Berling" sin que la figura de Sintram me recordara a Trilljam y aún hoy imagino al fundidor de "Peer Gynt" como un individuo agobiado, vestido con un guardapolvo amarillo, que va de encrucijada en encrucijada en busca de una víctima.

Yo sentía que mi madre le temía y hasta lo odiaba, pero él aceptaba esta situación con la misma indiferencia con que sopor-

taba el polvo del camino. Mi ferviente deseo de que su caballo se desbocara y lo hiciera desnucarse, tampoco influyó en su destino. Trilljam seguía apareciendo y desapareciendo, unas veces solo, otras con mi padre, y ganaba siempre, dejándome atrás en la impotencia y en la desolación.

De todos mis encuentros con él hay uno que recuerdo como el más horrible. Mi padre arrendaba al estado dos lagos, uno de los cuales se encontraba aproximadamente a una milla de nuestra casa. La pesca en el lago vecino a la casa no ofrecía mayores novedades, pero en el otro, que estaba aislado entre bosques y pantanos, se pescaba dos o tres veces por verano con grandes redes de tiro. Cada una de estas excursiones de pesca era un acontecimiento inolvidable.

En esos viajes no sólo cargábamos en el carro una de nuestras canoas, sino también escopetas y provisiones, porque generalmente se pescaba toda la noche y la mitad del día siguiente y porque la comarca poseía todo lo que podía soñar un niño de mi sangre: aves acuáticas, cangrejos, garzas, milanos y águilas. Además, aquella tierra parecía no haber sido hollada jamás por el pie del hombre y había una serie de oscuras leyendas vinculadas con la profundidad y la peligrosidad del lago.

Pero sobre aquellos días festivos también flotaban nubes sombrías. En primer lugar estaba mi obligación de cuidar los caballos que pacían en las praderas de la orilla. Y en los días muy calurosos, cuando los bosques dormitaban en una luz pálida, bajo nubes de tormenta, una legión de tábanos se precipitaba sobre los cuerpos cálidos de los caballos y en cualquier momento podía ocurrir que los torturados animales huyeran al galope hacia las profundidades del bosque buscando liberarse del martirio. En realidad, eso no se produjo nunca, pero mi alma infantil tenía una fatal propensión a atemorizarse más ante lo que podía suceder que ante lo que sucedía realmente.

Sin embargo, éste no era el complemento más amargo de los días de pesca. A mediodía, cuando una de las canoas ya estaba llena hasta el borde de pescados, esos seres tan misteriosos para mí —entre los que había esturiones de una braza de largo, con musgo en el lomo y una escalofriante dentadura— llegaba en

su jardinera cargada de toneles, un judío de la capital del distrito, único comprador de pescados, cueros y pieles de toda la región. Era un hombre muy decente a quien los niños queríamos mucho y cuya voz de bajo nos llenaba siempre de renovada admiración. Pese a que su llegada nos alegraba mucho, porque pagaba bien y rápido, no bien oía yo matraquear sus ruedas a la distancia, mi alma angustiada comenzaba a preguntarse si una vez concluida la faena regresaríamos con honor, éxito y dinero a la serena paz de nuestra vida infantil o si nuestro camino pasaría antes por la taberna de una de las aldeas, sumiéndome así en un abismo de dudas, de miedo y desesperación.

Y en uno de aquellos instantes, cuando ya habíamos cargado los pescados y estábamos listos para regresar, vimos aparecer en la carretera el carro amarillo, el caballo amarillo y el guardapolvo amarillo de Trilljam. Se acercó a los toneles de pescado, husmeó un poco con sus bigotes caídos, calculó el peso y probablemente también las ganancias, y nuestro destino quedó fijado. En un susurro pedí volver directamente a casa, pero nadie tenía tiempo de ver en mis ojos el enorme miedo infantil, y así recorrimos el camino que nos conducía a la aldea más próxima, cuya población estaba constituida sólo por gente de mal vivir y cuyo posadero parecía reunir todas las características malignas del pueblo.

Me dieron una limonada, como si advirtieran que yo necesitaba un gesto bondadoso, y así permanecí entre los mayores, en aquel salón sucio y destartado, horas y horas. Cada vez perdía más la esperanza de salir alguna vez de ese lugar de tortura para volver a casa. De tiempo en tiempo tomaba a mi padre suavemente del brazo y le recordaba que mi madre nos estaba esperando, pero Trilljam sonreía con sus ojos de pescado y me enviaba afuera a vigilar los caballos.

De pie en la polvorienta calle de la aldea miraba por sobre los campos y bosques hacia donde debía levantarse, casi al alcance de la mano, nuestra casa de guardabosque. Me sentía como un niño perdido; era una sombra sobre la alegría de los mayores, un incómodo aguafiestas para el posadero; eludía avergon-

zado las miradas de los transeúntes y preveía, con sorda tristeza, que ese día no terminaría nunca.

Luego volvía al salón cuyo aspecto y olor me llenaban de repugnancia; volvía hacia esos desconocidos, a los que odiaba; volvía a las conversaciones que no entendía. Y una vez más me sentaba allí, con la frente cansada apoyada en las manos, y miraba las agujas del reloj de pared que avanzaban de número en número. Vencido por la angustia deseaba estar muerto y enterrado bajo los árboles de nuestro bosque.

No sé qué ha sido de Trilljam. Lo vi una vez cuando yo ya había ingresado en la universidad. No había cambiado, no había envejecido, y es probable que hoy siga recorriendo las carreteras de nuestra tierra con su guardapolvo amarillo, con un caballo que nunca morirá, esperando en las encrucijadas a aquellos que han de compartir su terrible soledad, mientras las maldiciones de madres y niños se pierden impotentes en la polvareda que deja el carro tras de sí.

Debo rememorar un acontecimiento más que me afectó muy de cerca y que no sólo sumió por mucho tiempo en la tristeza a nuestro pequeño mundo, sino que me dejó a mí, personalmente, en una amarga soledad e hizo que mis pensamientos se concentraran nuevamente en la muerte, a la que tenía olvidada desde hacía mucho tiempo.

Mi hermano menor era, sin duda, el mejor dotado de nosotros. Su precocidad era tal, que la gente solía asustarse. Quizá por eso haya estado predestinado a una muerte temprana y tal vez piadosa. Debo haber tenido seis o siete años cuando los tres enfermamos de sarampión y luego de escarlatina. No conservo más recuerdos de ese período que el de angustiantes sueños febriles en los que siempre se repetía alguna cosa terrible, una pesadilla que me asfixiaba, un fantasma que rondaba nuestras puertas. Mi hermano mayor y yo no tardamos en superar la enfermedad, no así el pequeño, que estuvo semanas enteras entre la vida y la muerte.

No hay que olvidar que en esa época el médico más próximo estaba a dos millas de distancia, que no había ferrocarril ni teléfono, ni hospital ni sueros. Muy pronto se tuvo la certeza de que

mi hermano era víctima de la difteria, la enfermedad más temida por ese entonces. Todavía hoy veo el pincel curvo mojado en un líquido cáustico, con que destruían las membranas que se desarrollaban lenta pero implacablemente en los conductos respiratorios. Todavía hoy siento el olor de los vapores de trementina que surgían del agua calentada con piedras al rojo; y todavía revivo con angustia aquella noche, iluminada por velas fantasmales, en que el médico del distrito se despojó de sus pieles cubiertas de nieve y escarcha, entumecido tras un viaje de tres horas, para inclinarse sobre el niño que agonizaba semiasfixiado.

Recuerdo que propuso como última solución la traqueotomía y que mi madre la rechazó. Y de esa hora trágica y torturante, de cuya fantasmal penumbra sólo asoman algunos contornos, surge una escena que ha quedado grabada con una nitidez casi lacerante en mi memoria. Luego que el médico le hubo quitado la última esperanza, mi madre nos tomó a mi hermano y a mí de la mano y nos condujo a una habitación en la que ardía una vela. La veo como se postra de rodillas, como nos atrae hacia ella y la oigo decir, transida de dolor: —¡Arrodilláos y rezad! ¡Rezad que es lo único que nos queda por hacer!

Mi hermano cumple la orden, obediente y confuso; yo, en cambio, me desprendo de la mano de mi madre y permanezco de pie. Soy un niño creyente y la duda apenas si ha rozado aún mi alma; pero no puedo arrodillarme. Si hubiera estado solo, habría permanecido la noche entera de rodillas, las manos elevadas a Dios pidiendo ayuda; pero ahora no puedo hacerlo, no puedo hacerlo ante testigos, no puedo hacerlo en cumplimiento de una orden. Es terrible saber que estoy allí como un patia mientras mi hermano y mi madre hablan con Dios. Siento con tremenda intensidad lo horrible de la situación, pero no puedo hacer nada.

Mi hermano murió esa misma noche. Lo enterraron en nuestros bosques, no lejos de la casa, y mi madre se entregó por mucho tiempo a un dolor casi aniquilante que arrojó una sombra muy triste sobre la vida de todos nosotros. No conservo más imagen física de ese niño que el recuerdo de un ancho

sombrero rojo que solía llevar; pero a través de las imágenes multicolores de nuestros juegos y de nuestras exploraciones puedo reconstruir el brillo de esa existencia alegre y floreciente que se marchitó tan pronto.

## FIESTAS Y JUEGOS

No va a resultar difícil creerme si digo que en nuestra infancia nunca caímos en la tentación de dejarnos ahogar por la vida fácil y la comodidad. La casa y la huerta, la chacra y el ganado, el bosque y el lago nos proporcionaban el pan nuestro de cada día, sano y abundante. Pero era muy poco lo que podíamos pretender fuera de eso y ese mismo pan cotidiano peligraba cuando nuestro pequeño mundo debía soportar malas cosechas o plagas. Recuerdo claramente a mi madre, llorando, sentada en el umbral del establo, cuando una epidemia de mal rojo mató en dos días estivales a nuestros doce cerdos.

Pero nosotros no sentíamos la pobreza porque no conocíamos la abundancia y sí la miseria que reinaba diariamente en las pobres chozas de los leñadores y ante la cual nuestra vida parecía de opulencia. En verano andábamos descalzos y en invierno llevábamos zuecos de madera o altas botas, y como por extensión nos habíamos habituado a adaptarnos a todas las situaciones de la vida con igual naturalidad, éramos más felices que otros niños que pueden escoger diariamente los vestidos o zapatos que van a usar.

Por otra parte, las fiestas llegaban a nuestro pequeño mundo infantil con la misma puntualidad que a la casa del Káiser y yo poseía además la facultad de entregarme con apasionamiento y casi con enajenamiento a aquello que es capaz de embellecer al mundo infantil más pobre: el juego. Es verdad que nuestra casa estaba tan desprovista de "juguetes" como la celda de un monje, ¿pero acaso no teníamos madera, piolines, alambre y clavos en la cantidad que deseábamos? ¿Acaso no teníamos una huerta, una pradera y un bosque como escenario de nuestros juegos? Y si los libros nos llegaban sólo para Navi-

dad, teníamos a *Medias de Cuero* y a *Robinson Crusoe*, y cualquiera de los dos bastaba para edificar todo un mundo de aventuras, de lucha, de valor y de gloria.

No fue tanto la habilidad pedagógica de nuestros padres como la fuerza de la pobreza lo que nos llevó a reproducir en nuestros juegos todo *Robinson*, es decir a obtener con nuestras propias manos desde el arco y la flecha, hasta el fuego. Entre nosotros no había "sala de armas", ni despensa, no había depósito de ropas ni cajones de embarque y nosotros mismos debíamos fabricar todo aquello que embellecía y llenaba nuestro mundo infantil: tomahawks y canoas, ballestas y escudos, carros y trineos, escaleras de asfalto y cañones. Nuestro entusiasmo nos llevaba a encarar con todo optimismo la construcción de los objetos más fantásticos, no siempre con malos resultados. Así surgían botes con quilla, bicicletas (hechas con viejos flejes de barril) y hasta barcos que no podían dejar nunca su astillero, pero que lucían maravillosamente si se pasaba por alto el hecho de que estaban apoyados sobre la tierra en lugar de flotar en su elemento.

Cuando procuro ordenar en mi memoria los juegos de ese mundo infantil, los agrupo en dos categorías: los juegos heroicos y los fantásticos. Los primeros, que llenaban la pradera y el bosque de estruendo y de gloria, parecen reproducir una etapa primitiva común a toda la humanidad, un grado de evolución ya superado, que el niño debe repetir cumpliendo una ley biológica. En los segundos, en cambio, parece insinuarse tímidamente un elemento de futuro, en el soñar, en el forjar, en el crear, en el aspirar. Hay en ellos silencio, ensimismamiento y hasta soledad. Nacen en las veladas de invierno, cuando la nieve danza ante las ventanas y los zorros ladran en los montes bañados de luna. No surgen del hálito salvaje de tierras desconocidas, sino del sereno resplandor de los cuentos. Son más juegos del alma, que de las manos y de los ojos, y a veces terminan en el ensimismamiento, en el aislamiento y hasta en las lágrimas, y en un apasionado, infinito e indescribible anhelo.

¡Oh! bello mundo desaparecido, mundo del rincón de la estu-

fa, al que sólo llegaba rara vez y desde la distancia la luz de la lámpara de petróleo, el humo de la larga pipa de mi padre y las miradas de los mayores. Mundo compartido en silenciosa camaradería por el perro y el gato; uno dormido, soñando calladamente con cacerías; el otro pensativo o soñador, con los ojos perdidos en la lejanía. Mundo en que el resplandor rojizo y siempre cambiante del fuego acaricia la atmósfera hechizada y sólo se escucha la voz del viento que gime en la chimenea. Y las manos cansadas caen de los leños con los que levantaban catedrales y puentes, de la carroza de carreteles de hilo en que viajaban los hijos del rey, de las hojas blancas que el lápiz ha cubierto de bosques y rostros de ensueño. Descienden lentamente al regazo y allí se unen mientras los ojos permanecen clavados en las extrañas imágenes del fuego, que abarcan todo lo que existe entre el horror y la dulzura y cuyos rasgos cambian con tan extraña rapidez que ya es el flautista de Hameln lo que hace un instante era la serena santidad de José, y ya se riza en las frías ondulaciones del dragón lo que recién era la pacífica silueta del buey y del asno parados junto al pesebre. Y sobre todo eso flota casi inmóvil el sonido agudo y quejumbroso de la madera ardiente, ese mismo sonido que pasa de vez en cuando por las ramas del bosque, ese sonido que habla, llama y atrae, pero del cual nunca sabe el alma infantil de dónde viene y hacia dónde va.

Sepultamos pájaros y ratas como lo hacen otros niños, y como otros niños representamos todo lo que exige la muerte para su silencio ritual: sacerdote y sacristán, tumbas y deudos. Hacemos teatro con medios tan pobres como sólo pudieron hacerlo *Robinson* y *Viernes*, pero el brillo de nuestros estrenos no es menor que el de los escenarios del mundo. Nos disfrazamos para el día de Reyes y para Carnaval, y no sé si los osos y lobos que representamos se inspiran en tradiciones centenarias o en el aire de nuestros oscuros bosques. No tenemos locomotoras ni trenes, máquinas eléctricas ni laboratorios. Nuestros trineos están constituidos por dos tablas biseladas sobre las que hemos clavado una tercera tabla. Nuestros primeros patines de hielo son zuecos de madera a cuyas suelas hemos fijado un largo

alambre. Nuestras armas son la honda, el arco y la ballesta. Nuestro traje de guerra es el casco de papel adornado con plumas de águila y de azor. Nuestros tambores son viejas ollas, nuestras flautas están hechas de caña y la pipa de la paz tiene el cañón de junco y la cabeza de ruibarbo silvestre. El fumarla exige verdadero heroísmo y ninguno de los que participan en la ceremonia queda en condiciones de pensar en desenterrar el hacha de la paz.

¿Es un sueño o hubo una vez un gran baile en mi casa paterna? No, no es un sueño; las escenas van surgiendo lentamente de la niebla: es invierno y la sala está iluminada por la luz de una lámpara. Mis padres no están, se han ido a la ciudad o a casa de algún otro guardabosques. Está la abuela con su vestido negro y hace música con un peine envuelto en papel de seda, está la criada en enagua y medias, y nosotros, los niños. Nos hemos levantado de la cama y vestimos nuestros largos camisones. Somos tres caballeros y tres damas, pues además de los tres varones de la casa, está la nieta de mi abuela. Nos colocamos frente a frente con la misma solemnidad que si estuviéramos sobre el reluciente parquet de palacio; nos acercamos, nos alejamos, hacemos una reverencia y sonreímos, siempre al son de la antigua contradanza que toca mi abuela: "No lo ves, ya viene, largos son sus pasos... no lo ves, viene llegando, el borracho de mi yerno." Los versos son groseros, pero la danza es delicada y yo me he entregado a ella con toda el alma. También aprendo la polca con figuras, para que se me admire en las contadas fiestas de la aldea como a un genio precoz.

Sí... aquellas fiestas en que se reunían los pobladores de la comarca una o dos veces al año. ¿Por qué sigue siendo tan deslumbrante su brillo, que todo lo que ha ocurrido desde entonces palidece ante él? ¿Será porque yo era un niño, siempre dispuesto a ver maravillas, o eran realmente más sinceras, más alegres, más luminosas que las de hoy? Tengo la impresión de que en la pobreza de la época y de la región, aquellas eran verdaderas "fiestas", que no aparecían empalidecidas ni cansadas por la repetición diaria y que la gente asistía a ellas con un ánimo realmente festivo, dispuesta a hacer todo lo posible por

gozar del acontecimiento. Había una Fiesta de los Maestros y una Fiesta de la Asociación de Mujeres. No existían las "exclusividades", y labriegos, criadas y "señores", contemplaban el escenario con la misma expresión infantil y giraban con igual pasión en la danza. ¿Y no era de una belleza ideal la sola travesía por el bosque nevado, sobre el que brillaban una luna y unas estrellas que *obligaban* a creer en la existencia de otro mundo, allá en las alturas? ¿Y qué deslumbrante el salón, qué alegres los rostros, qué relucientes y plenos de misterio los instrumentos de la banda y las ajadas hojas de música con sus mágicos signos negros! ¿Existe aún un solo de violín como el del tercer maestro, el de los rizos negros? ¿Aquel solo ligeramente desafinado quizá, pero lleno de incomparable dulzura? ¿Hay alguna canción que pueda igualarse a la que entonaba el primer maestro cuando llegaba la medianoche y la sala entera reclamaba su canto?... "Pues el pensamiento rompe todas las barreras... el pensamiento es libre"... ¿No sigue resonando en mis oídos como entonces, como hace cuarenta años, cuando se me llenaban los ojos de lágrimas cada vez que recordaba la melodía?

Y cuando "recibíamos" en casa, una vez cada invierno, ¿no ocurría que después era difícil seguir viviendo? ¿Cómo entraban en nuestras pequeñas habitaciones veinte o veinticinco personas? ¿Cómo es que había sitio para bailar, jugar y charlar simultáneamente? ¿Cómo es posible que la polonesa recorriera la casa sin que la primera pareja chocara contra las espaldas de la última? ¿Y que todavía sobrara sitio para nosotros en el "gabinete", en donde hacíamos girar la manivela del enorme organillo? Eran fiestas que comenzaban por la tarde con la merienda y terminaban al día siguiente con el desayuno; más aún, que a veces necesitaban una noche más para apurar la bienaventuranza hasta su última gota. ¿Existen aún dúos como los que se entonaban en aquel entonces, y disfraces y representaciones y cuentos como los que narraba tía Veronika? ¿Existen aún las cocinas con fogones rebosantes de fuego, repletas de cocheros felices bajo sus gorras de piel, y tan oscurecidas por

el humo de cigarros y pipas que no se podía caminar por ellas sin tropezar con incontables piernas?

Es probable que todo esto exista aún en los rincones tranquilos de nuestra patria, pero para mí es un sueño perdido que sólo resurge de vez en cuando como un bosque oscuro contra la luz azul y silenciosa de relámpagos que se encienden tras el horizonte.

Pero, ya que he conjurado ese mundo que fue, no puedo dejar a un lado aquello que era la culminación de todas las fiestas y juegos, lo que marcaba el fin y el comienzo del año y lo que se iba elevando lentamente como estrella de promisión a través de las cincuenta y dos semanas: la fiesta de Navidad.

Pensándolo bien, creo que las celebraciones comenzaban para mí en primavera cuando recorría las sendas del bosque en busca del próximo árbol de Navidad. Cuando creía haberlo encontrado, unas veces temprano, otras veces ya avanzada la estación —pues los viejos hombres de bosque suelen decir que un buen árbol de Navidad es tan difícil de encontrar como una buena mujer—, me sentaba frente a él e imaginaba cómo lo transportaría hasta la casa y cómo sería la fiesta en torno a sus ramas. Y esta hermosa misión no se veía empañada ni siquiera por sucesos como el que me ocurrió en una víspera de Navidad en que, cuando me acercaba con el hacha al hombro en busca de mi elegido, vi que un enorme jabalí se incorporaba bajo sus ramas y se alejaba gruñendo furiosamente por la molestia. Conservo un recuerdo particularmente grato de aquel árbol y sé que en ese instante miré tímidamente en derredor de mí para ver si a través del bosque nevado se alcanzaba a distinguir el techo del establo y la luz del pesebre que, según se decía, brindaba asilo a todos los animales del bosque.

Cuanto más trato de retroceder en el terreno de los difusos recuerdos infantiles, tanto más me convengo de que no son las primeras luces de la Navidad lo que asoma de las tinieblas de esas lejanas Nochebuenas. Creo más bien que el primer recuerdo se vincula con ese sonido de campanas que "bajaba del cielo" hasta la ventana de nuestra sala de estar todos los domingos de adviento y todos los atardeceres en la última semana de ese

período. Los mozos de labranza que desfilaron por mi casa paterna pueden haber diferido en cuanto a laboriosidad y a responsabilidad, pero había un aspecto en que todos mostraban una habilidad digna de admiración. Me refiero al arte de hacer sonar la campana del trineo desde la puerta del establo hasta la ventana, de manera tal que hasta el pagano más recalcitrante hubiera caído de rodillas... Porque no cabía duda de que aquel redoble iba bajando del cielo rodeado de copos de nieve, ligeramente esfumado por el viento, hasta el instante en que se sentía el golpe del metal sobre la madera del alféizar y sobreveníá aquel silencio, un silencio que sólo podía tenderse sobre las alas plegadas de un ángel.

No puedo creer que "los pastores del campo" se hayan sentido más subyugados por la luz y el coro de las legiones celestiales, que lo que yo me sentía en aquellas oportunidades. El rostro de los mayores se volvía a nosotros lleno de gravedad y tensión, mientras pronunciábamos una tras otra las oraciones que nos habían enseñado, con el corazón en la garganta y los ojos clavados en la ventana, tras cuya cortina no se divisaba sombra alguna que nos permitiera establecer si era un ángel o el propio Dios Padre quien se había detenido allí. Y luego llegaba aquella voz oscura y extraña desde más allá de las estrellas:

—¿Son buenos estos niños? ¿Son malos estos niños?

Y la respuesta clara y valiente de nuestra madre:

—¡Son niños buenos!

Y la campana comenzaba entonces a elevarse, y sonaba cada vez más arriba, más débil y distante, hasta que enmudecía y la sangre volvía al corazón. Unos instantes después, mi madre nos llevaba al vestíbulo y allí, en un ángulo de la mesa, encontrábamos un panecillo de especies para cada uno. Si no recuerdo mal, sólo una vez encontramos una vara en lugar de los panes y, a pesar de que sin duda debió existir un motivo importante para este cambio, el recuerdo no revive en mí una sensación de culpa sino de asombro. Sé que me desconcertó profundamente el comprobar que la vara era negra y reluciente de hollín y grasa, como las varas que se usaban en el ahuma-

dero, para colgar embutidos y jamones. Probablemente me haya consolado la idea de que aquel artefacto debía provenir de regiones infernales, quizá no muy distintas de nuestro ahumadero, verdadero lugar de horror para nosotros, ya que de cuando en cuando se incendiaba y mi padre debía subir al techo para introducir jergones húmedos en la chimenea.

Como se verá, si bien el más allá llegaba hasta los umbrales de nuestra casa y de nuestra vida a través del son de una campana, nosotros también teníamos que cumplir nuestra parte para recibirlo digna y solemnemente. Por ese entonces, la vida del campo estaba aún íntimamente ligada al curso de las estaciones y a las fiestas, y nuestros preparativos para Nochebuena no deben haber diferido mucho de los que se realizaban en las granjas de Suecia o Noruega, porque las necesidades, el fervor y las supersticiones del alma nórdica se había conservado por igual en todas partes.

El faenamamiento de cerdos me parecía fuera de lugar entre los preparativos, pero mi reino estaba a la suave luz de la lámpara colgante, allí donde nacían bajo nuestras manos todos los objetos mágicos propios de esos días encantados: guirnaldas de papel brillante rojo y azul, nueces y manzanas doradas y plateadas, piñas bronceadas. También había que preparar secretamente aquello que nosotros dejaríamos en la mesa de los regalos, y nuestro cuarto de estudio, con su estufa de azulejos verdes y su aroma a manzanas asadas, se transformaba entonces en un paraíso en el que nos movíamos a nuestras anchas, como Dios en aquella época en que se divertía pintando animales y pájaros multicolores para poblar una Tierra feliz.

Lo más hermoso de esta fiesta era pues la serie de "estaciones" que la precedían y permitían pregonar la etapa final. Entre las estaciones más importantes figuraba la de los preparativos de repostería, que iban desde el trabajo de rallar almendras, hasta la preparación del baño de mazapán, y exigían la aplicación de todas nuestras facultades y habilidades. La felicidad máxima que nos deparaban esas tareas no era el derecho a comer los sobrantes y las "raspas", sino el vivir la solemnidad de todas aquellas viejas tradiciones y recetas, la armonía,

la paz, el sereno abrigo de la casa rodeada de nieve y el amor de los padres, que en esos días parecía siempre más profundo.

Y a pesar de que el tiempo trascurría con aterrante lentitud entre toda aquella actividad, por fin llegaba la mañana en que se traía el árbol, se lo colocaba en su pie y se lo encerraba en la sala. Desde ese instante la vida de la casa quedaba dividida en dos mitades: una terrena y otra celestial. La servidumbre debía cumplir sus tareas más temprano que de costumbre y nosotros nos sentábamos en el establo, a la luz de una lámpara. Y mientras se alimentaba a los caballos y se ordeñaba a las vacas, mientras las enormes sombras de los animales se balanceaban sobre las paredes, mientras se oía el suave tintineo de las cadenas y el grito que lanzaba la lechuza desde el bosque hacia la tierra nevada, escuchábamos los cuentos que narraban la criada y el mozo de labranza. Eran historias bíblicas, reales o fantásticas, narradas con la credulidad de las almas simples, y la casa y el establo se transformaban ante nuestro corazón estremecido en el centro del universo, rodeado por los ejércitos celestiales e iluminado por la estrella de Belén. Nosotros mismos nos sentíamos bajo el amparo de la mano divina, de donde jamás nos podría arrancar ni la vida ni la muerte.

Horas interminables junto al fuego del hogar, mientras tras la puerta cerrada, en la sala, se oyen pasos y voces furtivas, crujido de papeles y de vez en cuando una nota que asciende suavemente, como si alguien hubiera rozado un violín o algún instrumento misterioso traído por los ángeles hasta nuestros bosques. Esperanza, desaliento, felicidad y miedo. Hasta que se abre la puerta y lo sacrosanto penetra avasallador en nuestros ojos y corazones deslumbrados.

¿Qué había sobre la mesita de los regalos? ¿Qué había que yo pudiera seguir deseando hoy? Hay un palomar de un palmo y medio de altura que deja oír una melodía muy tierna, muy suave y desafinada cuando se hace girar una manivela. Hay una caja de música sobre una ancha cinta verde, y cuando se abre la tapa se puede ver girar lentamente los cilindros erizados de relucientes puítas. Hay un par de patines de hielo para ser usados en comunidad por los tres hermanos, una cancha de

bolos y un cañón. Un libro sobre el *Armero de Rübba* y sobre el *Flautista de Hameln*. Hay animales de madera con rígidas patas y maravillosos árboles que se colocan donde uno quiere y que son tan verdes que no pueden ser de este mundo. Y luego mi primera escopeta de pequeño calibre —la que llevo conmigo a la cama— y una espada, sobre la que pliego las manos antes de dormirme, como un pequeño caballero medieval en una cripta.

¿Me engaña la memoria o es que hay un pequeñísimo dolor junto a estas alegrías? ¿No será quizá porque mi madre llora quedamente bajo el árbol rutilante? Lloro, ante todo, por nuestro hermano muerto al que nunca olvida, y luego por cosas que han ocurrido durante el año y por cosas que no se han cumplido y ella sabe que nunca se cumplirán. Quizá sea también porque presiente que la muerte va a llegar para ella antes que para el resto de la familia y que se irá sin saber qué va a ser de nosotros, sin saber si llegaremos a olvidar aquello de que Dios ve a través de todas las paredes.

Pero para un niño ése es un dolor pequeño. Él cree que cuando pasan las lágrimas pasa todo lo demás. Y esa velada no concluye, porque él la lleva a sus sueños cuando se acuesta abrazado a los regalos más preciados, y cada despertar le recuerda la felicidad del ayer y del mañana.

En el campo, las celebraciones duraban cuatro días, en los que había paseos en trineo, recibos, canto y baile. Luego venía la fiesta de Año Nuevo, llena de viejas tradiciones, la más solemne de las cuales era la de "sacar la suerte". Los mayores participaban en la ceremonia con una vaga sensación de angustia, pues la escalera al cielo, la llave del paraíso y la calavera enfrentaban con expresión muy seria a aquél que levantaba el plato que las cubría. Y aunque el año que concluía hubiera demostrado claramente que ni el dinero ni la corona ni el anillo ni la cuna habían hecho realidad su símbolo, los participantes olvidaban todo ante el nuevo presagio y el mozo más valiente palidecía cuando veía asomar de entre la masa de la torta los negros dientes de la calavera.

Pero no bien sonaba la entrada del nuevo año en nuestro

reloj de la Selva Negra, cuando la luna estaba aún alta en el cielo, nos preparábamos para la caza de liebres conque siempre iniciábamos el año entrante. Mi padre tomaba ubicación junto al guijarral que marcaba el límite del bosque en el extremo norte de nuestros campos y nosotros, los tres hermanos —abrigados como expedicionarios polares— nos encaminábamos hacia los lindes del sur, en donde nos distribuíamos para iniciar la batida y espantar los animales hacia donde estaba nuestro padre. En esos momentos no sentía tanto la pasión por la caza, como la solemnidad de la tradición y la grandiosidad del paisaje silencioso que aún conservo ante mis ojos. Los campos blancos parecían infinitos, sombríos y silenciosos, las pocas granjas que se levantaban en los alrededores, rodeadas de bosques oscuros y bañadas por una luna gélida. Se nos veía muy pequeños a los tres hermanos, en esa extensión inconmensurable cubierta de nieve que crujía bajo nuestros pies y sobre la cual gemía quedamente el viento de las estepas rusas.

¿Me engaño o fue en una de esas noches que se abrió blandamente mi capullo para dejar florecer el primer verso? ¿O fue quizá en aquel día de Pascua en que iba por el bosque y percibí por primera vez el esplendor del canto del zorzal? ¿O fue aquella mañana de Pentecostés en que contemplaba las plantaciones de abedul y el cucú me gritó que nunca moriría? Ya no recuerdo. Aquella tierra brilla con tanto esplendor ante mis ojos que siento como si cada día y cada noche me hubieran despertado a lo que luego habría de ser.

¿No habrá sido durante la fiesta de la cosecha? ¿Durante el *plonn*, como se la llamaba en mi terruño? ¿No habrá sido durante esta fiesta que era para mí la más bella después de Navidad? Aún los veo sobre los campos segados, en torno a las últimas gavillas. Hombres y mujeres, con la cabeza descubierta, sacando espigas de los haces para trenzar coronas y formar ramos, mientras se eleva lenta y melancólica la melodía de la canción que cantan en su idioma, en polaco: "Oh, quédate aquí con tu gracia..."

El aire está muy quieto, allí arriba describen círculos las aves de rapiña y el mundo parece llenarse de esta melodía que

jumbrosa con la que se aleja una vez más el verano. La grulla está junto a mí, tras la cerca del jardín, sus inteligentes ojos clavados en los campos vacíos sobre los que muy pronto pasarán los sonoros escuadrones de sus hermanas. Yo apoyo la mano bajo su ala izquierda y ambos contemplamos el lento ascenso de la columna, que deja los rastrojos rumbo a nuestra casa, para entregar a mis padres la corona y el ramo.

Pero no ha concluido aún la ceremonia, cuando el mozo de labranza y el muchacho encargado de cuidar las vacas ya se esconden llevando cubos llenos de agua que luego volcarán sobre las muchachas, según una milenaria costumbre, ya casi perdida. Y el jardín se transforma en escenario de una batalla de agua y luego, de una comida de celebración y luego, de un baile. Y a pesar de la bebida abundante, todo es paz y felicidad, si dejamos a un lado a la mujer del cazador de grullas que ata una piedra en el pañuelo, para golpear con ella las espaldas de su marido y así obligarlo a regresar a su casa. Pero él no se enoja. Mientras ella más le pega, él más se ríe. Todos reímos y aún me parece oír cómo los bosques devolvían el eco de las canciones con que regresaban los segadores a sus miserables aldeas y a su miserable vida diaria.

Tengo la impresión de que en esa época todo el mundo me quería, obligado por la infinita confianza con que yo tomaba toda mano que se me brindaba. Tengo la impresión de que siempre —y no sólo en el tiempo de adviento— había un ángel en las regiones celestes dispuesto a bajar a nuestra casa y disparar con la claridad de sus ojos y el brillo de sus alas todas las nubes que quisieran acumularse sobre nuestra vida infantil. Es como si tuviera que agradecerle a él, que todo lo triste me parezca sin amargura y todo lo alegre, todas las fiestas y todos los juegos, estén nimbados de un resplandor que sólo tiene la madrugada, antes de que se marque la primera huella sobre el rocío y antes de que flote el primer trino de pájaro sobre la luminosa niebla del bosque.

## PRIMERA EXÉGESIS

Mi primer y único retrato infantil data de mi undécimo año de vida, y se hizo en la época en que acababa de llegar a la ciudad. Parece la imagen de un niño desconocido. Está junto a un retrato de mis días actuales, pero entre ambas imágenes media la enorme distancia de toda una vida. A veces lo contemplo largamente para ver lo que era yo entonces y lo que ha sido de mí.

No cabe duda de que con nuestro trasplante a la ciudad no sólo perdimos el paraíso, sino que con él perdimos también lo que comúnmente se designa como inocencia. Por eso trataré de bosquejar aquí al niño que fue mi punto de partida, el espejo puro de mi existencia antes de que aparecieran las primeras grietas en el cristal inmaculado. No hablaré ya de acontecimientos y experiencias, sino de lo que estaba tras de ellos. Procuraré pues reunir lo disperso, para que veamos, el lector y yo, cómo era aquél que debió dejar sus bosques para conocer el miedo.

Cuando me pregunto cómo era mi carácter originariamente antes de que el mundo comenzara a modelarlo, creo poder decir que yo era una criatura buena y pura, y que las primeras manchas se hicieron visibles recién cuando el amor dejó de ser la única fuerza rectora en mi vida y al apoyarme en un mundo extraño se conmovieron las raíces, que hasta entonces habían permanecido intactas.

Ya he dicho que crecimos en una soledad casi absoluta, en medio de una población que no sólo tenía al polaco como lengua materna, sino que, por su forma de vida, ocupación y origen, consideraba al funcionario estatal como señor; de modo que nosotros, los niños, también nos hallábamos en una especie de aislamiento. Esta situación representaba una defensa, pero

a la vez un peligro, ya que en nuestro primer contacto con el mundo estábamos mucho más abiertos a todo lo nuevo, pero también mucho más expuestos a ello que los demás.

En nuestro pequeño círculo vivíamos "en el amor" y si bien no faltaban las peleas infantiles, dependíamos demasiado los unos de los otros para que las hostilidades nos separaran por mucho tiempo. Y si bien es cierto que en nuestros juegos, a los que nos entregábamos con pasión, solían surgir diferencias de opinión y hasta uno que otro acto de violencia, también es cierto que yo poseía ya en ese entonces un precoz sentido de la justicia y de la injusticia. Recuerdo, por ejemplo, que un día asesté un azote tan fuerte en las manos de mi hermano mayor, que al instante apareció una franja roja en el lugar, y recuerdo también el dolor punzante que experimenté cuando él me miró en silencio, atemorizado y dolorido, sin hacer nada por retribuir el golpe.

Siempre experimenté un entrañable afecto por los míos, y mi hermano no era por cierto el último en ese afecto; sin embargo, el primer año en la ciudad, si bien no llegó a destrozar este sentimiento, por lo menos ahogó sus manifestaciones, hasta entonces naturales e ingenuas. Quizá haya sido porque el "mundo" me hizo conocer el pudor, tan íntimamente ligado al pecado original, y yo que no conocía los términos medios no sólo apliqué el pudor a lo malo, sino también a lo bueno. Como un paraíso perdido, quedan atrás aquellos tiempos en que permanecíamos horas enteras con mi hermano en el cuarto de estudio, abriéndonos mutuamente el alma; en que no había experiencia, culpa ni deseo, que yo no le brindara a mano abierta; en que yo vivía sin misterios y las puertas de mi intimidad estaban siempre de par en par. Ahora quería contarle algo y no podía, quería comunicarle algo y me ruborizaba, quería pronunciar una oración y callaba. Se había cerrado una puerta y aunque me doliera, me era imposible abrirla; es más, mientras más pasión ponía en mi intento, tanto más inmovible permanecía la cerradura. Por primera vez me rodeaba una desesperada soledad, no sólo la soledad en el dolor, sino —lo que es peor— la soledad en las alegrías.

Al observar detenidamente mi mundo infantil compruebo que la ambición ha quemado mi alma desde muy temprano. Pero las raíces de esta ambición están corroídas por un precoz temor a la decisión rápida e imprescindible. Mi padre me entrega por primera vez su escopeta de tiro doble y rema a través de los juncas de nuestro lago para que yo pueda cazar mi primer pato silvestre. Ardo de pasión y de deseo de aprobar mi primer examen de heroísmo. Es la época de muda de los ánades; no pueden volar. A diez pasos de la canoa nada la presa a través de los juncos, buscando protección tras cada lanza. El caño de mi escopeta la sigue; es blanco fácil hasta para una pedrada, pero yo no disparo por temor a errar. Mi padre se impacienta y me ordena que dispare, pero la mano no me obedece. Por fin, mi padre me arranca la escopeta. Suena el tiro y yo recojo el pato del agua. Las lágrimas me nublan los ojos y mi padre está enojado con mi fracaso, con mis lágrimas, consigo mismo, con todo, y la experiencia termina en malhumor y en sufrimiento.

Hay niños que no sienten miedo ante las tormentas y yo era uno de ellos pero esa temeridad está condicionada a una serie de medios a los que tienen que recurrir para ser valientes. Me han dicho que el hierro atrae siempre al rayo, y no bien veo aparecer por el Sudoeste la primera nube oscura bordeada de luz, comienzo a trasportar todas las hachas, sierras, martillos y tenazas a los cobertizos más distantes. Levanto hasta el clavo más insignificante que encuentro en el alféizar de una ventana y no me doy descanso hasta que no he llevado la última aguja del costurero de mi madre a un lugar "aislado". No advierto que el granero, el establo y los cobertizos quedan a merced del ataque divino, y que tendría que llevar al campo la trilladora, los arados y las rastras y hasta demoler las edificaciones para extraer todos los hierros de las paredes y los techos. Me tranquiliza mi buena voluntad y el sudor de mi frente, y cuando los rayos comienzan a caer sobre nuestros bosques, cuando los truenos hacen estremecer la casa, cuando alguna vez un árbol cercano se inflama como una tea al ser herido por el rayo, permanezco en mi rincón junto a la estufa, temblando, sí, como

toda criatura sometida a la majestad de Dios, pero sin miedo porque sé que he hecho lo posible por aplacar las iras divinas.

Quizá sirva de consuelo a quienes se hayan considerado víctimas de las fuerzas ocultas, en su niñez o más tarde, el saber que durante muchos años de mi infancia no tomaba una decisión, a veces ni siquiera respondía a una pregunta, sin antes contar rápidamente y en voz muy baja hasta "dieciséis" o pronunciar seis veces el nombre de Dios en forma inaudible. Los médicos deben saber cómo se catalogan y cómo se designan estas ideas fijas. Yo padecí entonces muchos dolores y angustias a causa de estas cosas, porque nada sabía acerca de sus raíces, y la lucha siempre estéril contra fuerzas oscuras que yo consideraba funestas debilitó durante mucho tiempo la saludable pujanza de mi niñez.

Mis padres tampoco se vieron libres de ese instante terrible en que se descubre por primera vez la mentira en un hijo, descubrimiento que estremece hasta los cimientos el edificio de su mundo. En nuestro caso el hecho se vio agravado por el delito de hurto, ya que robamos un par de manzanas pertenecientes a un albañil que trabajaba en nuestro granero. Esta doble predisposición al delito nos valió una zorra ejemplar, pues en casos como ése, mi padre abandonaba su habitual tranquilidad y paciencia y nos hacía sentir todo el rigor de la ley, mientras que tratándose de pecados más veniales era la mano rápida de mi madre la que restablecía el orden sin mayores prolegómenos.

Ya no recuerdo por qué mentimos y robamos; pero sin duda tuvimos alguna "razón importante" para hacerlo. Lo único que sé es que no fue la zorra de mi padre ni el horror de mi madre lo que nos apartó de ese camino hacia el abismo, sino el simple hecho de que todas las enfermedades infantiles pasan, y pasan tanto más rápido cuanto menos importancia se les da. Y lo que me apartó del "mal" no fueron tanto las exhortaciones, como aquello que llevaba inconcientemente como legado, y una poesía según la cual Dios ve todo lo oculto. Mi conciencia llegó a amargarme hasta algún ocasional robo de guindas en conserva, pues sabía que Dios era capaz de ver a través de las paredes

del sótano y que anotaría guinda por guinda en mi libro de cuentas.

Mi alma mostró muy temprano los primeros síntomas de algo que luego sería uno de los rasgos fundamentales de mi carácter: la incapacidad de asistir en silencio a una injusticia y la imposibilidad de inclinarse ante un hombre, cuando la reverencia no era un homenaje a la verdadera grandeza. Recuerdo que pocos años después de lo que acabo de relatar tuvimos un guardabosques mayor cuya calidad humana distaba mucho de la de aquel otro que ya mencionara al hablar de mis primeros pasos en el dibujo. Era la época de florecimiento del imperio, la época en que los funcionarios superiores de la administración de bosques no eran otra cosa que oficiales de reserva rodeados de árboles, y en la que el "uniforme verde" iba adquiriendo paulatinamente una tonalidad castrense que nada lo favorecía. Para el guardabosques mayor, a quien me he referido, nosotros no éramos simplemente unos niños del bosque con quienes nada costaba ser amable, sino los hijos de un subordinado de quienes se debía exigir el debido respeto.

Un buen día me crucé en mi camino a través del bosque con un carruaje en el que viajaba un desconocido envuelto en pieles. Como no conocía al cochero ni a los caballos, dejé de prestar atención al vehículo. Pocos días después, el guardabosques mayor reprochaba duramente a mi padre la descortesía de sus hijos que no consideraban necesario saludarlo cuando se cruzaban con él en el bosque. Mucho mayor que el supuesto delito fue la angustia de mi padre, quien estaba convencido de mi inocencia pero conocía suficientemente el ambiente como para saber que el asunto podía traerle consecuencias muy desagradables. Trató pues de persuadirme de que me dirigiera por carta al ofendido Rey del Bosque excusándome por mi conducta.

Accedí por cariño a mi padre; pero cuando hube terminado la carta, en la que sólo podía admitir mi incapacidad para reconocer la imagen de nuestro amo y señor a través de sus vestiduras invernales, sentí una vergüenza tan profunda de tener que inclinarme ante alguien a quien yo no consideraba digno de ese homenaje, que rompí la carta y expliqué a mi padre

que quizá pudiera volver a escribirla, pero que nunca podría soportar la idea de que se la enviara a destino. Mi padre se resignó y las cosas quedaron así, sin que por eso se relajara la disciplina de los bosques y de sus guardianes.

Desde niño estuve mal equipado para la lucha contra el mundo, pues siempre me faltó esa inteligente elasticidad que permite ceder cuando es preciso, adaptándose así a los hombres y a las circunstancias. Además, en otros aspectos mi alma rebosaba esa ingenua credulidad propia de la infancia de todos los "grandes ilusos", que en mí se presentaba inseparablemente unida a una maraña de sueños, espectros, seres fabulosos y figuras ideales.

Yo sabía muchas cosas que se ignoran en la ciudad. Por ejemplo sabía arrojar piedras con la honda, arriar vacas, pescar, cazar, reconocer los pájaros por su canto y por su vuelo, seguir un rastro, hacer flautas de caña y bocinas de cuerno, arreglármelas con los caballos, pronosticar el tiempo y muchas otras cosas. Pero esas habilidades eran como las de un indio que llega a la ciudad y queda desvalido con todo su bagaje de artes ante el poder de las piedras. Yo estaba preparado para seguir el programa de estudios de un colegio, es decir que mi intelecto poseía los conocimientos necesarios y estaba en condiciones de asimilar nuevas nociones. Pero el colegio no era simplemente un plan de estudios y en todo lo demás caía yo como una presa en la trampa. Aquellos que me habían cuidado y me habían dirigido ya no estaban junto a mí. Lo que me había brindado alimento y consuelo se hundía en la distancia. Yo era inocente, pero la inocencia era un peligro. Carecía de armas, de desconfianza, de precaución. Era un niño al que se enviaba a la batalla, y me tocaba ahora demostrar si el haber sido educado "en el temor de Dios" era bastante para el mundo.

## TÍA VERONIKA

Antes de abandonar mi primera infancia en los bosques, para narrar cómo me recibió el "mundo", quiero dedicar un recuerdo agradecido a mi tía Veronika. De todas las personas ajenas a mi hogar fue ella sin duda quien más influyó en mi evolución, no por su ejemplo o sus enseñanzas sino por la acción directa de su misteriosa existencia repleta de superstición, espectros y leyendas. No sólo era dueña de una cítara en cuyas cuerdas vibraba para mí todo el hechizo del más allá, no sólo conocía los textos bíblicos casi de memoria, sino que tenía la propiedad de ver, a plena luz del día, figuras que el ojo corriente no era capaz de ver.

En una ocasión en que caminábamos juntos por nuestros bosques, luego de una nevada, se detuvo repentinamente en un recodo del camino y dijo en voz baja pero absolutamente serena:

—¿Viste eso? Un hombre cruzó el camino...

No, yo no había visto nada, pero era capaz de seguir las huellas como un viejo cazador y al llegar al sitio señalado por ella, no me fue muy difícil comprobar que no había huella de hombre ni de animal que alterara la immaculada lisura de la nieve.

—Mira —le dije—, por aquí no ha pasado nadie.

Ella se limitó a sonreír con indulgencia.

—Mi gente —explicó con voz serena— anda sobre la nieve sin dejar huellas...

Y cuando se volvió y clavó la mirada en los bosques cubiertos de nieve, me sentí convencido de que estaba viendo algo, tan llenos de verdad estaban sus ojos claros y brillantes.

Mucho antes de que se iniciara el movimiento de "regreso a la naturaleza", ella ya comía albóndigas de copos de avena,

y cuando veía fumar a mi padre levantaba una mano y decía con tono admonitorio:

—¡El diablo sale de tu boca!

Quizá no haya sido la compañía más indicada para un niño soñador, con tendencia a refugiarse en lo irreal; pero muchas veces me pregunto: ¿hubiera sido yo poeta de no haber tenido su mano, siempre dispuesta a conducirme a través de ese umbral tras el cual comienza el otro mundo, el mundo invisible?

Siempre que se acerca carnaval, y que llega y que se va, surge del pasado el mundo infantil perdido en los grandes bosques. Para carnaval se levantan ellos, mis muertos queridos, aquellos que para mí son inmóviles: tía Veronika con sus extáticos ojos azules... el gato Siempreverde... Y veo la gran Biblia abierta sobre sus rodillas... ¿Qué era lo que leía entonces, cuando yo era un niño aún? Y busco la Biblia en mi biblioteca y busco... en el Eclesiastés, capítulo tercero... allí está el párrafo, el nunca olvidado... Y la veo colocar los lentes ante sus ojos luminosos y la oigo cuando dice:

—“Todas las cosas tienen su tiempo y todo lo que hay debajo del cielo tiene su tiempo... nacer y morir, plantar y arrancar lo que se plantó... de dar muerte y de dar vida... de derribar y de edificar... de llorar y de reír... de esparcir las piedras y de recogerlas... de abrazar y alejarse de los abrazos...”

Y mientras sostengo aún el pesado libro, tan pesado que me parece estar sosteniendo los cuarenta años que han trascurrido desde entonces, se levantan nuevamente ante mí las grandes palabras que ella introdujo en mi corazón infantil, esas palabras que yo no entendía pero cuyo sonido me parecía tan enorme y solemne, lo de matar y dar vida, de abrazar y alejarse de los abrazos.

Cuando era niño vivía yo en los grandes bosques como un animalito en su cueva, y ningún forastero golpeaba a las puertas de nuestra casa. La nieve me envolvía y mis sueños me apresaban, y sólo para las grandes fiestas se derramaba sobre mí la luz de un mundo desconocido. Para Navidad llegaba hasta nuestras ventanas Papá Noel, luego de cruzar los bosques; el día de Reyes nos visitaban niños desconocidos que

venían de Oriente, trayendo una estrella roja, y para carnaval viajábamos a la pequeña ciudad en que vivía tía Veronika. Hacíamos un viaje de tres millas a través de bosques silenciosos. Yo iba envuelto en mantas y cubierto de pieles y sólo quedaban afuera los ojos, fijos en los oscuros abetos que se deslizaban junto a nosotros y tras los cuales ardía el cielo de ocaso como una pared de fuego. Las espaldas del cochero se levantaban como una cordillera ante mí y cuando yo le preguntaba tímidamente si los lobos no seguían nuestras huellas, se limitaba a levantar el látigo, haciendo que los cascabeles tintinearán más sonoros y valientes en los arneses.

Y así me transportaban al reino de la fantasía, pues tía Veronika era la fantasía. Mis padres me dejaban en su casa y seguían viaje rumbo al baile de máscaras, el único baile de su año. Tía Veronika me despojaba de mis coberturas, me sentaba en su sillón, se calaba las gafas y me contemplaba largamente.

—Serás poeta, Andreas —me decía siempre—. Te haré una chaqueta de color para que luzcas distinto entre tus hermanos y para que se te reconozca cuando te vendan y te envíen a Egipto...

Así de misterioso era el comienzo y así era todo lo demás. Tía Veronika cosía para gente de dinero y sobre todas las mesas quedaban los restos multicolores de un esplendor carnavalesco. Sobre la cómoda estaba la cítara con sus cuerdas relucientes, y el gato Siempreverde, inmóvil y ausente, yacía sobre el banco de la estufa y soñaba, con sus verdes ojos perdidos en la lejanía. Mi tía me sobrealimentaba como si yo acabara de regresar de Egipto. En el hogar ardían los leños de haya y tras las ventanas resonaba la ruidosa alegría del carnaval, pero de los rincones en penumbra comenzaban a surgir ya las figuras que invocaba tía Veronika: Oberón y el lobo de los bosques, la Bella de los siete velos y el sereno que hechizaba las escaleras de modo que sólo se podía subir por ellas rezando el Padrenuestro. Y lo distante como lo próximo se erguía tan cerca de ella, que mi alma se estremecía y se consumía de horror y de felicidad.

—¿Es verdad todo eso, tía Veronika? —preguntaba sin aliento—. ¿Has visto todo eso?

—“¿Que si es verdad? —exclamaba ella desconcertada—. ¿No es verdad acaso que yo estoy aquí sentada en mi sillón? Bueno, así estaba ayer el alcalde que enterraron hace dos años. Así, sentado sobre la pared del cementerio, cuando yo pasé. Estaba oscureciendo y la nieve crujía bajo las suelas de los zapatos. El está sentado y escribe; papel gris, manos muy delgadas. ‘Tiene que usar guantes, señor Alcalde’, le digo en voz alta. ‘Están haciendo diecisiete grados bajo cero.’ ‘¿Guantes?’ dice él, ‘bailarás conmigo sin guantes, Veronika’. Y tiende su delgada mano hacia mí. ‘¡Antes págueme el dominó que le hice hace tres años! Usted se me murió justo...’ Y de repente él no está más. Desaparece en un abrir y cerrar de ojos y sólo queda un agujerito en la nieve, pequeño como una cueva de ratones... ¿Que si es verdad, me preguntas? Lo vi ante mí como ahora veo a Siempreverde sobre su banco...”

Así hablaba tía Veronika. Emanaba un poder de convicción embriagador y narcotizante, y una hora más tarde discutíamos ya cómo me sacaría de Egipto cuando mis hermanos me vendieran. Yo ya no dudaba que las tratativas habían comenzado. Resolvimos que nuestro santo y seña sería la palabra *Hamulacma*.

Tía Veronika la compuso laboriosamente sobre la base de datos extraídos de antiguos libros de magia, la escribió en un papel blanco y la guardó en una bolsita tejida que luego colgó de mi cuello, porque ella tomaba más en serio sus fantasías que la realidad.

Pero luego, cuando servía el punch en los vasos y dejaba los buñuelos sobre la mesa, pasaba a hablar de los carnavales de su juventud. Tejía una larga media gris, que crecía año a año, y yo creía firmemente que estaba destinada al alcalde muerto que soportaba diecisiete grados bajo cero. Hasta sus agujas de tejer tenían algo de misterioso. Repentinamente sacaba una de ellas de la lana gris, la levantaba, volvía la cabeza con expresión atenta y decía en voz baja, pero sin miedo:

—“¿Has oído? El hombre de la pared ha golpeado... Siempre golpea a esta hora. Pero yo he bordado una cruz en la corti-

na y de esa manera no puede salir... Creo que es Nabucodonosor...”

Yo miraba la cruz de medio palmo de altura, bordada en lana roja, y tía Veronika me parecía Dios, que es capaz de revivir a los muertos y de alejar al demonio.

—Sí, carnaval... —decía ella—. Hay tantas cosas que la gente de hoy desconoce. Tus padres... bueno, tus padres viajan tres millas en trineo y se ponen antifaz y se disfrazan de cazador y de Caperucita Roja y bailan y charlan mucho y luego se envuelven otra vez en sus mantas de piel y regresan a su casa. Cuando yo era joven, hace cuarenta años, no había trineos ni mantas de piel para nosotros. Mi hermana y yo teníamos que cumplir todas las tareas domésticas, ordeñar las vacas, dar de beber a los terneros... todo antes del atardecer. Sólo entonces podíamos partir. Los disfraces iban en una canasta de ropa. Ahí llevábamos todo lo que necesitábamos, zapatos, medias, un pañuelo. “¿Lleváis la trompeta?” preguntaba mi padre. Sí, porque llevábamos una trompeta. Y partíamos. Dos millas, pequeño Andreas, y el viento arrastraba la nieve borrando las huellas a nuestras espaldas. Cantábamos a dos voces y con cada canción cambiábamos de lado para que no se nos helaran las manos. Cuando eran canciones largas suprimíamos una estrofa. “Ahora reposan los bosques...” esa era la peor de todas. Creo que tenía doce estrofas. Marchábamos tres horas, pequeño Andreas, y luego bailábamos toda la noche. Yo era una gitana y todos los jóvenes guardabosques se hacían leer la suerte conmigo. Y la vuelta también se hacía a pie. Y antes de que asomara el Sol ya tenía que arder el fuego en la cocina, y nosotros seguíamos cantando mientras ordeñábamos las vacas... es claro que no cantábamos “Ahora reposan los bosques...” porque no se prestaba para un establo.

—¿Y la trompeta? —preguntaba yo tras una pausa—. ¿Tocabas en la orquesta, tía Veronika?

Ella dejaba las agujas y me miraba.

—¿Orquesta? Ay, Andreas, en algunas cosas te han echado a perder muy temprano. ¡Orquesta, dices! Teníamos música, pero no orquesta. Había un violín, un clarinete y un contra-

bajo. No creo que tengan más en el cielo... No, la trompeta era para los lobos.

—Para... ¡Tía Veronika!

—Sí, para los lobos. En ese entonces aullaban en los bosques porque los inviernos eran más rigurosos. Y cuando se aproximaban, dejábamos la canasta y yo tomaba la trompeta y soplabla. Debe haber salido un sonido horrible, porque no se animaban a acercarse. Pero antes había que calentar la embocadura, de lo contrario era imposible desprender los labios... ¿No me crees? Ven... ¿Ves ahora?

Y yo la sostenía en las manos... Era un instrumento opaco y abollado, pero el hechizo de épocas desaparecidas pasaba como un frío del oscuro metal a mis manos. Y yo creía distinguir manchas oscuras, quizá sangre de lobos o herrumbre de lágrimas derramadas sobre el instrumento consolador en medio de la tormenta invernal.

Y tía Veronika depositaba entonces la cítara sobre la mesa y sus dedos delicados, con señales de muchos pinchazos, tocaban la gavota de su juventud. Y aquellos acordes temblorosos y ligeramente tintineantes hacían resurgir ante mis ojos el mundo de la fantasía.

—Hamulaima... —susurraban mis labios, y mi mano se posaba furtivamente sobre la bolsita tejida que pendía bajo mi chaqueta en la que se escondía la palabra mágica. Y la voz delgada y suave de tía Veronika entonaba el aria de "Oberón": *O Häon, mein Gatte...* Y el fuego agonizaba en la estufa y el frío chillaba en el hielo del lago. Y cuando yo ya estaba tendido en el banco de la chimenea y el cuarto se llenaba de mil imágenes, tía Veronika abría la Biblia y buscaba el tercer capítulo del Eclesiastés y leía los versos solemnes que yo no entendía:

—“Todas las cosas tienen su tiempo y todo lo que hay debajo del cielo tiene su tiempo... esparcir las piedras y recogerlas... de abrazar y alejarse de los abrazos...”

Y de los viejos versos fluía una dulce triteza que me iba cubriendo y que se extendía como una agua oscura sobre mis ojos entornados.

Por fin me envolvían de nuevo en gruesas pañoletas, y me colocaban bajo la manta de pieles en donde ya me esperaba un porrón con agua caliente.

—¡No lo olvides! —susurraba tía Veronika junto al trineo—. Cuando te hayan vendido... cuando te envíen a Egipto... *Hamulaima...*

¡Mi buena y vieja tía Veronika! Cuarenta años más tarde te recogió el hogar de ancianos de nuestra ciudad capital y allí viviste tus últimos años. Para Navidad siempre te enviaba alguna pequeñez para que te acordaras de mí y para que en tu pino ardieran unas velas más. No habías amasado fortunas, porque tus dedos sabían volver las páginas de la Biblia y tocar la cítara, pero no sabían hacer cuentas. Allí, entre los cansados y desgastados por la vida, seguiste siendo una luz brillante y consoladora, llena de sabiduría y de visiones. Y en ninguna de tus cartas de Año Nuevo olvidabas preguntarme cómo estaba yo con el Salvador. He contado tu historia en muchas ciudades, la he repetido hasta aprenderla de memoria; pero nunca me ha sonado vieja y aburrída, y siempre he estado al borde de las lágrimas al pronunciar aquellas palabras bíblicas, percibiendo en el silencio de la sala, no mi voz sino la tuya.

De esta manera conquisté para ti un trocito de inmortalidad, mucho antes de que te llegara la que tú esperabas y en la que creías con tanta fe como en el Evangelio.

## EL CAMPO DE ESPINAS

Hay algo que, afortunadamente, se ha borrado por completo de mi memoria: las semanas y meses que precedieron a nuestro alejamiento del bosque y todos los dolores que, sin duda, los colmaron. El tío al que ya mencioné como "renegado" debe haber preparado todo y en esa época no se acostumbraba a preguntar a un niño si estaba de acuerdo con los planes que se habían trazado para su futuro. Mi tío había cursado el *gimnasio*, pero aparentemente opinaba que nosotros debíamos seguir alguna carrera "práctica" y por eso había decidido que concurriéramos a una Escuela Real Superior. Este tipo de establecimiento se consideraba, por ese entonces, como el más apropiado para alumnos sin mayores alcances intelectuales que quisieran recibir enseñanza secundaria, aunque de un nivel inferior al de la impartida por los gimnasios.

El "último de los mohicanos" había asegurado —aunque probablemente en un momento de optimismo alcohólico— que estábamos más que preparados para el cuarto curso de uno de esos establecimientos. Y fue así que un buen día prepararon nuestro coche de caza, llenaron una canasta de provisiones, se repasó una vez más nuestra ropa interior y nuestros trajes y luego comenzó nuestro viaje al mundo, el viaje al examen de ingreso.

En este viaje debió acompañarnos nuestro padre y creo que él era el que peor se sentía de los tres. La estación de ferrocarril más próxima estaba a seis millas de distancia, y si todo aquello significaba una incursión a lo desconocido, la compañía le daba, por lo menos, una apariencia más digna. Y cuando partimos, una mañana muy temprano, alrededor de la Pascua, no sólo nos acompañaba la bendición de nuestra madre sino también la de las dos criadas, del mozo de labranza, del mu-

chacho de las vacas y de todos los leñadores, inclusive la del viejo capataz, a quien nos unía un afecto particularmente tierno. Así debe haber sido en los tiempos del Antiguo Testamento cuando Tobías se dispuso a lanzarse al mundo. Mi madre nos siguió con la mirada desde las puertas del jardín. Allí partían los dos hijos que la muerte había perdonado. Partían hacia donde podía llegar su amor y sus oraciones, pero no su mirada, y les tocaba mostrar si aquellos versos según los cuales Dios todo lo ve, aún seguían vivos en ellos.

De este viaje sólo recuerdo el final: la llegada a la ciudad capital, que se produjo por la noche, y el viaje en coche de plaza hasta la pensión. Es muy probable que la ciudad tuviera por ese entonces —trascurría el año 1898— una iluminación callejera muy deficiente; la vida y el tránsito nocturnos deben haber sido, asimismo, muy relativos. Pero hay que tener en cuenta que sobre nuestros caminos del bosque no brillaba más luz que la de las estrellas, y que en la carretera que pasaba ante nuestra casa sólo se veía a esas horas una que otra liebre que se encaminaba a los sembrados de centeno. Ese viaje a través de la ciudad nocturna ha quedado, por eso, en mi recuerdo como un mar de luces, truenos y voces, como un precipitarse en un maligno hechizo. No debe ser muy distinto lo que siente un animalito que sale de la penumbra de su espesura para entrar en un patio rodeado de paredes e iluminado por la luz de los faroles que se balancean sobre él. Hay gente que se mueve y hace ruido, y tras la puerta abierta de la cocina se abren las fauces infernales de una hornalla repleta de fuego.

Y luego la llegada a la pensión, el mudo ingreso a una casa de ciudad, con timbres eléctricos, luz de gas y aguas corrientes. Llegó la dueña de la pensión, pequeña y redonda, a la que observamos como a un ser fabuloso y que luego cuidaría de mí durante siete años con afecto conmovedor. Llegó también su hijo, que era estudiante, y su hija, que nos pareció elegante como una princesa. Aparece una mesa tendida, en una habitación que no tiene ventanas; conversaciones, olores, imágenes que deben provenir de otro continente, y por fin se apaga la última lámpara sobre nuestra turbación, nuestro miedo y nues-

tra sensación de acorralamiento, sobre nuestra nostalgia y sobre nuestras lágrimas, y el niño perdido se refugia en el sueño, que es su último consuelo.

A la mañana siguiente debíamos ingresar en las filas de los guerreros intelectuales. Mi padre nos tomó de la mano y nos llevó a la escuela. Aquel establecimiento era una fundación del Gran Elector y, en realidad, parecía construido por sus propias manos. Debemos haber andado temerosos y perdidos por los corredores y rincones cuando un gigantesco ordenanza con la figura de un verdugo del Medioevo, aunque sin las características espirituales de semejante personaje, nos condujo hasta el despacho del director.

Ahí estaba la primera majestad del Reino del Espíritu que me sería dado contemplar. Era un hombre pequeño, con pelo y barba blancos y un rostro de piedra. Comprendimos que provenía de otro mundo, quizá de una estrella desconocida, porque usaba anteojos azules. Como nunca habíamos visto anteojos azules, no es extraño que lo contempláramos con fijeza durante mucho tiempo. Creo que ese fue el primer error táctico que cometimos.

Más adelante me enteré de que le llamaban "el León", y que todos —desde el más pequeño de los alumnos hasta el más maduro de los profesores— temblaban ante él. Se decía también que usaba un anillo de sello en cuya piedra aparecía grabada la leyenda "Fe, amor, esperanza" y que cuando repartía bofetadas —lo que constituía su ocupación predilecta y comenzaba a primera hora de la mañana— colocaba la piedra hacia adentro para administrar el bofetón con fe, amor y esperanza.

No es sorprendente, pues, que nos sintiéramos paralizados en su presencia y que no lo viéramos como un representante de Dios, sino como su superior. Sí, pero el superior de ese Dios celoso e iracundo acerca del cual habíamos leído algo, alguna vez, con estremecimientos de respetuoso temor. Mi padre procuró repetir al León —probablemente en términos no muy convincentes— lo que el Último de los Mohicanos había dicho acerca de nuestras condiciones intelectuales y de nuestra prepara-

ción. Procuró convencerlo también de que en opinión de nuestro último preceptor estábamos en condiciones de entrar en el cuarto año de ese digno establecimiento. Probablemente haya sido ése el discurso más largo que pronunció en su vida y estoy seguro de que se sintió mucho más a gusto en una oportunidad en que debió treparse a un árbol para eludir a un jabalí herido.

El rostro pétreo del León no reflejaba emoción alguna ante las desesperadas frases de alabanza. Nos observaba inmutable, y hoy pienso que estaba tratando de establecer si éramos originarios de Europa o de Asia. Una vez que llegó a alguna invisible conclusión al respecto, estiró bruscamente y sin aviso su dedo índice en dirección a mi hermano y preguntó:

—¿Cómo se dice en francés "yo te doy"?

Todo el mundo sabe que en esa pregunta hay una trampa que —según como se vea— puede calificarse de pedagógica o de infame. Mi hermano, que desconocía las trampas humanas, respondió pronta y alegremente:

—*Je te donne!*

Exigido por el mismo gesto, yo respondí más lentamente:

—*Je le donne* —pensando que así había más posibilidades de que uno de los dos acertara.

Pero como según las leyes de ese complicado idioma ninguno de los dos había respondido bien, tras la frente inmutable del León se formó una rápida decisión y con un majestuoso movimiento horizontal de la mano dijo:

—¡Tercero!

Con lo que concluyó de manera rápida y decisiva nuestra prueba de fuego. Abandonamos el hostil campo de batalla con una sensación de derrota total.

Al día siguiente emprendimos el regreso con el corazón un poco oprimido, aunque la perspectiva de permanecer tres semanas más en nuestro hogar debe de haber mitigado bastante el dolor de la derrota.

Veo luego la imagen del aula en que mi hermano y yo pasamos la primera hora. Ha sonado la campana y cuarenta jóvenes, desconocidos y peligrosos congéneres, abandonan el salón. Recuerdo claramente los rizos dorados y largos de uno de los

niños y hasta el movimiento curiosamente flotante y flameante conque desapareció ese casco de oro en la penumbra del corredor. Y así como el joven Parsifal veía a los primeros caballeros como figuras divinas, así creí yo que aquél no podía ser nada menos que Sigfrido que había resucitado y aceptaba voluntariamente aquella servidumbre. Más adelante le cortaron los rizos y si bien no debe haber sido Dalila sino su madre quien lo hizo, es indudable que con la cabellera perdió la fuerza, porque veinte años más tarde ya era un jurista fracasado y un miserable agente de seguros.

Pero no estaría del todo disconforme si mis recuerdos de la nueva comunidad a que debía incorporarme se limitaran a un mar de cabezas coronadas por un casco de oro. Lamentablemente, los contornos se fueron haciendo mucho más nítidos y si más adelante surgieron consuelos y satisfacciones, al comienzo nos vimos como dos animales de otra especie en medio de una manada hostil.

Nosotros nada sabíamos acerca de las costumbres de un niño de ciudad y estábamos tan predispuestos al respeto y a la admiración, como ellos a la burla; y la postura despectiva puede adoptar formas muy peligrosas en una clase, que es la primera encarnación de la masa despiadada. Probablemente hubiéramos sucumbido para siempre si la vida del bosque, además de concedernos el don de soñar con los ojos abiertos, no nos hubiera equipado con otros dones que —debidamente aplicados— también surtían su efecto en las ciudades.

Yo no tenía nada de héroe, pero fue mi primera intervención activa la que nos valió un cierto respeto en el nuevo mundo, no sólo por el efecto que tuvo, sino por la naturalidad conque se produjo.

En una de las primeras clases de gimnasia que tuvimos, uno de mis compañeros —que buscaba adquirir rápida fama— comenzó a arrojarnos piedras. Lo hizo sin motivo y sin la previsión que caracteriza no sólo a los sabios sino también a los poderosos. De no ser así, hubiera advertido que nosotros, por motivos puramente geológicos o mineralógicos, teníamos que dominar ese arte mucho mejor que cualquier niño de la ciudad

que dispone a lo sumo de algunos adoquines para aprender el oficio. Luego de algunas advertencias que cayeron en el vacío, decidí rememorar la pedagogía aplicada de nuestro último preceptor, y mi primera piedra dio en plena frente del enemigo que cayó desmayado.

Se produjo una gran conmoción y el profesor de gimnasia —ingenuo como suele serlo ese tipo de personas— me preguntó temblando de indignación:

—¿Lo hiciste a propósito?

Y como yo respondiera a esa inteligente pregunta con un honesto: "¡Sí señor!", recibí mi primera bofetada en el desierto, bofetada que hasta hoy no he podido perdonar del todo.

¿De qué valió que al cabo del primer trimestre yo fuera el "primero" de la clase y mi hermano el "segundo"? ¿De qué valió que nuestro profesor titular, "Carlomagno", nos considerara dos niños prodigios? Era una altiva confirmación de las esperanzas del Último de los Mohicanos, pero el pan del desierto era muy amargo para mí y los laureles no lo endulzaban. Sin duda tenía bastante que hacer con recibir a todo un mundo nuevo que llegaba hasta mí, pero en ese mundo no había bosques, no había lagos, no había animales. Los cansados pies marchaban sobre piedras, sobre piedras se deslizaban los ojos fatigados y el "León" no era el único que tenía el rostro de piedra.

Quizá haya comenzado a intuir ya entonces la profunda escisión que existía entre naturaleza y civilización, y mi amor por el bosque, por el animal, por "el orden magno", no hubiera tenido nunca esa fuerza apasionada y desgarrante si mi paraíso no se hubiera convertido tan temprano en un paraíso perdido. Y el niño que en las horas tristes y vacías del domingo dibujaba su casa paterna, sus campos, el lago y el bosque, sin olvidar un árbol ni una gavilla de centeno; ese niño que anotaba en una libretita todas las señales de caza que había aprendido; ese niño no hacía otra cosa que exteriorizar sus dolores reproduciendo con débiles manos las imágenes de sus dioses perdidos, y el aliento de vida que procuraba insuflarles no era menos

ardiente que aquél conque Prometeo procuraba dar vida a sus estatuas para estrecharlas contra el corazón.

Si yo hubiera permanecido en mi bosque y hubiera sido guardabosque —cosa que yo deseaba ardientemente y a la cual se opuso mi padre, con muy buen criterio— la imagen del terruño no hubiera adquirido el brillo doloroso que adquirió en las primeras semanas de vida en la ciudad y que luego conservó a lo largo de mi vida.

Desde los primeros días de mi alejamiento sufrí indeciblemente de nostalgia. Los días hábiles se hacían más soportables porque los llenaban las obligaciones, la actividad, los juegos; pero los domingos de todos esos años han quedado en mi memoria como empañados por una sorda tristeza y casi diría, empañados en tristeza. Por la tarde la casa se iba quedando lentamente vacía y silenciosa. Las calles parecían abandonadas. Las nubes blancas pasaban con su enorme soledad por sobre los laberintos de piedra y toda el alma melancólica y perdida de la ciudad parecía concentrarse en un solo sonido: en la melodía lejana y difusa de un organillo que iba de patio en patio, y sobre la que se abrían las ventanas de todas las criadas que, como yo, no sabían para qué servía su vida en esos días.

En los primeros meses de mi nueva existencia comenzó a desarrollarse en mí una característica peligrosa. Me refiero a la capacidad de entregarme totalmente a un mundo, no siempre soñado, pero sí distante. Y por la noche, cuando todo niño sano y cansado se sume rápidamente en un sueño sin imágenes, comenzaba para mí la verdadera vida, pues me marchaba del mundo real en que se me obligaba a vivir para refugiarme en aquel que yo deseaba habitar. Y como ya no me bastaba recordar hechos y lugares del terruño sino que mi fantasía se apartaba ya sin barreras de los hechos reales, fui cayendo cada vez más en la tentación de cerrar los ojos a la dura realidad para buscar en un mundo soñado el consuelo que no encontraba en el real. Es verdad que todos levantamos castillos en el aire, pero yo me refugié tan temprano y en forma tan completa en ellos, que cada vez me resultaba más difícil salir de sus resplandecientes e intrincados pasadizos. Sé que en esa época ya recono-

cía el peligro en que me encontraba y sé que sufría al no poder evitarlo; pero no había nadie que me ayudara en mi desorientación. Yo no tenía amigo ni conductor, y como el terruño era la única estrella que arrojaba una luz en mis tinieblas, no es de extrañar que elevara mis ojos a ella. Y si los dioses a los que yo rezaba no eran los verdaderos, puedo decir que fueron los únicos misericordiosos conmigo y que me ayudaron en un momento en que todos los demás parecían haberme abandonado.

## "JULE" Y OTROS COMPAÑEROS

Pronto tuve que aprender que quien pone el pie en un mundo nuevo se ve más forzado a unirse y hasta a entregarse a sus compañeros, que aquél que puede dar sus primeros pasos en un ambiente familiar.

Mi hermano y yo no estábamos totalmente solos en el desierto, porque había algunos muchachos de nuestra comarca, no sólo en la escuela sino también en la misma clase. Uno de ellos era hijo de un guardabosques vecino y —a pesar de que dejó muy pronto el colegio— lo recordé durante mucho tiempo por una tarjeta de Iquique, llena de estampillas exóticas. Sé que fue grumete, y como tal tuvo una juventud difícil; luego llegó a capitán de un gran transatlántico, fenómeno curioso en nuestra región boscosa.

Los otros, tres hermanos, venían de una granja más perdida aún que la nuestra en las landas de Johannsburg. El mayor pereció ahogado un verano, durante las vacaciones largas; los otros dos fueron desapareciendo paulatinamente de mi vida y de mi memoria, como nos ocurre con la mayoría de nuestros condiscípulos.

Conservo, en cambio, un recuerdo nítido pero no demasiado amable de los dos muchachos que vivían en la misma pensión que nosotros y que compartieron nuestra habitación en los primeros años. Ellos también eran "campesinos", aunque menos netos. Uno de ellos era hijo de un maestro de la región de Lyck y se lo conocía por el mote de "Coatí", que provenía tanto de su carácter solapado como del aroma que solía acompañarlo. El otro era del Sudoeste de la provincia, de una pequeña ciudad, y lo llamaban "Jule" porque sus gestos, su manera de hablar, su aspecto exterior y su psicología, parecían los de una agriada solterona.

Ambos eran seres ajenos a mi mundo, y por lo tanto desconocidos para mí hasta entonces. La vida los había puesto ya en contacto con muchos otros niños, haciéndolos perder su personalidad originaria y "puliéndolos" en forma tal que constituían un peligro para nosotros. Es probable que ambos tuvieran padres probos y formales, pero ya no dependían exclusivamente de sus padres y de su mundo, como ocurría con nosotros. Habían adquirido precozmente una existencia propia y secreta en la que se movían como ratas, con petulancia y desaprensión.

El llamado "Coatí" concurría a una Escuela Real, y por lo tanto estaba por debajo de nosotros en la escala de valores intelectuales; pero él procuraba compensar la desventaja con deslumbrantes relatos sobre la perfección de sus maestros y discípulos, del plan de estudios, de sus progresos y demás. También solía reconocer que los funcionarios de la administración de bosques se movían en una esfera social muy próxima a la de los maestros de escuela primaria, y que si bien nunca podrían alcanzar la profundidad y agilidad intelectual de éstos, tenían la ventaja de desempeñar un oficio más libre y más saludable.

Esa misma amable magnanimidad con que procuraba franquear el abismo social que, en su opinión, se abría entre nuestras casas paternas, aparecía también en otros terrenos de la vida infantil. Entre nosotros, como entre los pueblos primitivos, no se concedía excesiva importancia a los éxitos intelectuales, y de primero a sexto año lo fundamental era ser "el más fuerte". En condiciones normales este problema se resolvía muy pronto de manera práctica; pero nuestro amigo Coatí, con su característica diplomacia, prefería dejar en pie la incógnita en lo que se refería a su persona y la mía, es decir que evitaba sistemáticamente el duelo.

Se extendía, en cambio, en homéricos discursos sobre lo extraño que era encontrar dos muchachos de fuerza tan pareja como él y yo. Solía decir también, que si alguna vez llegábamos a enfrentarnos, esta increíble igualdad de fuerza haría que la "casa íntegra quedara en escombros" antes de que una de las partes lograra la victoria.

Mi hermano no tardó en convencerlo por medio de una bien merecida tanda de golpes, de que "la igualdad de fuerzas" no se refería sólo a mi persona. También supimos aprovechar su fanfarronería para hacer que la "juventud dorada" de nuestra no muy distinguida calle lo sosegara un poco. Como alumno de los años superiores, ya vestía chaqueta con colas, y eso hacía más cómico aún el espectáculo de su fuga luego de estas luchas y la muchachada triunfante solía acompañar la huida con comentarios jocosos en su pintoresco dialecto.

El padre de Coatí se había vuelto a casar luego de la prematura muerte de su esposa y este segundo matrimonio tuvo un trágico fin cuando —por razones que nunca llegaron a aclararse totalmente— la madrastra mató de un tiro a su marido y luego se envenenó. El muchacho, por su parte, siguió el camino que había emprendido. Dejó la escuela al terminar el bachillerato elemental, e ingresó en la administración de correos, pero fue despedido muy pronto por haber incurrido en ciertas irregularidades. Por un tiempo encontró colocación en un importante periódico de Prusia Oriental y de sus relatos parecía desprenderse que, en realidad, el jefe de redacción compartía la dirección del diario con él. Luego descendió a la "rama" de los seguros, y luego desapareció. Quizá la guerra le haya dado la generosa oportunidad de cerrar una vida malgastada con una muerte decente. La gran justicia de la vida habría hecho así lo mejor que puede hacer: sepultar lo fracasado bajo tierra sembrada, con la esperanza de que la incorruptible administración de la naturaleza haga uso de ello.

Si este compañero me hizo conocer y me enseñó a reconocer precozmente un tipo humano hasta entonces ignorado por mí, el otro, el llamado "Jule", amplió estos conocimientos en otra dirección.

Jule provenía de un pequeño comercio situado en una pequeña ciudad y esa atmósfera puede explicar hasta cierto punto lo solícitamente movible, lo adaptable y cautamente expectante de sus movimientos y de toda su actitud mental. Era pequeño, magro y debiluchó. Sus brazos eran muy largos, y recuerdo claramente que cuando la pelea se hacía inevitable cerraba los

puños de manera que el nudillo del dedo mayor sobresaliera, haciendo así más efectivos sus "golpes bajos y de abdomen", en los que era un maestro consumado por sus brazos de simio. Sabía aprovechar así, en forma rápida y efectiva, una característica especial de su cuerpo.

Su semejanza con las ratas era indudable y, lamentablemente, no puedo decir que careciera de la malignidad y de la sucia ponzoña de estos animales, pues él fue origen de muchas tribulaciones en esos años de nuestra adolescencia. Fue él el destinado a destruir nuestra pureza y a hacernos arrojar de ese paraíso que nos había quedado, el de la inocencia, luego de perder el paraíso de nuestro hogar en los bosques.

Es verdad que habíamos crecido en un ambiente rural y que por lo tanto, no nos eran desconocidos los fenómenos de que se vale la naturaleza para asegurar la conservación de la especie. Sin embargo, siempre había permanecido oculto para nosotros el secreto y el sentido de esos procesos, puesto que nadie se consideró autorizado u obligado a descorder el velo con mano prudente. En aquella época todas esas cosas se consideraban malas y sucias, y no hay quien ignore cuánto mal se causó a la joven generación al cerrarle los ojos esperando vagamente que la vida se encargara de todo "en su momento".

Tengo la impresión de que Jule estaba impaciente por transmitir sus conocimientos en forma apresurada, furtiva y sucia. Y por cierto lo más destructivo, lo desgarrante, lo que transformó bruscamente toda la visión del mundo no fue la "revelación", sino la forma en que él nos la transmitió. La malicia de que se rodeó a la verdad fue lo peor que nos pudo deparar el destino. Se nos podía haber revelado el secreto como algo sagrado, como en realidad lo es, y lo inaudito de la revelación no nos hubiera impedido hallar el camino de regreso a nuestra vida cotidiana, sin rastros de vergüenza. Así, en cambio, quedamos sumidos en un abismo de vergüenza y el destructor de nuestro paraíso se preocupó de envolvernos en una densa red de complicidad, de seguir atrayéndonos con nuevos descubrimientos, hasta conmovier, pasó a paso, todos los cimientos de nuestra joven existencia.

¡Ay, cuántas cosas se quebraron y se perdieron para siempre! Lo más doloroso de todo fue el perder aquella santa naturalidad con la que habíamos mirado las gentes y las cosas. Ya no era lo mismo cuando hablábamos con mi madre de la vida en la ciudad, cuando mirábamos a una muchacha, cuando pronunciábamos nuestras oraciones de la noche. Se había empañado el espejo que en los cuentos muestra al ausente sano y fiel al recuerdo, y no había poder en el cielo o en la tierra que pudiera devolver lo perdido.

Como niño muy sensible que era, debo haber vivido mi caída con una intensidad más dolorosa que otros niños, y la amargura de mi corazón fue tal, que las sombras de ese período oscurecieron durante mucho tiempo mi vida. Y cuando más tarde todo salió a la luz, como tenía que suceder, no encontré una mano que se extendiera hacia mí con gesto protector y comprensivo, sino que —según las costumbres de la época— se ocultó el propio error con lamentaciones que no hicieron más que arrojar a aquellas almas desorientadas a un abismo de vergüenza y de pecado. Sí, durante mucho tiempo recordé con amargura a quienes conducían mi vida en ese período. Creían obrar bien y por eso no quisiera formularles ahora más reproches, pero me llevó decenios recuperar la confianza en mí mismo y la seguridad que entonces destruyeron.

Jule desapareció pues de nuestro círculo uno o dos años después de que trabáramos conocimiento con él, y es probable que en su nuevo destino haya seguido luchando por la luz de la verdad. Recuerdo que su madre se lo llevó de la pensión indignada; no indignada contra ese fruto de dudosa calidad que había brindado al mundo, sino contra nosotros y contra nuestras familias que se atrevían a responsabilizar de algo impuro a un niño cuya pureza virginal se evidenciaba hasta en el tierno sobrenombre que llevaba.

## PIEDRAS Y PAN

Es hora de que rememore con un sentido integral el establecimiento que, por voluntad de mis padres, había de ser mi hogar forzado durante siete años.

Es lógico que la escuela haya distado mucho de reemplazar el jardín del Edén del que se me había arrojado, máxime si se tiene en cuenta que mis primeros encuentros con ella no fueron precisamente una fuente de puras alegrías. Pero si dejo a un lado los primeros años —esos años opacos en que el niño se limita a recibir, en que aún siente que lo inesperado lo aplasta y lo amenaza, en que aún no ha desarrollado la serena energía que puede oponer a lo desconocido—, si dejo a un lado ese período, debo confesar que no conservo un recuerdo desagradable de mi colegio, aun cuando ese recuerdo sólo tenga tintas amables en los últimos tres años.

Mi colegio no debe haber sido ni mejor ni peor que muchos otros. En lo que a su aspecto exterior se refiere, todos los detalles —desde el patio sin luz, rodeado de paredones amarillos, hasta esos lugares de apariencia y olor indescritibles, equivalentes a aquella tranquila casilla de nuestra casa que ostentaba en su puerta un corazón calado— revelaban el privilegio de pertenecer a una fundación del Gran Elector. En los neblinosos días de invierno, durante las clases de la tarde, flotaba sobre el patio y el edificio, sobre los corredores y sobre las estrechas aulas débilmente iluminadas con luz de gas, una infinita y desesperada nube de melancolía que ejercía una presión física sobre nosotros. Para no hablar del frío, que era realmente aquerónico. Sin embargo, en esas aulas crecimos, aprendimos, vociferamos y pecamos, y si se tiene en cuenta que nuestra generación vivió y soportó más que ninguna otra la guerra, considero inútil extenderme aquí en lamentaciones so-

bre las condiciones de higiene y demás, de tiempos pasados.

No es fácil traer hoy a la memoria la escuela de ese entonces en una forma global y compararla con la escuela de hoy. El niño no sabe hacer abstracción para reconocer el tipo en medio de una suma de fenómenos aislados. Pero cuando procuro representarme el "cuerpo de profesores", advierto dos diferencias notables respecto a la época actual. Los maestros del curso primario han quedado grabados en mi memoria como toscas reproducciones del "León". Guardaban con él la misma semejanza que puede guardar una imagen divina de las islas de Pascua, con una del tiempo de los faraones. La robustez de su cuerpo, su sombrío silencio y el aislamiento de paria en que vivían respecto al resto del colegio, me hacía verlos como petrificados testigos del Medioevo. Me parecían, pues, testigos de una época en que los soldados del ABC salían de la escuela con fracturas de brazos y piernas, provocadas por el bastón de algún maestro irritable. Los educadores de nuestro primario seguían las huellas de aquellos predecesores, convencidos de que un niño debía crecer "en el temor de Dios". No puedo evitar un estremecimiento de horror al recordar a uno de ellos: su cara roja y afeitada aparecía surcada por múltiples cicatrices y corría el rumor de que azotaba casi hasta la muerte a los alumnos de su grado. Este rumor, debe haber tenido mucho de verdad pues aquellos niños, que cursaban el tercer grado primario, parecían deslizarse o flotar por los oscuros corredores como pequeñas sombras precozmente condenadas.

Como se verá, este "inframundo" es la primera diferencia notable respecto al presente. La segunda diferencia que advierto a través de mis recuerdos reside en una cierta aureola de "distinción" que rodeaba a los profesores del secundario en aquella época y que hoy ha desaparecido por completo.

El profesor encargado de la primera clase a que concurríamos, por ejemplo, nunca asistía al colegio sin su galera de copa maravillosamente lustrosa, sobre una cabeza gloriosamente peinada y embadurnada; con trajes de elegancia ejemplar; con un bastón de ébano y puño de marfil y con modales que lo hubieran hecho brillar en cualquier escenario, en el papel de distinguido

*bonvivant*. Su mujer no tenía precisamente la figura de la Venus Anadromena, pero en cambio pertenecía a una familia de gran fortuna, y parte del brillo de su origen se reflejaba en "Carlo-magno" y en su profesión, que no era de las más cotizadas.

Hay otro profesor de los de esta especie que recuerdo claramente. Desempeñaba un papel de importancia en la vida musical de la ciudad y por su estatura y la altura de la galera, sobresalía siempre del resto de la población. Me parece verlo, con su sombrero de copa y su abrigo a lo Hohenzollern, marchando delante de nosotros a través del grave y silencioso paisaje de albuferas, en nuestros "paseos escolares" de todos los veranos; grotesco método que se usaba hace poco más de treinta años para fomentar el amor a la naturaleza y a las excursiones. Se le concedió el retiro antes de lo habitual porque los alumnos fumábamos y jugábamos al skat en su hora de clase y no me cabe duda de que aceptó de muy buen grado el prematuro fin de su carrera.

Junto a estos grandes señores de la profesión, todos los demás forman en mis recuerdos una masa amorfa con anteojos, rostros inexpresivos o inteligentes, costumbres cómicas o peligrosas. No hay contacto humano con ningún profesor hasta bien avanzado el ciclo superior. Ellos constituyen un mundo, nosotros otro. Entre ellos no hay genios, ni de la educación ni de la ciencia. Hay quienes nos azotan despiadadamente y quienes son verdaderas víctimas nuestras. Con algunos aprendemos mucho, con otros nada, y no siempre es porque falte buena voluntad de nuestra parte. En aquella época había también planes de estudio y métodos, la disciplina era rigurosa, y cuando llegaba el inspector, el colegio se estremecía hasta los cimientos.

Pero hay algo que marchó mal desde el principio. Mi vida espiritual comienza recién en el séptimo curso, y hasta entonces no hago más que cumplir con mi deber, y a veces ni eso. Al principio me lancé sobre lo que tenía ante mí con ardiente ambición. La educación que había recibido de mi madre no me permitía mirar a izquierda ni a derecha cuando se trataba de cumplir un deber. Pero el colegio no logró mantener en mí

ese espíritu. Tenemos un profesor de botánica y zoología que llega borracho a casi todas las clases y procura en vano colgar el sombrero en la percha destinada a ese efecto. Charla, ríe y hace ruido, y cuando dicta clase, el cuadro vivo de la naturaleza se descompone en nombres y sistemas muertos. Luego de jubilarse entró en la Sociedad de Templanza y se hizo abstemio; pero a nosotros no nos fue dado gozar de los beneficios de esa nueva situación.

Tenemos un profesor de religión y aprendemos proverbios, cantos y salmos, pero cuando alguien tartamudea llueven las bofetadas. ¿Dónde están las conmovedoras figuras de mi infancia? ¿Dónde están Ruth y José y el Niño Dios? Los veo morir ante mis ojos la muerte del "espíritu", y pasan muchos años antes de que resuciten, más allá de la escuela y de la iglesia.

Tenemos un profesor de historia y geografía, que ha editado en colaboración con el "León" una "Guía". En esa guía figuran todas las ciudades, montañas y ríos de nuestra patria, y nosotros tenemos que aprenderla íntegramente de memoria. Es un hombre bonachón, gigantesco, con pies planos; pero sus horas de clase nos resultan mortales y nosotros las revivimos a nuestra manera, arrojando petardos y bombas de mal olor. Nos exige lecciones orales y a la primera discrepancia con el texto saca un largo bastón de caña de su pupitre. Golpea en las manos, diez, quince veces, con todas sus fuerzas, y las zonas que reciben el azote se transforman inmediatamente en franjas turgentes.

—¿Has estudiado? —ruge—. ¡Mocoso estúpido, no has estudiado nada!

Y los crueles azotes caen siseantes. A pesar de todo es un hombre bueno, respetado y amado en todas partes; pero para él su misión es la de un verdugo, y luego de la ejecución se lava las manos y alimenta sus pájaros con cañamón.

Tenemos un profesor de matemáticas que antes era timonel de un buque. Debe ser genial, pero dicta clase para dos o tres solamente, los demás son para él "organilleros". Tratamos de seguirlo, nos tenemos que dar por vencidos y llenamos la hora con tonterías y ruido.

Tenemos un profesor de dibujo al que llamamos con amable ironía "el señor profesor". Dibujamos vasijas antiguas, cubos, pirámides. Algunos ardemos de impaciencia por penetrar en los secretos del arte, del paisaje, del color, de la perspectiva.

—¿Por qué tiene que ser esto así, señor profesor?

—¡Porque sí, cabeza de cerdo!

Todavía hoy recuerdo con preocupación esos años muertos. Claros que ya nunca podrán llenarse. Inclinación al ruido, a la crueldad. Tendencia a hundirse en una masa amorfa. Engaño, para disimular lo que se ignora, y lo peor de todo: lenta descomposición del respeto a la autoridad. Inolvidable momento aquél en que mi madre me castiga duramente por no haberme quitado la gorra ante un viejo leñador; inolvidable gesto el de su mano mientras pronuncia las palabras bíblicas:

—¡Ante una cabeza gris te pondrás de pie!

Y allí están ahora esas cabezas grises a las que engañamos, torturamos y despreciamos; no porque nosotros seamos malos, sino porque ellos no son humanos, porque son insuficientes y torpes.

Aparecen los primeros borrones en mi carácter. Se nos trata con crueldad y nosotros pagamos con la misma moneda. Aparecen candidatos para ocupar cátedras vacantes. Son seres bondadosos y desdichados, y la tiranía de una masa compacta de cuarenta muchachos los cubre y los aplasta. Colocamos sobre su escritorio un cerdo de jabón con anteojos. Nos calamos gafas sin vidrio y afirmamos haber ensordecido de repente. Disparamos bolitas de papel contra el rostro martirizado que tenemos ante nosotros. No tenemos piedad, no tenemos caridad, no tenemos nada de lo que sembró en nuestras almas un hogar piadoso. Somos como las masas de todos los tiempos y de todas las edades: cruel, sedienta de sangre, dispuesta a dejarse arrastrar por el más malo sin ofrecer resistencia.

Tengo la sensación de que en esos cuatro primeros años se removió hasta los más profundo el lodo que toda vida lleva en el fondo. No tengo guía, nadie que me merezca respeto y cuya vida quiera imitar. Mis padres están lejos, mis maestros son extraños, y sus figuras son indiferentes; risibles o detesta-

bles. La dueña de la pensión se ocupa de que estemos bien comidos y de que lo pasemos bien en su casa. Los camaradas son ruidosos, groseros, deseosos de conocer los secretos de la "vida" y todavía no ha llegado el "movimiento juvenil" en que el niño en su edad más peligrosa, levanta la mirada brillante de entusiasmo hacia un conductor. Sobre toda mi clase pesa un poder aplastante y uniformante. Yo me siento protegido por ese poder; si yo soy culpable, todos son culpables. No hay más nivel que el del malo, o a lo sumo el del mediocre, y esa fuerza actúa como una vorágine sobre aquél que no se ha endurecido prematuramente.

Ahora no soy sólo ambicioso sino envidioso. Además de establecerse una jerarquía por las clasificaciones —uno de los crímenes más alevosos de la antigua pedagogía—, se aplica un sistema según el cual los que más se destacan en cada hora ocupan los primeros bancos. De modo que una pregunta difícil que no ha recibido respuesta entre los diez, entre los veinte primeros, puede hacer "adelantar" al vigésimo primero. Y como el favorecido tiene que mudarse con todo su equipo, con la mochila, los libros, los atlas, el tablero de dibujo, las zapatillas de gimnasia y demás, y esa operación se repite con cada pregunta a la que unos responden y otros no, es fácil imaginar la corriente migratoria que se produce en cada hora de clase. Y ese sistema es moralmente nocivo. Los que cambian de lugar son enemigos mortales, uno se eleva, el otro cae; y no bien se ha establecido el nuevo ordenamiento intelectual, la próxima pregunta vuelve a romper el equilibrio y las amistades se transforman en enemistades y otra vez comienza la guerra de todos contra todos.

Durante tres años fui "primero" indiscutido, y nadie mantiene por mucho tiempo ese puesto sin que su alma corra peligro. Pero un buen día el primer lugar queda en manos de mi compañero de banco que no sólo lo merece por sus notas, sino por sus condiciones personales. Es hijo de un pequeño empleado público y en su casa reina la más amarga pobreza. Es un niño callado, tierno, muy sensible y muy limpio. Y cuando al regresar de las vacaciones me tiende la mano desde ese puesto

que antes fuera mío, finjo no ver la mano. Me he convertido en su enemigo porque él es mejor que yo, y porque admito y sé que es mejor que yo.

¿Qué confusión en la que se ahogan todas las fuerzas nobles de mi alma! Son sentimientos que no conocía, actitudes que nunca hubiera asumido mientras vivía en los bosques. Esa mancha me quema aún hoy a pesar de que el destino —más generoso de lo que creemos— ha permitido que sea justamente ese "primero de la clase" el único de mis compañeros de colegio con el que me une actualmente una amistad.

¿Qué se había hecho de mi comunión con el bosque y con los animales en esos días tan tristes? En el fondo sentimos arder aún la nostalgia de todo lo que tuviéramos en un tiempo; pero ya hemos aprendido que un "hombre" no debe complacerse en sus dolores y por eso hacemos lo que hacen también los mayores cuando sienten que hay algo inseguro, algo monitorio que habla quedo a su corazón: nos aturdimos.

¿Cómo trascurren nuestras tardes, los momentos de libertad? Nos reunimos en la pensión. Allí estamos los campesinos "fieles al terruño", los dos de las landas de Johannisburg, el capitán, Coatí, Jule, mi hermano y yo. Coatí ha encontrado un amigo de su comarca en nuestro barrio. Es dueño de un pequeño negocio y de un bonito nombre polaco. Tiene un cierto parentesco espiritual con Coatí. Es un fanfarrón, un mentiroso y un pequeño estafador; pero nos vende todas las tardes una botella de cerveza y kummel por veinte pfennig y cigarrillos marca Pteo, a razón de diez pfennig las once unidades.

Así provistos nos sentamos a nuestra mesa de skat. Hacemos resonar los triunfos sobre la mesa, chocamos los vasos y fumamos. Somos hombres. Somos la representación del terruño en medio del desierto de piedras. Héroe desterrados que recuerdan el hogar. No importa que esos héroes se embriaguen mucho más rápido de lo que corresponde a un héroe; no importa que la diminuta dueña de la pensión se retuerza las manos y nos profetice la cárcel y el cadalso. Golpeamos con el puño cerrado sobre la mesa, prohibimos cualquier intervención y exigimos

nuestra libertad. Yo ya tengo trece años y estoy en el quinto curso ¿por qué no había de tener derecho a la libertad?

¿Es tan sólo el mal ejemplo o es que ha vuelto a brotar alguna herencia oscura de generaciones desaparecidas? No lo sé. Pero ese estado dura dos meses. Ya no me gusta el aguardiente, ni los cigarrillos ni el skat. Es un niño asustado el que despierta con un sabor amargo en la lengua y en el corazón, y por la noche, antes de dormirme, creo ver a Trilljam con su guardapolvo amarillo y su caballo amarillo, y todavía hoy siento un leve estremecimiento cuando pienso cuán próximo llegué a estar de aquello que más odiaba.

## EL RUMOR DE LOS BOSQUES

Pero, al entregarme a los recuerdos de esos años sombríos he olvidado una cosa: que todo aquello no era mi vida. He olvidado que yo tenía que estar allí, en el colegio, en la pensión, en la ciudad, que me aturdí y me negaba a mí mismo; pero que mi corazón latía con todo esto, como late con nuestra respiración, casi inconsciente y casi fuera de nosotros. Porque aquel no era mi medio. Yo podía negar muchas cosas, pero no mi origen. Y aun cuando la escuela o la iglesia no pudieran impedir que me mezclara en la turba, los bosques lograron que no me perdiera en ella, que no me sintiera a gusto en ella. El destino me concedió una gracia muy grande en esos años: el poderme lavar cuatro veces al año el lodo que la vida no me evitaba.

En el instante en que asomaba en el horizonte la franja oscura y grave de nuestros bosques, todo lo demás desaparecía, se extinguía, dejaba de existir. Yo regresaba al hogar como si nunca me hubiera alejado de él. Volvía a encontrar al niño, tal cual lo había dejado. El no preguntaba nada, no reprochaba nada, no pensaba en el futuro. Esperaba, simplemente; esperaba como en los cuentos, en silencio y sin preguntas. Y volvía a tomarme de la mano y ese contacto hacía que todo volviera a ser como antes. Sí, para mí la patria era el lugar en que había crecido. De no haber tenido esa patria me hubiera perdido, porque hubiera crecido sin raíces. Pero así, aun cuando hubiera logrado eludir los ojos de mis padres, no me hubiera sentido capaz de eludir esos grandes ojos serios. Debía huir a purificarme. No es una mera figura empleada por los panteístas, eso de que el bosque es una forma de Dios. Y si yo había olvidado aquella poesía de mi infancia según la cual los ojos de Dios están por doquier, allí la tenía otra vez ante mí. En el bosque

no había mentira, no había vanidad, no había ruido. Yo era un niño aún, pero a veces levantaba los brazos como el cazador Miguel: ¡tan grande era la patria que me rodeaba otra vez!

Por ese entonces se había inaugurado la línea férrea que iba desde la capital de la provincia hasta las landas de Johannisburg, y al comenzar las vacaciones siempre había medio vagón de cuarta clase lleno de "gente del bosque". Teníamos una canasta de viaje, como las que suelen usar todavía las criadas, y a veces llevábamos también una funda llena de ropa sucia y a veces una caja de cartón. No éramos muy elegantes.

Los vagones de cuarta clase tampoco eran muy lujosos en esa época. El que no tenía dinero, no valía mucho en nuestra vieja patria. La disposición interna no difería mucho de la que tenían los vagones empleados para el transporte de ganado; en una palabra: había mucho lugar. En un rincón se erguía una estufa de hierro que se encendía en el invierno, y los pasajeros se sentaban sobre sus canastos y sus líos de ropa, y a veces se tendían en el duro suelo. Por lo general viajaban con nosotros músicos ambulantes que recogían monedas en sus sombreros estropeados, y cuando había feria en alguna ciudad aparecían en los rincones bolsas grises que se movían, pues los cochinitos adquiridos en el mercado también viajaban allí.

En los primeros años todo aquello nos resultaba muy excitante. El mozo de cuerda, un anciano tuerto que leía el "Fausto" sentado en su carro, llegaba puntualmente a la pensión. De no llegar él a tiempo habríamos perdido el tren y con ese tren un día entero. Nunca llegó tarde, pero yo sufría mucho hasta que lo veía detenerse ante la puerta. Y luego venía el viaje en el tranvía a caballo y la compra de los boletos y la tremenda incógnita de si encontraríamos el andén y el tren que correspondía. Pero por fin estábamos allí, los diez o doce que regresábamos a los grandes bosques, y la locomotora no explotaba, y no perdíamos los boletos, y nadie nos robaba la canasta.

Y luego, al llegar, veíamos a mi padre en su coche. No descendía, porque los caballos se inquietaban ante aquella obra diabólica que se deslizaba sobre rieles. Al principio nos espe-

raba en un lindo coche de caza amarillo, tirado por dos caballos; luego en un cabriolé, porque nuestro presupuesto familiar se iba reduciendo. Tengo la impresión de que mi padre parecía también cada vez más cansado y más agobiado, no tanto al recibirnos como al despedirse de nosotros, cuando nos volvía a llevar al tren. Probablemente haya sido nada más que ilusión, pero la parte más tierna de mi afecto hacia él está íntimamente ligada a su imagen, cuando agitaba la mano desde el carro y más aún cuando el vehículo se perdía con él por la estrecha carretera en dirección a los bosques y nosotros lo seguíamos con la vista mientras el tren aún maniobraba en la estación. No hay demostraciones de ternura entre nosotros, todos tenemos un cierto pudor; pero creo que sus ojos también se nublan de furtivas lágrimas cuando regresa a la gran soledad.

Mucho más tarde llegué a comprender cuánto sacrificaron mis padres para que yo fuera lo que soy; a cuántas cosas renunciaron, en cuántas se restringieron, cuántas privaciones debieron sufrir para que yo no me privara de otras cosas. Y qué amargo era pedir dinero, y hasta hablar de dinero; porque lo despreciábamos como a un amo indigno. Cuando disponíamos de él, lo derrochábamos, y cuando no lo teníamos nos resignábamos rabiosamente a pedirlo. Pero no teníamos muchas oportunidades de derrocharlo.

Sí, las vacaciones de todos esos años —y de mucho más adelante también— han quedado en mi recuerdo como un paraíso, como un paraíso recuperado que era más valioso que si nunca lo hubiera perdido. No puedo describir mis sensaciones cuando entrábamos al alto bosque de abetos, cuando llegaban a nosotros los primeros graznidos de las aves de rapiña desde las ramas más altas, cuando veíamos nuestro campo de centeno meciéndose al sol, cuando aparecía el techo rojo tras el fresno. Quizá luego sólo se hayan vuelto a repetir durante la guerra —a mi vuelta de Rusia—, cuando crucé la frontera en la madrugada y escuché el canto de mil ruiseñores a orillas del Memel. Quizá sea una sensación que sólo puede representarse con música, cuando se desprende una disonancia y del abismo desgarrado surge la melodía de un cielo, serena y segura de su eter-

nidad, y se va elevando cada vez más luminosa hacia las alturas. Quizá se haya estremecido así el corazón cuando el paisaje familiar se alzaba ante mis ojos y cuando, en la primera noche de mi regreso, me detenía en el linde del bosque y el grandioso silencio de esa tierra se elevaba hasta las estrellas.

Y luego volvía a la rutina de la vida pasada, a las tareas nobles que ha sabido conservar el hombre sencillo, a las de pastor, de pescador, de cazador. Veía ridículos y despreciables la ambición de la vida ciudadana, el cuadro de honor, las clasificaciones, la pobre corona de la gloria intelectual. La flauta, la red, la escopeta eran cosas creadas por Dios y yo me entregaba a ellas con toda la pasión que puede sentir un corazón tierno por su primera amada.

La tarea de cuidar el ganado era la que menos me atraía, porque junto a su grandeza y su libertad traía aparejadas serias preocupaciones. Pero cuando el muchacho de las vacas asistía a las clases preparatorias para la confirmación —cosa que ocurría dos veces por semana y que le llevaba un día entero, puesto que la visita al pastor significaba dos millas de ida y dos millas de vuelta— nosotros teníamos que hacernos cargo de su trabajo, que más de una vez nos costaba lágrimas. Nuestra hacienda era bastante numerosa; a veces llegaba a quince cabezas, y siempre había un toro bravo. Según la costumbre de entonces, se le fijaba una tabla delante de los cuernos, pero a veces se le ocurría remover la tierra con las pezuñas y emitía mugidos sordos que hacían pensar en el diablo reclamando manjares asados.

Se nos había conferido el derecho de pastoreo en el bosque; muy valioso, por cierto, puesto que de él dependía la producción de leche y de ésta, parte de nuestra vida en la ciudad. Pero el bosque era grande, y sólo cuando se partía al despuntar el sol, con un palo en la mano y una bolsa con provisiones al hombro, se advertía cuán enormemente grande era. Y en los días calientes, se levantaban nubes de tábanos y moscardones de los pantanos y se lanzaban sobre el ganado. Y siempre ocurría que, por fin, una vaca levantaba la cola y huía con un bramido de dolor. Y recordando aquel dicho de Prusia Oriental según el cual “cuando una vaca levanta el rabo, lo levantan

todas las demás”, es fácil imaginar que más de una vez debía perseguir —lloroso y desesperado—, a las fugitivas por espacio de kilómetros. A veces terminaba solo y abandonado como el “hombrecito del bosque”;<sup>1</sup> pero no “quieto y mudo” como aquél, sino maldiciendo a las vacas, al oficio de pastor y al bosque. Y a veces, cuando llegaba a casa como una sombra, sin mi rebaño, encontraba a los animales —más inteligentes que su guardián— esperando pacíficamente junto a la bebida. Y toda la tragedia había sido en vano.

Todo eso tiene que haber cumplido una función en la “administración de mi naturaleza”. Además del excelente método educativo que significaba aquella temprana obligación, el misterio del bosque penetraba en mí más profundamente que lo habitual en esos días. Todo lo percibía y lo vivía con más intensidad, los nidos de las aves de rapiña y las huellas de los venados; el silencio, en el que se oía gotear la resina; el anhelo vago pero intenso que me colmaba cuando contemplaba el cielo entre las altas copas y sentía alejarse, sin ruido, por entre los troncos, algo que yo nunca alcanzaba.

Fue bueno que recorriera descalzo los primeros senderos de mi vida y que guardara el ganado. Por haberme iniciado en el silencio, nunca pude sucumbir totalmente al ruido. Por haber visto desde niño cómo los bosques crecían y callaban, pude tener siempre una sonrisa serena para la febril actividad con que los hombres construían sus precarias viviendas. Era como si yo llevara en mí otras leyes y otras escalas, más amplias y severas. Ya nunca pude salir totalmente del ámbito de la naturaleza y siempre me sujetó un último lazo a la voluntad de la creación, aun cuando en torno mío los hombres hubieran olvidado que ellos también eran criaturas y no creadores, y levantarán sus torres babilónicas como si a ellos y sólo a ellos les estuviera reservado el llevar en sí el eje del mundo.

Si este noble oficio traía consigo algunas tribulaciones, el de pescador se veía ensombrecido también, de vez en cuando, por preocupaciones. Sin embargo, a través de mis recuerdos lo veo

<sup>1</sup> Canción de la ópera *Hänsel y Gretel* de Humperdinck, muy difundida en los países de habla alemana.

como un hermoso despuntar de la virilidad, de la independencia, y como una pura comunión con la naturaleza. Como ya he relatado, la administración de bosques nos arrendaba el lago próximo a la casa, y gracias a las enseñanzas de mi padre y de un viejo pescador, no pasaron muchos años antes de que se dejara totalmente la pesca en mis manos. El lago no era grande, pues no alcanzaba a los mil metros de largo. Las orillas eran pantanosas y estaban cubiertas de juncales, y el fondo era barroso y poblado de plantas acuáticas; pero la variedad y cantidad de peces era considerable, y aparte de los viejos esturiones y de los albuces de poca calidad, se daba el lujo de albergar una invariable muchedumbre de tencas, famosas en toda la región por su sabrosa carne.

Teníamos unos veinte pares de nasas y dos redes de malla fina que se tendían a través de las bahías bordeadas de juncos. En las últimas horas de la tarde ponía manos a la obra, descalzo y cubierto con un viejo abrigo que ya estaba rígido de lodo seco y escama de pescado. Había que plegar cuidadosamente las redes y cargarlas en la canoa. Luego, todo consistía en calcular cada tarde, cuales eran los sitios que prometían buena pesca. Para eso había que tener en cuenta muchos factores: la dirección del viento, el tiempo, las burbujas de aire que ascendían a la superficie indicando que un pez grande acababa de perderse entre las plantas del fondo, y muchas otras cosas. Pero lo fundamental era una especie de instinto, una oscura ciencia ancestral que hacía que el águila barbuda no eligiera siempre la misma zona de pesca.

Por la mañana, al salir el sol, ya estaba junto al lago. Sobre el agua negra asomaban inmóviles las varas con que se fijaban al fondo las nasas. La canoa debía recorrer las varas sin ruido, sin arrojar sombra sobre las redes. Si ascendían burbujas desde el fondo y las varas se movían suavemente, era buena señal, y el corazón latía con violencia cada vez que se tendía la mano en dirección a las nasas. Las pescas más abundantes eran las que se producían luego de una noche de tormenta, porque los peces, intranquilos, se movían de un lado a otro durante toda la noche. En esas oportunidades las redes se llenaban tanto que

apenas si se las podía levantar hasta la canoa. En una ocasión, el tejido cedió bajo el peso de la carga y entre lágrimas de amargura debí soportar que toda la pesca se perdiera otra vez en las profundidades.

A veces saltaba en la red un esturión del largo de un brazo y había que recogerlo con todo cuidado; a veces se levantaba una tortuga, y de vez en cuando aparecía una cerceta ahogada, víctima de su propia rapacidad.

La canoa se ponía cada vez más pesada, porque los pescados que se depositaban en la porción central —cubiertos de agua para que no murieran— y las redes mojadas hacían que se hundiera cada vez más por debajo de la superficie. Cuando se levantaba viento no era fácil regresar desde el extremo del lago, y una vez que se había colocado a los esturiones y a las tencas en el vivar, sumergido en la parte más profunda, comenzaba la tarea más difícil, la de extender las redes para que se secaran.

Si el manejo de las nasas no ofrecía mayores dificultades, las redes exigían mañana a mañana la demostración de todas mis habilidades. La malla era triple, y estaba constituida por un tejido fino cubierto en ambas caras por otro más grueso, de malla más grande. Lo que más se pescaba en estas redes eran esturiones y bassetos, y estos sujetos indómitos y espinosos lograban envolverse en una maraña inextricable de hilos, cruzados cien veces entre sí, que había que desenredar con infinita paciencia para no desgarrar ni una trama del costoso tejido. Y si bien esa tarea me enseñó muy temprano a lanzar maldiciones con toda la furia que corresponde a esos oficios viriles, también me inculcó una precoz paciencia y responsabilidad en el trabajo, que bien valía el esfuerzo.

En este oficio tampoco se estaba a cubierto de los golpes del destino. Podía ocurrir, por ejemplo, que por la noche llegara alguno de los habitantes de aquella aldea de bandidos y vaciara los vivares, o que durante una tormenta nocturna murieran dos quintales de esturiones en los vivares y hubiera que enterrarlos a la mañana siguiente. En esos casos no se arreglaba nada con

lágrimas de ira o de desilusión; había que comenzar todo de nuevo.

Pero el encanto de la pesca no estaba sólo en la tarea en sí, sino en la sensación de aventura de caza y en esa grandiosa soledad que debí aprender a enfrentar muy temprano y en la cual el ojo, el oído y la mano tenían una significación muy distinta de la que tenían en el colegio.

Así como había comenzado a fumar a los siete u ocho años —a escondidas y con consecuencias inolvidables—, también había aprendido a disparar armas de fuego, y un severo entrenamiento me había hecho muy diestro en todos los problemas de caza. Creo que mi padre estaba más orgulloso de esas habilidades mías que de mis calificaciones escolares. Por ese entonces era capaz de acertar a un ánade moñudo desde una distancia de ciento cincuenta metros y podía bajar al vuelo patos salvajes, gavilanes y palomas. Mucho después, cuando en Francia me tocó adiestrar a los tiradores de la división con el antejo de puntería, la figura que estaba junto a mí no era la de un comandante cualquiera, sino la de mi padre que corregía o aprobaba con sobriedad, pero con efecto impercedero.

El lago era para mí lo que debe haber sido América para los primeros cazadores de nutrias; sólo que había que ser más moderado, y yo lo era. Por ese entonces las orillas estaban pobladas de alisos —que luego fueron talados cuando un rico molinero arrendó las tierras circundantes y procuró transformarlas en praderas, primer avance de una absurda "civilización" que pude observar en mi terruño— y mientras que los juncales brindaban alojamiento a los ánades, somorgujos y garzas cenicientas, los viejos árboles y los postes eran morada de las aves de rapiña que por alguna ley no escrita tenían el lago y sus orillas como distrito de caza: el águila ratonera, el milano, el gallinero, la arpaya y, como cumbre de todo aquello, la majestuosa águila barbuda.

Este pájaro desempeñaba un papel muy especial en mi vida y en mis sueños de aquel entonces. Tenía su nido lejos, en los bosques que rodeaban al otro lago arrendado por mi padre, y visitaba un par de veces al día aquel segundo distrito de caza,

en busca de presas. Quizá se vinculen con su majestuosa imagen mis primeros sueños de poeta, casi inconscientes por cierto, cuando me encontraba en las plantaciones situadas más allá de la pequeña aldea. Regresaba de nuestro lago volando a enorme altura, pero se alcanzaba a distinguir la presa que aferraba en sus garras. Y cuando pasaba por allí, dejaba caer su grito sobre la arboleda infinita y sobre mí. Era un grito quejumbroso, solitario, que me conmovía de manera indescriptible. Y yo la seguía con la vista hasta que sus alas esbeltas se perdían en la distancia, y sentía un enorme deseo de decir, de cantar de alguna manera todo aquello que buscaba desprenderse de mi corazón.

Por eso quizá haya sido bueno que nunca llegara a voltear aquella águila. Jamás en mi vida he anhelado una presa con tanta pasión. Mi corazón se paralizaba cada vez que la veía plegar sus alas a alturas infinitas y precipitarse casi verticalmente sobre el pez que había divisado. Caía como un rayo de blancos destellos, había una rugiente nube de espuma, y luego se elevaban las alas, pesadas, lentas y majestuosas, mientras el enorme pez se debatía entre sus garras. Cada vez que esto sucedía, el caño de mi escopeta se levantaba hacia el sitio en que el ave debía reaparecer; pero siempre volvía a descender, quizá por miedo a errar, quizá por miedo a acertar. Tampoco logré descubrir su nido, y por eso ha quedado en mi recuerdo como lo más orgulloso e inalcanzable que tenían mis bosques, como algo que ellos accedieron buenamente a mostrarme desde lejos, para que la mano no mancillara lo que sólo debía pertenecer al alma.

Sí, en ese entonces era yo un gran cazador, y rara vez debe haber sido el bosque tan familiar a un niño, como lo fue para mí. En su seno había turberas cuyos nombres exóticos bastaban para crear ante mis ojos una atmósfera de encantamiento y atracción: Padolisk, Jeschurko, Jektscharek, Baranij-Bjell. Eran en gran parte intransitables. Los pinos y abedules se iban haciendo cada vez más pequeños hacia el centro y por fin sólo se veían juncos y carrizos, rodeando inmóviles espejos de agua. Allí anidaban las grullas, y yo llevaba de vez en cuando dos tablas que me ayudaban a internarme, paso a paso, en aquel

mundo móvil que ocultaba tanto misterio al mundo firme. Pero el suelo temblaba bajo mis pies, los arbustos pequeños se movían, el agua se levantaba pesada y amenazadora, y nunca pude —probablemente para mi bien— llegar hasta lo inabordable. Pero mi alma conserva con tanta fidelidad todo aquello, que al describir la tierra del Pájaro Muerto en mi novela *Die Majorin* no tuve más que cerrar los ojos para que todo resurgiera: el aroma amargo de la vegetación del pantano, el silencio del páramo, el latido ansioso y encantado del corazón.

Allí estaban también los nidos del gallinero y del milano, y yo pasaba días enteros escondido a orillas de la turbera, hasta que un tiro feliz arrojaba al pájaro a mis pies. En esa época no sabía lo que era cansancio ni tiempo ni fastidio. Y el atardecer de un día como aquellos, me encontraba nuevamente entre los juncos del lago, con el agua hasta la rodilla, esperando el paso de los ánades. Luego de esas faenas me sumía en un sueño puro y sano, mientras el mochuelo ululaba en los pinos del jardín y el rey de codornices llenaba el mundo con su monótono llamado, hasta que el cucú o la abubilla me despertaban antes del amanecer.

Mi vida debe haber sido muy semejante a la de los hombres de un pueblo primitivo, entregados con todos sus sentidos a los fenómenos de la naturaleza, ajenos a cualquier especulación. Ellos también deben haber sentido ese vago estremecimiento que helaba mi corazón al escuchar una voz de la tierra, ese estremecimiento que no era miedo sino el presentimiento de que tras ese fenómeno debía existir algo más y que detrás de la felicidad de la hazaña debía haber otra felicidad, una felicidad oculta a los ojos, pero de la que llegaba de cuando en cuando un hálito, como desde el corazón inabordable del pantano.

Y no era sólo el verano el que me rodeaba de tanto hechizo. Yo llegaba de mi destierro en la ciudad en cualquier estación del año y el graznido del ánsar o la voz de la grulla, que trasvolaba nuestros campos en primavera y otoño, no me emocionaba menos que el grito del halcón, que flotaba sobre los bosques estivales. Y si los caminos estaban nevados, construía

trampas para martas y seguía las huellas, y a veces me detenía al atardecer en los claros de la loma boscosa y miraba largamente hacia occidente, en donde comenzaba un mundo nuevo tras los bosques, y no sabía porqué la felicidad del día infantil quedaba empañada por una sombra, porqué sentía ese dolor al contemplar el cielo encendido, porqué el corazón parecía tan amargamente vacío a pesar de tenerlo todo y las lágrimas estaban tan cerca. No lo sabía, porque no podía saber que había una voz lejana que ya me llamaba cuando yo todavía estaba en la cúspide de mi felicidad; no sabía que ya me estremecía bajo mis primeros versos mucho antes de tener noción de lo que era un verso y que el ocaso ya me resultaba doloroso cuando mi vida acababa de comenzar...

Y siento una vez más que es inútil tratar de describir todo esto. "El rumor de los bosques..." Cuánto habría que decir para que este título respondiera a la verdad, y qué poco es lo que puedo decir. Y pienso que quizá sea mejor hablar de mi grulla, de esa grulla a la que quería como a un hermano y quizá más. Y pienso que a través de ese relato surgirá una visión más clara de mi vida que a través de todos los títulos y de todo lo que se pueda decir bajo esos títulos.

La había capturado un leñador, al borde de la turbera de que he hablado. Era pequeña como mi mano cuando la recibí y grande como yo cuando la perdí. Vivía en nuestro jardín y ni en el jardín del Edén pueden haberse amado tan tiernamente el hombre y el animal, como nos amábamos ella y yo. Todas las mañanas y todas las tardes le traía pescaditos del lago, y ella comía de mi mano. Nos despertábamos al salir el sol y nos saludábamos como se saludan dos enamorados. Al recordar el curso de esos días y de ese cariño me parece estar contemplando el movimiento de una rueda de oro. Las manos juguetonas se apoyan en sus rayos y ella rueda luminosa desde la madrugada hasta el ocaso. Yo llamaba a mi grulla y ella corría a mi regazo con las alas desplegadas. Yo salía y ella se quedaba junto al cerco llorando su soledad. Yo regresaba y sus maravillosas alas azul-grisáceas parecían querer abrazarme.

Pero era a mediodía cuando más próximos estábamos a la

gran soledad. Yo me tendía en el césped y la llamaba. Ella se acercaba y permanecía a mis pies. Jugaba con mis zapatos, con mis botones, con mis manos. Luego se paraba entre mi brazo izquierdo y mi pecho. Miraba una vez más en torno con esos ojos maravillosos a los que nada escapaba, y luego se dejaba caer de rodillas. Su esbelto cuello se erguía nuevamente como si estuviera en la turbera y quisiera localizar al enemigo. Por fin se acostaba de modo que su cuerpo quedara entre mi brazo y mi corazón, y ocultaba la cabeza en mi pecho. Su garganta producía constantemente un sonido suave y soñador que hablaba de infinita seguridad y felicidad. Mi mano acariciaba su plumaje azulado como si se tratara de la mejilla de un niño. De tanto en tanto abría los ojos y me miraba, y luego nos dormíamos mientras las abejas zumbaban en derredor y el oriol llamaba desde el bosque. Creo que nunca estuve tan cerca del corazón de Dios como en esas horas en que mi mano se deslizaba por el plumaje de la grulla, y en que ella se apretaba contra mi pecho como si hubiéramos nacido de la misma madre.

Cuando regresé en el verano siguiente, la grulla ya no estaba. Me explicaron que la habían vendido al zoológico de una gran ciudad. Seguramente fue para obtener el dinero que yo necesitaba, pero yo no podía entender. Yo sólo entendí que ella ya no estaba allí y que el jardín, el campo y el bosque parecían desiertos sin su presencia.

## MI PRIMERA ÁGUILA

Yo tenía trece años y acababa de llegar de la ciudad para pasar las vacaciones de verano en casa. Había un nuevo guarda forestal en la comarca y lo primero que nos dijo al conocernos a mi hermano y a mí fue:

—Sé donde hay un nido de planga, y uno de ustedes tiene derecho a voltear un águila.

Eran muchos los milagros que ocurrían en nuestros bosques, pero trascurrió un rato antes de que pudiéramos abarcar éste en toda su magnitud. Nos miramos, mi hermano y yo, y en esa mirada advertimos que bajo ese milagro había algo de malo y doloroso: uno de los dos tenía que renunciar. Ninguno de los dos lo haría voluntariamente, porque por un águila éramos capaces de vender el alma. No dijimos nada, pero cada mirada nos revelaba el pensamiento del otro.

Dos días después debimos confiar la decisión al azar. Lo hicimos con briznas de hierba, como correspondía a gente del bosque. Yo perdí. Miré mi brizna y luego la de mi hermano; no cabía duda de que había perdido. Era lógico que llorara y cuando miro hacia atrás —hoy, después de treinta y cinco años—, pienso que era natural que me rebelara contra el destino. En ese entonces no sabía aún que todo destino es bueno. Me refugiaba en el bosque, en mis lugares predilectos, y meditaba. Tres días estuve así. Y al cuarto día tomé una gran hoja de papel del escritorio de mi padre y escribí. "Prometo y juro por mi honor...", así comenzaba, y luego seguía una lista de todas las cosas, posesiones, privilegios y prerrogativas que cedería a mi hermano en caso de que él me cediera el águila.

Llené cuatro carillas. Tan rico es un niño. No faltaba nada, desde dos anillos mágicos, que se podían encastrar uno en el otro y luego separar, hasta el derecho absoluto a usar mi esco-

peta de seis milímetros de calibre, fabricación belga, blanco a cien metros con cartuchos de tres centímetros de largo. Ese tratado me convertía en un mendigo, en un guerrero desarmado, en un paria de la edad de piedra. ¡Pero llevaría una pluma de águila en el sombrero!

Y mi hermano vendió su mayorazgo. Lo vendió por algo más que un plato de lentejas, pero lo vendió. Creo que lo hizo más por bondad que por codicia y yo me avergoncé un poco. No llegué a avergonzarme tanto como para que esa sensación me hiciera sufrir, pero en el fondo de mi alma había una cámara oscura que yo eludía, y trascurrieron muchos años antes de que me atreviera a abrirla.

Y una madrugada de julio partimos, el cazador grande y yo. Salimos a las tres y media de la mañana. Yo no había dormido más de una hora. Había que andar más de una milla. Marchábamos a través de bosques húmedos de rocío, sobre los que se iba levantando el sol y en los que cada huella y cada voz me eran familiares. Llevaba la escopeta de caño doble de mi padre y también su bolsa de caza. El corazón me latía con violencia desde que pisé el umbral de nuestra casa. La conquista de América debe haber sido bastante semejante. No era fácil andar con un cazador avezado. Había que conocer muchas cosas: la voz y el vuelo de cada pájaro; el significado de las piñas que yacían abiertas sobre el pasto y de las telarañas centelleantes de rocío; la dirección del viento y las huellas que aparecían en la arena; el tiempo que llevaba rota una rama y la edad de las plantaciones que atravesábamos. Era difícil, pero hoy tengo la impresión de que en dos horas como esas se podía aprender más que en todo un año de colegio.

El nido estaba en las cercanías del segundo de nuestros lagos; apartado de las orillas pantanosas, en un rincón al que yo nunca había llegado. Desde las praderas de la orilla llegaba el grito de las grullas, había árboles caídos y encimados, ledos en profusión y un aire pesado y extraño, aire de jungla de otro continente. Yo sigo sin ruido las huellas del cazador grande. Oímos al águila que grita y escucha. Su grito es distinto al del águila barbuda, pero también es quejumbroso, también cae tristemente

y oprime el corazón. El bosque se yergue como una cúpula sombría y recoge aquel grito. Todo es extraño como un camino prohibido, como una irrupción en un santuario.

Pero el cazador hace una seña y el grito se apaga. Nos detenemos bajo el nido, ocultos tras un pequeño tilo. Allí permanecemos media hora. Una vez más se escucha a la distancia el grito del águila y desde el nido, sobre nuestras cabezas, responde la voz quejumbrosa del pichón, aguda y atemorizada como la de un corcino. Una cabeza blanca asoma sobre el borde del nido, descolorida y fea como la cabeza de un espectro de los pantanos.

El cazador levanta una mano en señal de atención. Luego arranca una hoja de tilo, se la lleva a los labios y el grito del pichón surge ahora desde abajo y parece más quejumbroso, como si estuviera en apuros. Mis ojos vuelan a través del bosque bañado en una claridad rojiza. El corazón me late y veo águilas en todas partes.

—Tranquilo —aconseja el cazador en un murmullo—. Muy... tranquilo.

Y repentinamente está allí. Sin ruido. Primero es una sombra oscura y grande que corre por entre las copas. Y luego llega. Las alas gigantescas, el cuerpo que desciende en picada. Algo oscuro cae en el nido; evidentemente una presa. Por unos segundos veo la imagen del ave sobre la rama gris de un roble, veo las alas que se abren... la rama que se estremece detrás de ella... el estruendo del tiro fallido... Eco... Silencio... Fin...

De qué sirve que el cazador me consuele. Regresamos. Cada paso es un paso a través de un mar de ignominia, de dolor y de repudio. Se fue. Mi primera águila se fue. Mi hermano no sonrío, pero por la noche, cuando me oye llorar muy quedo en nuestro cuarto de arriba, me dice con voz serena:

—Si quieres puedes ir de nuevo.

Primero vendió su mayorazgo, pero ahora lo regala. Sé que es mejor que yo y lo quiero mucho. Estamos a oscuras y él no puede darse cuenta de mis sentimientos, así que no me avergüenzo tanto.

Dos semanas después he volteado el águila; pero ya no soy feliz. Murió delante de mí, sobre el musgo, y las pequeñas plumas triangulares de su cuello se estremecieron ante la muerte. Aquella fue la primera gran experiencia de mi vida, pues en ese instante comprendí que el deseo es mejor que la posesión. Nunca más volví a tirar contra un águila y cuando vuelvo a oír el grito grande y triste me detengo y escucho, y del oscuro valle de los recuerdos surge un acento profundo y sereno que se mezcla con la voz clara del pájaro:

—Si quieres, puedes ir de nuevo...

Pero ahora sé que no es bueno ir de nuevo.

## EL CONTINENTE NEGRO Y EL MÁS ALLÁ

Es difícil ubicar en el recuerdo el verdadero despertar a la vida espiritual consciente, es decir a una vida espiritual que no estuviera divorciada de mi vida en el bosque ni le fuera subalterna, sino íntimamente ligada y de igual jerarquía. Creo, empero, que con la iniciación del "Ciclo Superior" de mis estudios comienza una nueva y decisiva etapa de mi evolución. Es probable que en esa época haya aceptado sin resistencia todo lo que la vida ponía en mi camino, y luego que mi ardiente deseo de ser guardabosques se estrelló contra la inquebrantable resistencia de mi padre, debo haber iniciado el nuevo tramo a recorrer con bastante determinación.

En el umbral de esta etapa hay dos acontecimientos que muestran, como la última resaca de un mar revuelto, que la primera tormenta ha terminado y que ha de comenzar un nuevo viaje. Uno de estos acontecimientos es la fracasada fuga de mi hermano a África, el otro mi confirmación. Ambos recuerdos son dolorosos en cierta medida.

Mi hermano, que en los primeros tiempos de colegio se había mantenido firmemente a mi lado en los primeros puestos, había ido descendiendo luego paulatinamente hasta figurar entre los últimos. Hoy ya no sabría decir cuáles fueron las causas de esta declinación. Lo más probable es que él entreviera un camino diferente al mío en la colorida multiplicidad de la vida, mientras yo seguía aferrado a la idea de que nuestros senderos siempre habrían de ser los mismos y que de una raíz común debía brotar también un sólo tronco que jamás se dividiría. No cabe duda de que mi parte en la herencia espiritual materna fue mayor que la de él, y por ello no me resultaba penoso el cumplir a conciencia con mi deber, mientras que él era cada vez más sensible a las atracciones de la vida alegre. Y con la misma

alegre prontitud conque un día respondiera a la primera pregunta del "León", siguió respondiendo más tarde a otras preguntas que nos formulaba la vida diaria, porque siempre había sido más activo, menos especulativo y también más franco que yo. Y así comenzó a disociarse nuestra primitiva comunidad. Él empezó a encontrar en el juego, en la lucha, en la aventura su verdadero campo de acción; mientras en mí apuntaba ya la tendencia al aislamiento, a la introversión, que distingue al "contemplativo", del "activo".

A esto se sumó el hecho de que en mi hermano se había ido acentuando paulatinamente ese mal que la Biblia llama "lengua pesada", especialmente cuando estaba inseguro o excitado; y como los profesores de ese entonces no siempre eran lo bastante sensibles como para tratar esa falla con la necesaria cautela y más bien solían tomarla a risa, las respuestas de mi hermano se fueron haciendo cada vez más lacónicas y creo que el mutismo olímpico que hoy lo caracteriza se inició en ese entonces.

En aquella época se contemplaba muy poco el padecimiento interior de un niño y ni siquiera en nuestro hogar se inquirió lo suficiente acerca de las causas reales de aquel descenso en las notas. Dos palabras vacías como eran "Atención" y "Aplicación" bastaban a aquellos educadores rutinarios e incomprensivos para explicar por qué el niño no entendía o no se esforzaba por entender. Y como los cursos secundarios merecían un respeto ilimitado en nuestro medio rural, mis padres no vacilaron en ver mala voluntad en donde debieron haber visto tantos dolores ocultos. Con un criterio simplista se consideró que el castigo era el medio más eficaz para obtener lo que había que obtener: el encarrilamiento de una existencia que se había desviado de su curso.

No puedo recordar el último verano que precedió a la fuga de mi hermano sin experimentar una sensación de dolor y, al mismo tiempo, de vergüenza ante mi propio comportamiento. Así como antes se "castigaba" a un niño privándolo de la comida de la noche o de su regalo de Navidad, así se castigó a mi hermano apartándolo de las muchas y grandes alegrías que nos

proporcionaba la vida en el bosque. No se le permitía usar rifle, ni participar en las cacerías de patos, no podía intervenir en nuestros juegos y sólo le era dado contemplar nuestra vida desde la distancia. Si se le dirigía la palabra era sólo en un tono frío y distante. Cuando pedía o deseaba algo se le recordaba, con hirientes observaciones, que sin duda había olvidado su falta y el lugar que había pasado a ocupar en la escala de los valores humanos.

Y yo, en lugar de permanecer a su lado y rechazar los placeres que a él se le negaban y que a mí se me proporcionaban por doble partida, lo abandoné, no hice ni dije nada en su favor, acepté todo lo que se me brindaba —de lo cual sólo me correspondía la mitad— y me refugié en el favor paterno, con sensación de injusticia y de vergüenza, es verdad, pero sin la fuerza necesaria para resistir la tentación.

Me parece ver a mi hermano de pie junto a la cerca del jardín, contemplando en silencio los campos y los bosques que ya no le pertenecían. Me parece verlo refugiándose en la espesura, como un venado, cuando nos veía avanzar alegremente por algún camino del bosque. Llevaba su dolor sin quejas y sin lágrimas, con valor ejemplar, y tiene que haber sido fundamentalmente bueno para no haberse convertido a partir de entonces en un niño malo y para no guardarnos rencor por lo que le hicimos todos nosotros. Pero fue entonces cuando apareció esa enorme reserva que hoy lo caracteriza, de la cual él es la primera víctima y que ya es imposible de superar. Es como una grieta que no se ha reparado con la debida prolijidad. Ahora todo ha pasado, todo está bien, pero el ojo atento descubre una falla apenas perceptible y no hay arte que la pueda hacer desaparecer.

En aquellas semanas debe haber madurado el plan que luego procuró poner en práctica durante el invierno. Quería liberarse de ese sufrimiento, que a la larga le iba resultando insoportable, por medio de la fuga.

Por ese entonces, la guerra de los *boers* había llegado a estremecer los ánimos infantiles y es probable que los niños hayan tomado partido con más apasionamiento que los mayores porque

en ellos siempre está menos deformado el sentido de la justicia. Aunque en algunas ocasiones ellos también recurran a la violencia, en general ésta hiere su pudor y hasta les produce una sensación de espanto. En aquellos momentos se estaba juzgando a un pueblo en nombre de la "cultura cristiana", vale decir que se estaba matando a sus hombres y se estaba asesinando a sus mujeres y niños por el hambre. Mi hermano consideró que el ayudar a ese pueblo no sólo era un deber moral, sino un camino que le señalaba el destino para evadirse de sus dolores y demostrarnos que la corona de la gloria también podía ceñir una frente poco apta o poco dispuesta para acoger la ciencia impartida en las aulas.

Se consideró suficientemente equipado para la guerra, para la gloria y para una muerte heroica, con dos cosas: un boleto de cuarta clase a Berlín y un revólver de tres marcos cuyo tambor apenas giraba al día siguiente. Yo conservo todavía esa arma y es comprensible que no la pueda contemplar sin sentirme conmovido y que su metal algo herrumbrado tenga para mí un brillo que no tiene ninguna de las pistolas y escopetas que poseo.

Yo no había advertido sus preparativos secretos, pero aún recuerdo cuán gris, nebulosa y desolada era aquella tarde de noviembre en que me anunció, con rostro enigmático, que en el armario había un papel para mí, pero que yo no debía leerlo hasta la mañana siguiente. Insistió varias veces sobre este último punto y luego abandonó la casa. En esa época tenía un abrigo verde, de un verde tan especial y llamativo que debe haber facilitado mucho la búsqueda de la policía.

Yo quedé en un estado de ánimo indescriptible. Intuía que se avecinaban acontecimientos funestos. Repentinamente sentí sobre mis hombros todo el peso de mi culpa y al asaltarme la idea de que mi hermano podía cometer un disparate, olvidé mi promesa y abrí el armario. Allí encontré una hoja arrancada de un cuaderno en la que se leía el siguiente mensaje: "*I go to Africa. ¡Never say!*"

¡Oh edad maravillosa en la que no se vacila en expresar con tanto laconismo y en mal inglés, un cambio de vida como aquél!

Pero ante mis ojos aquellas palabras asumieron proporciones de sentencia, y a pesar de reconocer su heroicidad, comprendí que nadie es dueño exclusivo de su destino porque está ligado a muchos otros y que aquello depararía muchos dolores a mis padres.

Sin embargo, no me pareció honroso dar la alarma inmediatamente y tronchar todo aquel heroísmo en su capullo, por eso me dirigí a toda prisa a la estación para tratar de alcanzarlo. Pero hay que conocer el aspecto que presenta una estación ferroviaria de nuestra provincia oriental en un neblinoso atardecer de noviembre y hay que saber cómo era por entonces la estación de nuestra ciudad capital. Creo que la entrada al Reino de la Muerte tendría un aspecto muy semejante si trasladáramos el concepto de la antigüedad a esa época. Paredes grises, cubiertas de hollín, arcos que se ahogan en las tinieblas, olor a humedad, a carbón y a desperdicios, sombras grises que se mueven de aquí para allá o que permanecen inmóviles, como dormidas ante sucios letreros murales, el brillo húmedo del casco de un policía y encima —rodeados de una aureola de rayos— los grandes focos cuya luz mortecina se inflama crepitante a ratos, para luego volver a su pálido abatimiento.

Allí, escondido tras una columna, encontré a mi hermano luego de un rato de búsqueda. Formuló una observación breve y cortante acerca de mi falta de palabra; pero su mirada ya no se detenía en mí, estaba fija en otro continente, y sus palabras ya eran distantes y desganadas, como si no valiera la pena expresar su desilusión sobre la patria que quedaba atrás. Le rogué que desistiera de su proyecto, le exigí que pensara en los sufrimientos que iba a provocar y en los obstáculos con que iba a tropezar y que le iban a impedir alcanzar su objetivo.

Me escuchó, pero se limitó a sacudir la cabeza. Quizá haya pensado que bien pudimos haber tenido en cuenta todo eso un poco antes y que ahora nos tocaba recibir el pago a nuestra dureza. Pero creo que este último encuentro conmovió el edificio penosamente edificado de sus planes y quebrantó desde el comienzo la fuerza —que él creía incommovible— de su resolución. Ante la decisión más difícil de su vida, esta última ad-

vertencia lo había hecho retroceder y le había arrancado de las manos lo que forjara con mucho dolor en noches de soledad: la sonambulésca seguridad de su determinación.

En ese momento comprendí que acababa de echar un peso sobre los hombros del fugitivo, y si bien en mi desesperación amenacé con denunciarlo inmediatamente a la policía, bastó con una mirada suya y con el comentario de que eso ya no le llamaría la atención, para que yo enmudeciera. Se despidió entonces con una inclinación de cabeza y se perdió entre las demás sombras que se dirigían al andén. Y yo quedé solo con mi alma confusa, en esa terrible duplicidad en que nos sentimos a un tiempo culpables e inocentes y no hay una mano que nos señale el camino a seguir.

No dije nada en la pensión. Me pareció lógico dar a mi hermano la ventaja de una noche, por lo menos. Pero durante todas esas horas de insomnio oía las ruedas de su tren, y lo veía en un oscuro rincón del vagón, con su abrigo verde, en uno de cuyos bolsillos se crispaba la mano sobre la culata del revólver.

A la mañana siguiente fue forzoso hablar. El mundo de entonces se alarmaba terriblemente ante todo lo que quisiera salir de su cauce dispuesto a romper el orden de un pequeño universo, y así el hecho asumió caracteres de "iguominia", en la pensión, en el colegio, entre los parientes y en la casa paterna. No sé si alguien reconoció que la "culpa" estaba en otras manos, pero no puedo creerlo.

Todo sucedió como es habitual en esos casos. Un par de telegramas y una denuncia a la policía. Y al atardecer de ese mismo día ya habían encontrado a mi hermano en Berlín. Todos los conocimientos extraídos de las obras completas de Karl May y Sherlock Holmes no bastaron para hacerle advertir que un abrigo muy largo y muy verde no era la vestimenta más apropiada para llegar secretamente a África atravesando un continente poblado de enemigos. Mi padre fue a buscarlo y todo, la fuga, África, la guerra y el heroísmo, tuvo un final gris y prosaico.

Mi hermano no volvió al colegio. El "León" había muerto y el nuevo director era un hombre bueno y paternal; pero con todo se expulsó al fugitivo por "abierta violación de la disci-

plina escolar". Nadie le preguntó nada, nadie le dio oportunidad de defenderse. Se había hecho indigno de pertenecer a la comunidad, gran parte de cuyos miembros dejaban mucho que desear en cuanto a limpieza y honestidad, pero que nunca hubieran pensado en partir rumbo al África sin solicitar la venia del profesor titular.

Mi hermano permaneció entonces por espacio de un año y medio en la casa paterna. Hacía el retrato de cuanto pariente tenía a mano y construía trampas para martas. Nunca pronunció una palabra acerca de la fuga y de sus detalles. Su mundo interior permanecía cerrado a todos, aun cuando mis padres evitaban hacerle sentir su "ignominia". Luego se incorporó a la artillería de campaña y allí permaneció cuatro años. Su vida fue difícil en ese medio. El ejército no sabía de ternuras y su alma no podía encontrar un hogar en ese ambiente tan duro.

Yo me sentía como un huérfano. Ya no era "Wiechert Segundo" como se me llamaba hasta entonces en el colegio. Ahora era un ente aislado, un hombre solo. La pensión también parecía más silenciosa. Coatí y Jule habían desaparecido y un muchacho que ocupó más tarde su lugar, había muerto. Yo era el único "sobreviviente" de aquella mesa que había pretendido conquistar la vida bebiendo kummel. Yo sentía toda la dignidad que confería el ocupar la cabecera de la mesa en una casa de huéspedes. Los huéspedes van y vienen, pero ese personaje queda, es mitad hijo y mitad sostén de la casa; forma parte de la familia y cuando él se vaya se desintegrará todo el pequeño mundo.

¿Cómo trascurren mis días? La vida se ha hecho más silenciosa y la nostalgia escuece más que nunca cuando mi hermano escribe contando que ha cazado dos martas en un día. Leo mucho, leo continuamente. El mundo es más luminoso en los libros que en mi habitación que da a un mísero jardín y a una calle muerta. Y de nada vale que la calle lleve el nombre del gran pedagogo Herbart. Las lozas de la acera son como sus "grados intelectuales", y la vida se pierde muy pocas veces sobre su adoquinado.

Una o dos veces por semana visito a mi tío. Se me autoriza

a fumar un cigarrillo y se me sirve un jarro de cerveza. Mi tío, cansado y desgastado por el trabajo, lee el diario y en ocasiones emite una opinión sobre la vida, a veces por medio de una frase en latín, que él mismo debe traducir. Sus intenciones son las mejores y yo le tengo que agradecer muchas cosas; pero me quiere lanzar al "mundo" y yo preferiría que no lo hiciera. Los sábados y domingos, mis parientes se encuentran con otras familias amigas y salen de "excursión", o la "Melodia" organiza una función de beneficencia, o concurrimos a un teatro de variedades. Se me trata con esa irónica amabilidad que se solía emplear entonces para los semiadultos. Los espectáculos teatrales y las conversaciones no siempre son muy apropiadas para mi edad. Me miran entonces de reojo o me envían en busca del camarero. Esos momentos no me hacen muy feliz; no me gusta la gente que me presentan, las conversaciones que se mantienen. Soy joven, pero tengo la sensación de haber avanzado interiormente un buen trecho en el camino hacia una tierra que ellos nunca conocerán. (Y cuando el médico que me operó de la nariz un año antes me pregunta si voy a ser tan famoso como mi tocayo, el autor de los *Cuentos Lituanos*, respondo sin vacilación: ¡Espero que mucho más!)

Y al terminar esas veladas tengo que acompañar a alguien hasta su casa, a alguna señorita entrada en años o a alguno que no se siente seguro sobre sus piernas, y luego regreso a mi pensión a lo largo de las calles desiertas. La noche no me hace feliz y el día que vendrá tampoco. Veo mi bosque, silencioso e infinito bajo las estrellas, y tengo la sensación de que mi vida está mal encaminada.

En esa época comienzo a asistir a los cursos preparatorios para la confirmación. Los dicta un anciano consejero consistorial muy simpático y cómodo, que "llora con la voz" —como dice la dueña de la pensión— cuando trata de mostrarse persuasivo. Se nos divide en dos grupos, los que sólo tienen instrucción primaria y los que asisten al secundario, porque la iglesia también hace diferencia entre cultos e incultos. La estufa de hierro arde, el olor de la habitación es indescriptible y nosotros dormimos o leemos o hacemos tonterías. El pastor está presente,

pero Dios está lejos. Aprendemos frases bíblicas y recibimos un débil baño de moral burguesa. Todo es distante, indiferente, irreal. No hay nada que toque nuestro corazón, nada que haga brillar nuestros ojos con el deseo apasionado de ser buenos y nobles como aquellos de quienes se nos está hablando.

¿Cuál es mi actitud ante la religión? He sido un niño creyente, piadoso como sólo puede serlo un niño, pero todo eso ha quedado atrás. No he dejado de creer, pero estoy en el puente de los suspiros, que se tiende sombrío entre la fe y el descreimiento. ¿Cómo llegué a eso? No lo sé. Sería fácil echar la culpa a los demás, a la ciudad, al colegio, a los compañeros. Pero tiene que haber algo en mí que encontró eco en todo aquello, porque de no ser así me hubiera conservado intacto. Quizá haya sido porque ya no estaba en la tierra que me vio nacer, porque debí echar nuevas raíces, porque ya no formaba parte de una unidad. Quizá haya sido un cambio que tienen que experimentar todos, con excepción de quienes no necesitan abandonar su núcleo. Quizá haya sido necesario y por lo tanto bueno; pero lo necesario fue amargo. Tampoco en este aspecto hubo una mano que me guiara, y la filosofía, a la que poco después sucumbí, me apartó por mucho tiempo de la fe. Los dogmas me rechazaban, y la fe que fui recuperando luego lentamente era diferente a la que exigía la iglesia.

Recuerdo el día de mi confirmación con una sorda sensación de desagrado. Los estudiantes de "mejor condición" debíamos acercarnos a la mesa del Señor vistiendo traje negro. El que no podía hacerlo era tenido en menos, y la iglesia, que no sabía valorar esas cosas aparentemente insignificantes, no advertía los problemas que creaba con esa exigencia en los hogares de "mejor condición" y la envidia y el odio que fomentaba entre la "gente del pueblo". Pero no es sólo eso lo que enturbia mi recuerdo; estaba además mi profunda aversión hacia todo lo que fuera exhibición pública de sentimientos íntimos, aun cuando esto ocurriera en una comunidad a la que pertenecíamos de nombre, pero que en realidad no existía. Pero creo que la causa fundamental de esa sensación desagradable fue un suceso insig-

nificante y ridículo que a pesar de su pequeñez logró amargarme el día.

En la oprimente y torturante prisa de la mañana, ceñido en un traje que odiaba, había olvidado cepillarme los dientes, olvido que es muy explicable en un niño de mi edad y en mi situación. Pero mi madre, para quien la obligación más insignificante tenía igual valor que la más grande, me lo reprochó con palabras amargas. Y aquel incidente me privó del único apoyo conque hubiera contado en ese día, ese apoyo que yo tanto necesitaba. Si la "comunidad de los fieles" dependía de cosas como esa —me decía yo—, si el amor de los míos no podía perdonarme en ese día todo, lo grande y lo pequeño, no valía la pena atravesar con pensamientos solemnes esa nueva puerta tras la cual se nos prometían las rosas del amor más puro y en cuyo umbral ya veíamos crecer ortigas. Quizá haya sido una amargura infantil, una amargura pueril, que no supo distinguir lo grande del amor en la severidad de lo pequeño. Sin duda todos tenían la mejor intención para conmigo en ese día, pero es evidente que no supieron apreciar el peso que tenía cada palabra pronunciada en una oportunidad como aquella.

Y así trascurrió la fiesta, con sus regalos, su comida en casa de nuestros parientes, con su despliegue de misterios ocultos. Yo me sentía como un animal enjaulado al que se ha adiestrado para su exhibición en la feria anual. Los espectadores charlan y están contentos, pero en los ojos del animal se ve la sorda tristeza de quien ha nacido para la libertad y es condenado a la servidumbre.

Dos días más tarde nos despedimos del anciano consejero consistorial. Cada uno de nosotros debía dejar, envuelto en un papel, el pago que exigía entonces la iglesia por admitirnos en su seno. Ese precio también se graduaba de acuerdo con la clase social y la situación financiera de los padres, y todavía revivo el sabor amargo que sentí en la boca al dejar el dinero sobre la mesa. Me avergonzaba, y creo que me sigo avergonzando, de que el niño fuera más puro y más recto en sus sentimientos que quienes habían sido señalados para conducir a la infancia. Ellos tampoco eran malos ni tenían mala voluntad. Creían hacernos

un bien, como todos los demás que nos tomaban de la mano para introducirnos en la vida; pero sus formas y sus opiniones habían envejecido y se habían anquilosado. Y lo que para nosotros era único, se había repetido tanto ante sus ojos, que ya había perdido todo brillo. Veían así con prosaico realismo lo que para nosotros era sagrado y hablaban sin reparos, como en un mundo vulgar, cuando nosotros exigíamos y esperábamos el silencio del santuario.

Yo había pasado a ser "persona mayor", pero en realidad sólo lo advertía en el reloj que me habían regalado; pues el reloj era el regalo obligado en todas las confirmaciones, como si se pretendiera señalar que de ahora en adelante era preciso medir el curso del día y como si el tiempo fuera algo que un joven debe tener en cuenta.

Pero el tiempo como tal no entró de buenas a primeras a mi vida. Ya estaba allí, mucho antes del día de mi confirmación, y no fue por el reloj que advertí mi entrada en la seriedad de la existencia, sino en que los sueños infantiles habían ido desapareciendo y la mañana no secaba ya las lágrimas vertidas por la noche.

### "AMIGUITO"

La concesión más importante que se nos hacía a los alumnos del ciclo superior, era el derecho a permanecer sentados cuando un profesor nos formulaba una pregunta. Era un derecho que tonificaba mucho nuestra autoestima, pero no fue eso lo que hizo que esos tres últimos años de colegio quedaran tan grabados en mi memoria.

Presumo que en aquel tiempo se seleccionaba a los mejores profesores para las cátedras del ciclo superior. A esto puede haberse sumado el hecho de que el entusiasmo por obtener el título de bachiller fuera mayor en aquella época y que los interesados de entonces se esmeraran más que los de hoy por satisfacer las exigencias de sus maestros.

Naturalmente, también había excepciones por ambas partes, y el profesor con sombrero de copa que debía introducirnos en la poesía germánica antigua y media, no pasaba de ser el payaso que tropieza contra la alfombra extendida en la pista. Pero en términos generales, estos tres años estuvieron colmados de una hermosa hambre de manjares espirituales y de la consoladora sensación de recibir pan y no piedras. He dicho ya que al morir el "León" ascendió otro rey al trono de Egipto. Recuerdo a este hombre con particular gratitud. Es probable que el inglés que enseñaba en los dos últimos cursos no haya sido ejemplo de ciencia y de pedagogía; pero lo que sí era ejemplar era el amor con que rodeaba a sus alumnos, la pura dignidad que emanaba de su apariencia, de sus actitudes, de sus palabras y sobre todo el valor con que defendía su integridad moral en la época que le había tocado vivir.

En esos momentos yo necesitaba —mucho más de lo que me confesaba a mí mismo— un ejemplo de actitud legítima y viril. No habían faltado "ideales" en nuestra educación, ya

fueran de la Grecia antigua o de la historia prusiana; pero lo que no sobraba eran las confirmaciones concretas de esos ideales, la materialización de aquellas descoloridas teorías. No teníamos un profesor de religión que hubiera podido ser discípulo de Cristo fuera de su cátedra; no teníamos un profesor de historia que exhibiera las virtudes de los soldados y estadistas que con tanto entusiasmo alababa; no había nadie ante quien "lo vulgar" —contra lo cual se rebelaba Schiller— se perdiera en un "tenue reflejo".

Todos eran teóricos de lo noble. En realidad teníamos profesores de religión que asistían de mala gana a su clase; profesores de historia que temblaban ante el inspector; germanistas en quienes lo excesivamente humano no era un tenue resplandor. La brecha entre la teoría y la vida era demasiado visible, y los ojos de una clase —que son los más penetrantes en el mundo— veían muy pronto lo que nunca debieron ver y se iban oscureciendo en lugar de resplandecer más al internarse en el reino del espíritu.

Pero no puedo dejar de recordar con gratitud mis tres últimos años de colegio, y a ese director que me enseñó lo más valioso que me podía enseñar: el no temer a los hombres ni a la opinión de los hombres. La vida hubiera podido reparar, y reparó, todo el daño que nos había causado la incomprensión y la torpeza de nuestros maestros: la ignorancia, la precoz fanfarronería, el escepticismo, la extravagancia. Lo irreparable hubiera sido que creyéramos en un ciego y sordo temor a los hombres y a la opinión de los hombres. Lo heroico, que brillaba también sobre la frente de nuestra juventud, la capacidad de entregarse a lo absoluto, el bello comienzo de un mundo siempre nuevo; todo, todo se hubiera ahogado bajo el peso de los dogmas, si estos últimos tres años no hubieran sido diferentes a lo anterior y si en esa época decisiva no hubiera encontrado hombres que no sólo se hicieron respetar, sino también amar.

Tengo también la impresión de que con el "bachillerato elemental" desaparecieron de nuestra comunidad aquellos que la oscurecían con sus defectos, los precozmente enterados que no sabían callar sus descubrimientos, y creo que el aire que corría

entre nuestros bancos se hizo más puro en los tres últimos años. Ya no le envidio el puesto al primero de la clase, ya no me junto con elementos dudosos para visitar las dudosas tabernas de nuestro barrio. Lo tentador y lo pervertidor de la gran ciudad va retrocediendo tras el resplandor que se levanta ante nosotros y que surge de libros, de destinos y de pueblos. Por primera vez, desde los días de mi primera infancia, mi vida comienza a orientarse hacia los grandes ejemplos; en mi alma se enciende nuevamente una ambición pura; se sellan amistades, tan ardientes como las del tiempo de Schiller, y otra vez me siento a los pies de mis maestros, crédulo y confiado, como un día me sentara a los pies de mi madre o de mi tía Veronika.

En esos años tampoco faltan las tribulaciones. Las matemáticas me tienden trampa tras trampa. Los años perdidos se vengán; en la vida no siempre basta con un vecino de banco y hay catástrofes trigonométricas en el pizarrón que todavía vuelven en mis pesadillas. La primera calificación deficiente que arruina mi boletín, agravada por una amonestación por "tentativa de engaño", me mueven a escribir una de las largas "cartas de confesión" que jalonan mi vida y que dicen lo que mis labios nunca dirían. Y esta carta trasmite a mis padres mi decisión de abandonar el colegio y hacerme guardabosques.

¡Día triste aquél en la casa paterna! Años de preocupaciones, de pobreza, de amarga necesidad vividos nada más que para que el mayor se haga soldado y el menor no quiera ser *más* que lo que es el padre. Consuelo y aliento de parte de mi madre; de mi padre, en cambio —con elemental pedagogía— la oferta de una soga para ahorcarme, antes que la autorización solicitada. Y como después de todo las matemáticas parecen más soportables que la soga, tengo que dar por fracasado este último intento de volver mi vida a su origen.

Además, la existencia no es tan desalentadora. Aún hay un consuelo para cada dolor y la amable Madre Naturaleza abrevia este período de depresión, desviándome hacia mi "período de elegancia"; en un intento de compensar lo perdido abriendo una salida inesperada; así como una vez intentó mitigar mi primera y punzante nostalgia por medio de mi período de hombre de

mundo. Y aun cuando no he tardado en reconocer que el destino no ha hecho más que distraerme cariñosamente —como se distrae con el tic-tac de un reloj a un niño que llora—, debo admitir que la distracción me ha ayudado a superar los dolores más grandes.

Por ese entonces, en los primeros años de nuestro siglo, no había llegado aún hasta los confines orientales de Prusia lo que iba asumiendo caracteres de revolución de la juventud en los límites de Berlín. Nosotros no teníamos laúd ni cacharros de cocina, ni equipo de excursionista y cuando los del ciclo superior realizábamos nuestra excursión estival de dos o tres días de duración, nos reuníamos por la noche presididos por el profesor titular, entonábamos canciones estudiantiles y creíamos haber alcanzado ese mundo que deseábamos con vehemencia y que nos traería algo que aguardábamos febriles: la libertad.

Estoy convencido de que si uno de nosotros se hubiera atrevido a asistir a los cursos superiores sin sombrero y con pantalón corto, la clase en pleno lo hubiera obligado a abandonar inmediatamente el aula, como un leproso, y que los profesores hubieran refrendado sin vacilación aquel castigo a la indisciplina. Y como lo natural nos era tan ajeno, quizá haya sido una reacción de nuestra juventud con su afán de absoluto, el querer ser modelos de elegancia, ya que no eramos modelos de naturalidad.

Asistíamos, pues, a clase con unas galeritas que, si mal no recuerdo, costaban cinco marcos o tres marcos y ochenta pfennig, según la calidad. Eran muy lindas y muy durables, siempre que algún mal intencionado no arruinara brutalmente su armoniosa redondez. No creo que haya sido casual el hecho de que esa forma rígida e inmutable nos pareciera muy natural en ese tipo de prendas y que el sombrero blando nos hablara de algo "lascivo" en el carácter o en la conducta. De ahí que usáramos también cuellos duros de hasta ocho centímetros de altura, y que el estudiante que llevaba el cuello más alto gozara del mismo respeto que le hubieran ganado en otras épocas las habilidades gimnásticas o el conocimiento profundo de Platón.

Nuestro ideal social eran el licenciado en derecho y el teniente de reserva, y aquellos sabios versos que dicen "El más alto obje-

tivo en la Tierra, hijo mío, es llegar a ser Consejero Secreto" expresaban lo que perseguían no sólo los educandos, sino también los educadores y la educación. Era perfectamente lógico pues, que aquella rígida "superestructura" de nuestra existencia física tuviera como basamento un par de zapatos de charol muy estrecho y muy brillante; era lógico que lleváramos una pulsera de plata en torno a la muñeca y que del puño izquierdo asomara un pañuelo de seda de colorido muy vivo. Nunca en mi vida dediqué tanta atención a mis corbatas como en ese entonces, y cuando contemplaba mi imagen en el espejo —cosa que ocurría con bastante frecuencia— no me quedaba la menor duda de que yo era absolutamente irresistible.

Así equipado me lancé a la segunda conquista de este mundo obtuso, y el hecho de que la nueva campaña no terminara mejor que la anterior se debió, sin duda, a que —lamentablemente— en este mundo lo irresistible es un concepto relativo y a que el sector femenino de la humanidad no siempre sabía hacer justicia al brillo de nuestra existencia. Por fortuna, tampoco faltaban los maestros inteligentes, que con una alegre mirada de sus ojos entornados apagaban gran parte del brillo que exhibíamos con tanta solemnidad, y que se detenían largo rato —con consciente malicia— ante el cuadro que representaban al joven Hebbel en su peregrinaje de Heidelberg a Hamburgo, con un bastón en la mano y su amado perrito a la vera.

Pero la inseguridad es el germen mortal de todos los extremos, y así no nos quedó otro remedio que aferrarnos a lo nuestro con sombrío orgullo o ir dejando deslizar de nuestros hombros el manto de púrpura para regresar con ropas de mendigo, como el hijo pródigo, a las serenas fuentes del espíritu.

Quiero dedicar un recuerdo agradecido al más puro y más querido de los guardianes de esas fuentes del saber, al maestro que ocupó la cátedra de alemán en los últimos dos años y a quien llamábamos "Amiguito", porque a él le gustaba llamarnos así. No me cabe la menor duda de que mi vida entera hubiera sido diferente; de que las relaciones entre "cuerpo" y "espíritu" se hubieran desarrollado en mí de otra manera; de que el afán de simplicidad y autenticidad no hubiera cobrado

la fuerza que cobró, si durante esos dos años la dirección de mi vida espiritual no hubiera estado casi exclusivamente en sus manos inteligentes, fuertes y bondadosas.

Era un hombre irresistible, y no porque fuera imaginativo, brillante o arrollador. Era sobrio en su apariencia y en sus actitudes. No sabía de frases. De sus intervenciones directas y concretas en mi evolución hay dos que recuerdo con particular nitidez y no creo que sea por casualidad.

La primera tuvo lugar cuando yo apenas conocía su nombre y estaba cursando el cuarto año. En esa época habíamos inventado una especie de "deporte" que alegraba nuestros recreos y que consistía en repartirnos a lo largo de la escalera y empujar a los alumnos de primero y segundo que pasaban por allí, para ayudarlos a descender un poco más rápido de lo que hubieran querido. Me encontraba empeñado en esa tarea, cuando se me despojó repentinamente de mi vestidura de déspota por medio de una bofetada tan sorpresiva como precisa, tras la cual descendió sonriente Amiguito, que se volvió desde uno de los escalones inferiores para observarme atentamente. Aquella muda acción ejerció un efecto educativo tan marcado sobre mí, que la ambición de intervenir por la fuerza en el curso de la naturaleza desapareció por muchos años y quizá por toda la vida. Y nunca más traté de ampliar la conocida frase de Nietzsche según la cual "es preciso empujar a lo que ha de caer", añadiendo que también hay que empujar a lo que no tiene la menor intención de caer.

La segunda intervención tuvo lugar varios años después, durante mi último año de colegio. En esa época estaba atravesando mi período de "wertherismo", del que ya hablaré más en detalle; me había volcado a los escépticos de la filosofía y de la vida; me esforzaba —sin mucho éxito— por despreciar los ideales, el *pathos* y demás; consideraba a Schiller como un comediante que jugaba con luces de bengala. En una palabra, me encontraba en esa inofensiva etapa de nihilismo juvenil que hemos vivido y superado todos los que llegamos a ser algo en la vida.

Pues bien, en una oportunidad nos tocó redactar un ensayo

de tema libre, cosa muy poco corriente en aquellos tiempos, y yo aproveché para lanzarme con furor destructivo contra la *Desposada de Mesina*, que acabábamos de leer. Gran parte de mi actitud combativa se basaba en un severo juicio crítico de Hebbel que había caído en mis manos precisamente en esos momentos. Cada vez que aquel profesor devolvía una composición, se creaba una atmósfera de expectativa por la forma en que él lo hacía, de modo que en esa ocasión yo permanecía en mi lugar presa de sentimientos encontrados; en parte, como un héroe que espera su primera corona de laureles, y en parte como un fanático que acaba de incendiar el templo de Diana.

Amiguito entró como siempre, aunque un poco más serio que lo habitual, y como siempre se sentó en el primer banco, cómodo y despreocupado, como quien no considera necesario cuidar su postura. Y sus ojos comenzaron a pasearse lentamente de rostro en rostro, con esa mirada penetrante que nosotros tanto amábamos y temíamos. Y en el silencio tenso que creaba esa mirada, comenzó a pronunciar, como sin darles trascendencia, las palabras que aún hoy conservo en mi memoria:

—En el estrecho dormitorio de su casa de Weimar, yace Friedrich Schiller en su humilde lecho. Acaba de atravesar una de sus terribles crisis de asfixia, la traspiración perla aún su frente pálida y sus manos tantean inquietas las mantas desordenadas. Y entonces le entregan un cuaderno con forro azul. Lo abre y sus ojos leen la siguiente oración: "De toda la *Desposada de Mesina*, no queda otra cosa que una historia de sangre y de horror, trazada con violencia y crudeza, buscando el efecto, efecto al que sucumben los espíritus groseros pero del que se apartan con un estremecimiento las almas nobles." El enfermo deja caer el cuaderno y cierra los ojos. En las comisuras de sus labios se advierten dos delgadas líneas de tristeza, como si ese juicio se hubiera grabado en el noble rostro...

Nada más. El profesor calla. Nosotros callamos. Pero mi corazón late con violencia y algunos ojos se vuelven furtivamente hacia mí. La tensión no dura mucho. Amiguito saca un papel y comenta los trabajos en general. Pero en esos pocos segundos se ha producido en mí algo que por lo general no se

produce en meses y años: el arrepentimiento profundo y bienhechor de un ser que ha olvidado algo capaz de ennoblecer al más humilde, la piedad.

El ensayo lleva un "bien" al pie, y Amiguito me lo entrega con una inclinación de cabeza. No se vuelve a hablar del asunto. Ya se había dicho lo suficiente y él sabía que cualquier palabra demás, podía destruir todo.

Este maestro era también el único a quién visitábamos a veces en su propia casa, y el único a quien podíamos llevar problemas y sufrimientos que en ese entonces no se ventilaban y menos aun ante un educador.

Su lámpara de petróleo, con pie de latón y pantalla verde, alumbraba un hogar de orden, de trabajo, de arte y de paz. Bajo su luz suave recibimos muchos de nosotros la ayuda más generosa que nos haya podido brindar la vida. Su luz cayó sobre mis primeras confesiones y sobre mis primeros manuscritos. Y cada vez que en el trascurso de mi vida he tenido ante mí un ser que buscaba consuelo —y no han sido pocos— esa luz ha vuelto a brillar ante mis ojos como una suave y severa advertencia.

¿Puede haber una inmortalidad más bella que esa para un maestro?

Murió poco después de mi examen final. A caballo y como resultado de un síncope cardíaco. Una muerte hermosa y altiva para una vida tan noble y rica. Algunos años después levantamos un monumento sobre su tumba. En él puede leerse la siguiente inscripción: "Al Profesor Ernst Grohnert de sus agradecidos alumnos."

La piedra caliza se irá desgastando bajo el duro clima de nuestra tierra, pero su nombre no se perderá en la memoria de quienes se sentaron un día a sus pies, porque él alcanzó en el silencio y en la modestia, lo que tantos otros nunca alcanzarán en el ruido y en el oropel: un trozo de inmortalidad.

## "LA GAYA CIENCIA"

En esos años juveniles en que se decide el destino, -en que nunca hay bastante alimento para el alma hambrienta, en los que se lee, se piensa, se filosofa y en los que se pasan noches enteras en apasionadas discusiones, en esos años entra por primera vez el arte en lo íntimo de mi vida. Y no entra como una figura de leyenda sino como un triunfador que todo lo domina. Ya no es como la melodía de la flauta de aquel individuo de la frontera rusa; ya no es como la orquesta del mágico Herr Poppek; ya no es como mi fracasada música de violín o como el sombrío resplandor de la *Leonore* de Bürger. El efecto sigue siendo el mismo, pero la comprensión de la esencia ha avanzado mucho, y ya no se desliza como un sueño que no se ha de repetir, sino que se instala en el corazón de par en par abierto y permanece allí como uno de sus consuelos más hondos.

En realidad experimento la primera conmoción profunda en el primer año de mi destierro del bosque, es decir siendo aún un niño incapaz de reconocer las leyes de ese nuevo mundo. Sin embargo ya no es lo mismo que con la Cabalgata de los Muertos, por ejemplo, porque por primera vez se muestra el destino ante mis ojos azorados como algo poderoso. En ese primer año de mi permanencia en la ciudad me regalan una entrada para una representación de *Wallenstein* en el teatro municipal, y a partir de esas dos veladas me rindo por muchos años a ese mundo, así como sucumbe un niño a la pasión por una mujer inalcanzable.

En ese entonces sólo había dos lugares en el teatro para un colegial: el paraíso de pie y la delantera de paraíso. Ambos sectores eran sin numerar; para conseguir una buena ubicación no bastaba pues el dinero solo, sino que era preciso contar con gran parte de las habilidades y fuerzas de que estaba dotado el

corredor de Glaris de que se habla en la célebre poesía. El paraíso de pie ofrecía dos premios: un único banco contra la pared del fondo y una barandilla de hierro que lo limitaba hacia adelante, separándolo de la delantera de paraíso, y que ofrecía la inconmensurable ventaja de brindar apoyo mientras duraba la representación. El espacio que separaba a ambos privilegios se llenaba de una muchedumbre desoladoramente apeñuscada, que en parte debía mantenerse en puntas de pie para poder ver algo y cuya inmovible credulidad recordaba a la del hombre de la leyenda, que estuvo mil años en puntas de pie al borde del cielo para vislumbrar un rayo de luz a través de una abertura del cerco. Más de una vez formé parte de esa masa de extáticos de la fe, y el rayo de luz que descendía de mi cielo no era menos radiante por caer en un cuerpo desfalleciente, y el *Príncipe de Homburg* no ha perdido su esplendor en mi recuerdo porque yo haya tenido que esperar cinco horas de pie ante la puerta central del teatro, en pleno invierno de Prusia Oriental, oprimido contra la madera helada por los que llegaban más tarde y sin tener siquiera la seguridad de que la puerta central sería la primera en abrirse.

Yo no sabía nada de *Wallenstein* cuando apoyé los brazos sobre la barandilla de hierro, jadeante tras la desesperada carrera. Tampoco sabía nada de teatro, porque las compañías ambulantes no llegaban a nuestros bosques ni por equivocación. Yo era como un niño a quien se ha trasladado repentinamente a otro planeta, desconcertado y lleno de ese dulce estremecimiento que Goethe considera "la mejor parte" del ser humano. *Wallenstein* se representó en dos funciones, como es habitual, y durante dos noches cayó sobre mi alma un mundo de magnificencia y de luz, de presentimientos y de horror, que se alzó como un Dios sobre el horizonte de mi alma infantil. ¿Quién se estremeció como yo ante el sonido de los cuernos suecos? ¿En quién revivieron con tan ardiente intensidad el mundo de la infancia y los primeros dolores al escuchar la canción "El bosque de robles ruge..."? ¿En quién penetró con fuerza más desgarrante el gemido del viento que llena el salón oscuro y envuelve a los dos asesinos? ¿Y qué cuadro ha vivido en mi memoria durante casi cuarenta

años, en todas sus líneas, en todos sus matices, como el del cadáver de Wallenstein conducido a través del escenario en penumbra, sobre una alfombra roja?

No, todo aquello fue más que el efecto de un mundo de ficción sobre un alma cándida. Porque así como en los días de la niñez se recibe a Dios con más pureza, con más profundidad; como a una fuerza dominante, personal, siempre presente; sin dogmas y con fe inigualable; así se levantó ante mí el destino pintado por el poeta. Y lo acepté sin dudas, immaculado, sin que la razón lo rebajara o lo analizara. Para mí no era ficción, sino una sacrosanta verdad, y tanto los personajes como quienes los representaban no eran seres quiméricos ni de carne ni de hueso, sino dioses que habían descendido de su sagrado recinto para mostrar a los miserables mortales cómo es el mundo que alienta entre las estrellas y para enseñarles que hay un orden sagrado, que rige tanto lo terreno como lo extraterreno.

Más de una vez he agradecido a mi destino el haber permitido que mi período de formación coincidiera con una época en la que el teatro no tenía más ambición que la de servir a su verdadero señor, el arte, de lo cual surgen naturalmente todos los demás servicios. Era una época en la que los clásicos no eran campo de experimentación ni tapagujeros entre estrenos, y *Asilo Nocturno* de Gorki o *La Luz Brilla en las Tinieblas* de Tolstoi o *Espectros* de Ibsen ocupaban su merecido lugar junto a *La Desposada de Mesina*. El teatro —uno de los poderes formativos más grandes con que cuenta el hombre— acompañó, modeló y ennoblecó mis años decisivos, y nuestra generación estaba aún tan abierta a la *Ifigenia* o al *Tasso* de Goethe, como a la revolución del naturalismo, sin que eso fuera en perjuicio de su alma.

Era lógico que admiráramos a los actores de nuestra ciudad, a los portadores de tanta belleza imperecedera, como la juventud de otros tiempos admiraría a los corredores de bicicleta, a los campeones de box o a los astros y estrellas de cine. Y tengo la impresión de que nuestra devoción por el intérprete de *Wallenstein*, de *Orestes* o de *Ifigenia* no tenía menos valor que la que hoy se brinda a la pantalla o al ring. Quizá no haya

sido tan apasionada pero procedía de otras raíces y daba otras flores, y creo que no es lo mismo que un juvenil soñador recite de memoria y con tremendo *pathos* el monólogo de Wallenstein a su compañero de habitación o que lo acueste en el piso con un gancho a la mandíbula, al estilo de su esclarecido ídolo.

La escuela, por otra parte, no se oponía al teatro como factor educacional y en particular Amiguito, nuestro profesor de alemán, conocía muy bien su importancia en la formación moral. Bastaba conque él pronunciara unas pocas palabras, inteligentes y cautas, para que se atemperara un entusiasmo mal orientado o un rechazo se transformara en sincera comprensión. Sólo en una oportunidad sufrí una de las primeras derrotas en mi lucha en pro de los "nuevos talentos", cuando —en mi carácter de delegado del curso superior— solicité a nuestro director que se nos eximiera de una clase nocturna de ejercicios físicos para asistir a la primera representación de *Traumulus*.

—¡Una obra mala! —respondió nuestro Director con resentida dignidad—. ¡Una obra estúpida! Y mis alumnos del curso superior deberían hacer algo mejor que invertir tiempo y dinero en ella.

Pero sus alumnos del curso superior invirtieron algo más que tiempo y dinero en esa obra y nada les ocurrió por haber desobedecido a su director en ese caso.

Luego de mi ingreso a la universidad me aparté del teatro y permanecí alejado de él por espacio de casi veinte años. Parece ser que el largo y penoso período de formación de mi personalidad me absorbió en forma tan completa que no me quedó tiempo ni interés para el hermoso mundo de la ficción.

La ópera, ese fenómeno que flota entre buen número de artes, penetró en mi mundo mucho después que el teatro. Pero cuando entró lo hizo con un efecto, quizá no tan puro como el de la palabra poética, pero que enriqueció y estremeció profundamente mi vida en el aspecto musical. En esa época era muy corriente que pasáramos hambre por una entrada de teatro, y como no me resultaba muy penoso pasar hambre, pude gustar las obras más importantes del género operístico de todo el mundo, con esa hermosa disposición de ánimo de la juventud, abier-

ta a cualquier influencia. Era natural que nuestras discusiones más apasionadas giraran en torno a los dramas musicales de Wagner; pero no son esas obras las que han quedado más grabadas en mi memoria, sino aquellas en las que la esencia musical estaba más íntimamente ligada con lo que yo consideraba por entonces como "el alma alemana". Y no creo que haya sido sólo el motivo del cuerno de caza, en la obertura de *Oberón*, lo que tanto me atrajo hacia Weber, y no creo que haya sido sólo el recuerdo de las historias fantásticas de tía Veronika lo que me hacía sentir siempre el mismo dulce estremecimiento al escuchar la música de *Hans Heilig* o del *Vampiro*. Creo más bien que al escucharlas vislumbraba ya —mucho antes de haber oído una nota de Bach o de Beethoven o de Bruckner— que la música es capaz de decir mucho más que cualquier otro arte.

En esos años penetró también en mi vida la música instrumental y vocal pura, cuyo papel es decisivo en la orientación y formación del espíritu. Tuve la suerte de trabar relación con un alumno del curso superior que era hijo de un sochantre y que no sólo tocaba el órgano en nuestros oficios matinales sino que me introdujo en el mundo de la música de piano, de los cuartetos de cuerdas y del *lied*. Por ese entonces comenzaba a aparecer en los programas de concierto el nombre de Hugo Wolf. El grueso del público lo recibía con desconfianza; nosotros, en cambio, lo acogimos con entusiasmo delirante, como alguien capaz de dar forma a los dolores de nuestra generación, ya fuera con palabras de Mörike o de Eichendorff o con canciones populares españolas.

Y el primer recital de *lieder*, que escuché por una gran cantante en la fría sala de la Bolsa de Comercio, debe de haber sido un jalón en mi evolución interior. ¡Qué mezcunos se hicieron todos los afanes de nuestro "período de elegancia" ante las melodías que llenaron mi alma en aquella velada! ¡Cómo desaparecieron la pobreza, la rutina y la nostalgia ante los versos de *Winterreise* o *Verborgenheit*! <sup>1</sup> La "gaya ciencia" se irguió

<sup>1</sup> *Viaje invernal y Retiro*, dos *lieder* de Schubert.

por primera vez sin velos en la miserable cámara de alguien que no sabía para qué estaban la vida y el dolor. A ella no le importaba la pobreza ni la inhabilidad, tampoco la detenía la insignificancia de aquella existencia juvenil. Como un hada de los cuentos apareció ante la miseria de aquellos harapos, apoyó la mano sobre la frente del mendigo y trasformó el pobre mundo de esa existencia en un ámbito celestial. Sólo ella tuvo el poder de mostrar al pobre que este mundo no es lo único que poseemos, que detrás de él hay otro mundo en el que se habla aún con nuestras palabras, se canta con nuestras melodías, se ve con nuestros colores; pero en el que estas palabras, tonos y colores no sólo llegan a nuestros sentidos y a nuestro entendimiento sino mucho más allá de la superficie, hasta las raíces de nuestra alma, esas raíces que se apoyan en la mano de Dios.

Así asistí a las primeras veladas de *Lieder* de Julia Culp y de Lula Myzs-Gmeiner, así escuché las primeras sonatas de Schubert, así la Appassionata. ¡Ay, quién pudiera revivir el retorno de aquellas veladas, la marcha a través de la ciudad en tinieblas bajo el rutilante cielo de nuestras noches invernales! El cuerpo se estremecía de frío bajo el abrigo pobre, la habitación a la que yo regresaba estaba oscura y vacía, pero el alma estaba ardiente y enajenada como en los tiempos del primer amor ya extinguido. Por primera vez comprendo la razón de ser de una existencia humana, de una existencia tocada por la gracia. Comprendo que siga viviendo y ardiendo al cabo de cien años, cuando estremece el corazón de generaciones posteriores y las induce a seguir su ejemplo: a sufrir, pero repartiendo felicidad; a ser pobres, pero sembrando coronas; a ser los verdaderos rayos de la humanidad, aun cuando vistan un abrigo de por-diosero.

Son muchos los nombres que iluminaron mi juventud, y mi gratitud hacia ellos no es menor por no nombrarlos. Sólo yo sé lo que significaron para mí. Yo nunca apreté su mano y ellos nunca supieron nada de mí. Pero mi gratitud alcanza también a la suma de su vida, que muchas veces declinó en la amargura; porque la existencia de un artista se apoya secretamente en muchos de esos seres ya perdidos en el anonimato.

Fue en ese entonces cuando tuve la dolorosa certidumbre de cuánto había perdido al dejar mis estudios de piano en plena infancia. Por indiferencia, por obstinación, por hastío. Procuré recuperar lo perdido, pero ya nunca lo logré. Pero en esos últimos años de colegio cultivábamos el canto casi como en épocas pretéritas, y los cuartetos vocales en los que se me permitía intervenir brindaban un cierto consuelo al dolor de no poder entonar *Winterreise* con la misma perfección que los grandes, cuyo ejemplo procuraba imitar. Y cuando se vendió el piano de mi pensión, me quedó una larga tira de papel en la que había dibujado teclas y en que realizaba mi silenciosa interpretación de las grandes sonatas de los muertos. Y sin duda fue preferible que no las oyera nadie más que yo y que no tuviera necesidad de volver a maldecir a mis sonrientes espectadoras, como lo hice con aquella criada que se tapó los oídos ante mi violín de fabricación casera.

Para terminar, debo expresar mi gratitud hacia aquellos que me introdujeron entonces en el reino de las artes plásticas. Nombres como los de Durero, Rembrandt o Rethel, nada tenían que hacer en una escuela corriente. Pero en lo de Amiguito siempre reinaba un orden diferente al habitual, y entre las cosas que le debo, figura también el haber fomentado mi receptividad a ese mundo en el que ya había procurado entrar de niño, sin dirección, y en el que ahora me sentía cómodo en mi postura contemplativa. Porque aunque nunca había cejado en mi amor por el dibujo, no tardé en reconocer que mi "habilidad universal" tenía bases muy poco sólidas y que iba siendo hora de decidir cuál era la corona que bajaría de las estrellas.

En ese entonces no me había decidido aún, y en aquel instante inolvidable de nuestro paso al último curso, Amiguito —que nos estrechó la mano a uno por uno, mientras penetraba hasta el fondo de nuestra alma con su mirada y añadía a nuestro nombre el calificativo que a su juicio nos definía— llamó al mejor alumno "Federico, el Férreo" y a otro "Hermann, el Incorruptible", pero a mí me llamó "Ernst, el Soñador". Supe entonces que en todos los tiempos los soñadores habían llegado a ser las cosas más diversas, reyes y mendigos, poetas y locos.

Aquella palabra me persiguió y me conmovió por mucho tiempo. Yo sentía que encerraba un elogio y una censura; que me incitaba a decidirme.

Y no mucho después, cuando escribí mi primer verso, durante la clase de dibujo, sobre mi tablero, hice algo más que cometer una travesura infantil: me vendí a un reino al que había ido sucumbiendo ya día a día. Y con esos versos torpes, con reminiscencias de Lenau, me entregué para siempre a la "gaya ciencia" que ya entonces había hecho tanto por mí y por quien yo pensaba hacer tanto, sin saber cuántos dolores y cuántas alegrías me había de brindar; sin saber que lo más noble que podemos hacer o decir por ella es pronunciar las serenas palabras que sellarán nuestra vida: Te estoy agradecido...

## PRIMER AMOR

No quisiera dar la impresión de que los años decisivos de mi juventud sólo estuvieron llenos de "espíritu". No quisiera que se me tome por un estilista, entregado a la meditación, que trata al mundo de las cosas con ese soberano desprecio que suele ser el peligroso fruto de la "especulación".

Tampoco es totalmente exacto el título de este capítulo, pues se recordará que a los cuatro o cinco años ya había sucumbido a un amor imposible por aquella mujer a la que llamaba "marmórea". Y como ya por ese entonces hube de admitir que son muy pocos los hombres dotados de la facultad prometeica de insuflar vida a las figuras de mármol que aman, con el correr de los años mi corazón se perdió por más de una belleza a mi parecer menos pétrea. Pero, si mal no recuerdo, la calidad humana de mis ídolos tampoco bastó para que retribuyeran mi amor como en los sueños forjados por mi fantasía. En los primeros años de nuestra vida en la ciudad se estableció una corriente de simpatía con unas muchachas vecinas, superiores a nosotros no sólo en edad; pero la verdad es que los sentimientos de la otra parte siempre fueron una incógnita, cosa que no siempre podía decirse de los míos.

Desgraciada o afortunadamente, siempre fui tímido en este terreno y mis amigos más realistas me han reprochado más de una vez el adjudicar a la mujer dones que nunca tuvo, el idealizar a esa imperfecta creación de la naturaleza, el haber contribuido a que ella mantenga su puesto de ángel en el mundo, puesto que no le corresponde y que sólo sirve para poner en peligro la indiscutible superioridad del hombre. Pero como, por desgracia, he sido incorregible en muchas cosas de este mundo —para desesperación de mis superiores y demás—, siempre hubo una voz secreta que se alzó en mi pecho para rebatir todas

esas inteligentes consideraciones y hoy —ya en el apogeo de mi vida— sigo dispuesto a considerar a la mujer de corazón puro como algo que Dios olvidó arrojar del paraíso y que nos ha obsequiado para poner luz y tibieza en la triste oscuridad de este mundo.

Pues bien, el título de este capítulo se justifica porque éste fue el primer amor al que puedo llamar correspondido, ya que mis ídolos anteriores me habían dejado siempre en las tinieblas respecto a sus sentimientos hacia mí. Pero para llegar a esa certeza, mi carácter precozmente dubitativo exigió un año y medio, el mismo tiempo que necesité para pasar de la primera mirada furtiva a la primera palabra hablada o escrita. Y si alguna vez pensé que así había perdido un año y medio de felicidad, tal como Parsifal perdió una parte de su vida por no formular la pregunta que se le había destinado, pronto comprendí que todo había sucedido como debía suceder, no sólo porque lo dictó mi naturaleza sino porque el tiempo de la duda y del deseo fue el regalo más precioso que se me pudo hacer.

Le daba el nombre de Judith, y aunque su figura no tenía nada en común con la del drama de Hebbel ni con la de *El Verde Heinrich* de Keller, el origen fue el personaje femenino de esta novela, que yo acababa de leer y que tuvo una influencia muy profunda en mi evolución. En realidad la debía haber llamado Juli, porque el otro libro al que me había volcado con pasión en ese entonces era *Juli o la nueva Eloísa* de Rousseau. Estas preferencias literarias representan un curioso homenaje a la polaridad del ser, ya que con ellas equiparaba la inteligente y sabia claridad del suizo, con la sofocante y ampulosa extravagancia del francés, como fuerzas decisivas en mi formación. Pero en ese entonces Juli era para mí un nombre prosaico que sólo cuadraba a tías viejas, y quien conozca las calles de la capital de mi provincia comprenderá que es imposible llamar Eloísa a alguien que camina por ellas, aun cuando las casas de esas calles se iluminaran con el brillo de la aparición.

Me decidí pues por Judith, nombre que se adaptaba más a lo oscuro y suavemente incandescente de su aspecto. Ya no

recuerdo dónde y cuándo la vi por primera vez. Es probable que haya sido durante el paseo dominical por la plaza, en el que iba y venía al son de una banda musical todo aquel a quien su aspecto exterior y la vaciedad de una vida incompleta permitían e impulsaban a concurrir a los sitios en que hacían su aparición "las hijas del país". Allí pueden haberse cruzado por primera vez nuestras miradas, pues ni siquiera los futuros reyes del espíritu, cuya corona creía yo portar ya secretamente, se negaban a mezclarse de cuando en cuando con el pueblo. Era difícil vivir nada más que de sueños de gloria, y hasta el verso más original y exclusivo exigía de vez en cuando un rostro femenino como confirmación de que las figuras poéticas se mueven en un cielo, pero tienen su origen en este mundo imperfecto.

Por ese entonces vivía yo en el barrio estudiantil próximo a la universidad, y como la casa que el destino había escogido para santuario de mi ídolo estaba a sólo pocas cuerdas de distancia, no faltaban los encuentros, casuales y provocados. El adulto que recuerda despectivamente su juventud, como un estado incompleto, puede considerar extraño, y hasta tonto, que por espacio de un año y medio nos hayamos limitado a caminar con más lentitud al cruzarnos por la calle, para así gozar el instante soñado por unos latidos más del corazón. Nuestras miradas se enlazaban entonces, con esa muda pregunta que ha permanecido invariable a través de los tiempos, esa pregunta que se formulan seres importantes o insignificantes; esa pregunta que siempre es de vida o muerte. En los últimos tiempos, una vaga sonrisa se deslizaba a veces por los rasgos de ella, como si intuyera que de no mediar ese gesto nuestros encuentros seguirían siendo mudos y fantasmales cuando nuestros cabellos fueran blancos.

Pero todo esto sólo puede parecer extraño a esa clase de adultos, porque quien no recuerde su juventud con gesto irónico, sabrá respetar esta timidez ante la primer palabra, como algo íntimamente ligado a la pureza de un primer sentimiento. Era una timidez que nacía del miedo a que esa figura que habíamos elevado a las estrellas hablara con las mismas palabras hu-

manas que usábamos nosotros para describir o para desear cosas de la vida diaria, que el contacto de su mano fuera igual al de la nuestra, en lugar de ser la mano de un ángel, de delicado color y frescura indescriptible.

¡Oh días bienaventurados en los que un velo cubría el resto del mundo, sus trabajos, sus deberes, sus alegrías superficiales! Días en que todo libro y todo papel se cubría de versos que llevaban el inconfundible sello de la inmortalidad para su autor. Días en que la luna no era la luna, sino una pantalla que Dios sostenía sobre nosotros para que la cruda luz del sol no destruyera nuestros sueños. Días en que todo lo bueno y noble de mi naturaleza, aún efervescente, aflora y me transforma para que sea, si no igual a mi amada, por lo menos no demasiado indigno de ella. Días ante los que sonrían burlones o maliciosos los mayores, como si envidiaran lo que hoy es nuestro y ellos han perdido hace mucho tiempo; como si desearan hacérselo perder también lo antes posible, para que el manjar que tenemos entre las manos no les recuerde su hambre.

Pero nosotros no lo perdíamos. Una voz infalible nos incitaba a no creer en la sonrisa de los mayores, a no dejar que rompieran ese hechizo que al desaparecer nos robaría no sólo el amor, sino todo lo que era fundamento de nuestra existencia. Y seguíamos esperando, cambiando miradas, escribiendo versos. Y seguíamos callando, como si intuyéramos que con la primera palabra se achicaría el abismo que nos separaba de los mayores. Porque ellos también habían amado y habían callado algún día y su sonrisa burlona, las miradas de inteligencia que ahora cruzaban, podían tener origen en esa primera ruptura del silencio, que apagó el brillo de las pobres alas de su existencia.

El bosque también se transformó para mí, en las primeras vacaciones de verano de ese amor. Se han transformado mis padres, el hogar, todo el mundo. Todavía soy cazador y pescador, pero ahora permanezco más tiempo asomado a la borda del bote, con las redes entre las manos inmóviles y la mirada perdida en la oscura profundidad en la que pueden moverse los peces, pero en la que para mí sólo reposa la imagen de la amada como en un espejo. Todavía persigo al águila días ente-

ros, pero me siento con frecuencia en el linde de un bosque, apoyo la escopeta sobre las rodillas y contemplo la tierra bañada de sol que parece tan vacía y muerta sin esa figura, la única capaz de animarla. Sí, el corazón se alivia en algunas ocasiones a través de las lágrimas y de los versos, pero sobre el campo y el bosque flota una oscura melancolía y el "pequeño pájaro triste" comienza a tener algún poder sobre mí. Es un pequeño cantor gris que vive en los oscuros bosques de pinos, donde brillan los hongos sobre el musgo y donde sólo penetra uno que otro rayo de sol a través de las ramas. Su canto consiste en una única nota, pero la caída quejumbrosa, desesperada y monótona de esa nota es como el alma de ese bosque enorme, sombrío y silencioso, por el que podría marchar el unicornio, con sus ojos extraños y fríos, fijos en el hombre estremecido.

Pero luego, antes de consumirme de nostalgias, comienzo a escribir cartas a la amada. Son las cartas de Abelardo a Eloísa, las cartas de los enamorados de todos los tiempos. Son cartas interminables, ardientes, desgarradoras. En ellas digo todo lo que se calla en nuestros encuentros y lo que se seguirá callando siempre, porque existe un último pudor ante la palabra hablada que no puede pronunciarse sin quebrar el hechizo.

Escribo en el bosque. El tintero se hunde en el musgo y yo lo llevo de un lugar a otro, buscando el sitio en que el bosque me cobije mejor y en que su susurro acompañe más íntimamente mis palabras. No puedo repetir ninguna de esas palabras porque más tarde las quemé, y aunque las tuviera aún, no las repetiría porque no pertenecen al mundo sino a mí, sólo a mí.

Y justamente porque esas cartas de amor son para mí algo sagrado, aunque sólo sea algo puerilmente sagrado, sufro indeciblemente al comprobar que alguien las ha leído. Están enterradas en el bosque, envueltas en papel aceitado. Las he cubierto con musgo y hojas secas, y un día veo que aquello no está como yo lo dejé, que otra mano las ha tocado, que otros ojos han leído lo que no debía leer nadie más que yo. No creo que en ese instante haya predominado la vergüenza. Más bien fue la sorpresa de que Dios hubiera tolerado la violación de un santuario, de que eso también pudiera ocurrir con su consenti-

miento. Y es muy posible que el período de ateísmo, que comenzó para mí poco después, haya tenido sus raíces en ese lugar del bosque en el que se había derribado y desnudado un altar infantil.

Creo recordar que quemé las cartas inmediatamente. Ya habían perdido todo su encanto y toda su castidad. Las quemé en el bosque, que recibió así esas cenizas de una vida frustrada y que me pareció más que nunca refugio del desheredado y del incomprendido.

Poco después logré enterarme del nombre de mi amada y al comenzar el invierno, cuando empezamos a vernos diariamente en la pista de hielo, reuní el valor necesario para escribirle. Recuerdo con toda nitidez aquel atardecer en que me esperó en una calle desierta en el camino de regreso. Fue entonces que sostuve por primera vez su mano, que pude contemplar sus rasgos y que —probablemente— pronuncié las mismas palabras incoherentes que suelen pronunciar tantos jóvenes en un instante como ése. El viento helado de nuestra tierra barría las calles, los mustios faroles callejeros se estremecían con lúgubre rumor y las gentes pasaban a nuestro lado como borrosos esquemas. Pero, para nosotros, aquella mezquina tierra invernal estaba en flor; para nosotros reaparecía el paraíso perdido, y sólo nosotros dos recorríamos sus senderos encantados, seguros de que nadie —ni siquiera Dios y los ángeles— lograría arrojarnos de aquel jardín del Edén.

Pero en aquel entonces el tiempo corría con mayor lentitud en todas las cosas. Las costumbres y la educación mantenían a los seres más apartados, y así fue que al llegar el verano, el penúltimo de mi período escolar, tuve la certeza de ser correspondido. Habíamos asistido juntos a uno de los conciertos nocturnos, que en esa época se celebraban en el jardín zoológico, y antes de emprender el regreso nos sentamos en uno de los templos de madera que asomaban sobre el lago, ocultos entre la arboleda. La luna brillaba como era su deber, luego de haberle confiado yo tanto dolor, y a intervalos se levantaba del lago el grito quejumbroso y apagado de una gaviota. Y allí, casi tan aislado del mundo como en mis bosques, confesé mi amor y

besé por primera vez en mi vida los labios de una muchacha.

No ocurrió más de lo que sucede siempre, de lo que nos sucede a todos. No fue más sublime ni más ridículo que en otros tiempos. Pero así como todos tenemos nuestro propio cielo y nuestra propia muerte, también es única y exclusivamente nuestra la forma en que un ser extraño penetra por primera vez en nuestra sangre y en nuestra vida, y es justo que recordemos a ese ser con gratitud y con ternura, pues es el portador de la más grande, entre las muchas bendiciones de que nos colma el destino.

Sí, ese verano, el primero y último de nuestro amor, ha quedado en mi memoria como un solitario árbol en flor que se yergue sobre un paisaje árido e interminable. No hay una sola tarde libre en la que no monte en bicicleta y recorra las cuatro millas que median entre la ciudad y el balneario báltico en que ella está parando. Ese viaje tampoco es tan fácil y tan cómodo como hoy, porque un joven que va a visitar a su amada debe ir vestido como si anduviera por las calles de la ciudad. Se imponen el sombrero y el cuello duro, y quizá en esos viajes se vislumbra la idea de que los cuellos muy altos no son lo más apropiado para recorrer cuatro millas de terreno accidentado, con treinta grados de temperatura ambiente y a veces con un pertinaz viento marino en contra.

Pero allí donde el mar ruge y los pinos se mecen en las dunas solitarias todo queda olvidado. El aliento magno del paisaje nos cubre. No es mi paisaje natal, pero nos recibe con el mismo amor, nos cobija con la misma ternura. El mundo comienza con nuestro amor; antes no había nada y nada habrá después. Sólo el sol mide las horas y las sombras conquie el clima acaricia la frente de ella. Y en los últimos besos tiembla ya el dolor de la partida, de la soledad, de la terrible desolación.

Todo es puro e inocente y no hay temprana experiencia que empañe o eclipse el cuadro en el recuerdo. Está el martirio de los celos y la dulzura de la reconciliación. Hay un invierno amargo, el enemigo de todos los amores furtivos, y es como si en ese invierno se fuera marchitando lenta pero implacablemente la flor que habíamos cultivado.

Ya no recuerdo bien como ocurrió. ¿Habría sido tan perfecta la ilusión que la realidad no llegó a alcanzarla? ¿Habré exigido quizá esa liberación que ningún ser nos puede proporcionar, porque nadie nos puede arrancar de nuestro yo, de esa última soledad que envuelve al corazón humano? ¿O es que el destino golpeaba ya suavemente a mis puertas señalándome que era hora de dejar ese cáliz que había calmado la sed de una hora de mi vida y me impulsaba hacia nuevos versos, hacia nuevos dolores o hacia los nuevos labios que me los brindarían?

Ya no recuerdo. No hubo nadie que eclipsara su imagen, no hubo nada más que la profunda inquietud de mi corazón que no quería reposar y una voz secreta que me impulsaba hacia la culpa y hacia el dolor. Es muy difícil juzgarse a sí mismo después de treinta años, porque ya no queda más que el hecho y ya no está lo que nos condujo a él. Quizá haya sido infiel, pero quizá haya sido fiel a mí mismo, con una fidelidad penosa que sumió a una inocente en el dolor. ¿Es la cosecha lo decisivo en una vida? ¿Justifica la obra toda la dureza que hemos empleado para modelarla a voluntad? ¿No pesará más que todas las obras de arte de este mundo una lágrima vertida por nuestra causa?

No lo sé aún; pero hay un hálito de horror en torno a esa primera culpa desnuda. No es sólo vergüenza. La vergüenza nos hace enrojecer y ese movimiento de la sangre tiene que ser saludable. Pero el horror se refugia en la profundidad de las tinieblas. No abarca sólo al individuo, sino a todo el género humano, y hasta tiende sus tentáculos hacia la ley de toda vida. Pues si toda obra humana trae consigo la culpa, no basta con enrojecer. Un ligero estremecimiento recorre el suelo que pisamos, y no queda más que arrojarse en los brazos de Dios o ajustarse el casco con el que algún día tendremos que enfrentar la muerte.

El camino de aquella muchacha se apartó muy pronto de la inocencia de aquel primer amor, y antes de que un matrimonio la llevara lejos de nuestra provincia pasó por más de una tribulación. Pero no pretendo justificar con eso mi acción ni arro-

jar una sombra sobre su imagen pura. Ella recibió una parte de mi vida, como todo ser cuyo corazón late alguna vez con el nuestro, y la recibió con mano pura y entregó su parte a cambio. A nosotros sólo nos cabe agradecer cada grano de uva que cae en nuestro lagar y es a las generaciones futuras a quienes toca decidir si vale o no la pena conservar ese lagar y acercar a él el cáliz que dará de beber al sediento.

## Y OTRA VEZ LOS BOSQUES...

Tengo la sensación de que en el año que siguió a estas conmociones, mi paisaje natal acumuló una vez más todas las virtudes curativas, para demostrarme que la verdadera vida sólo estaba en él, que sin duda era necesario que yo madurara entre los hombres y los dolores humanos, pero que la cosecha sólo podría recogerla en sus dominios. El recuerdo que conservo de las vacaciones de ese último año escolar es particularmente luminoso. Ya no veo los bosques como a través de un velo que flota por doquier en torno a la figura de la amada; ya no se interpone nada entre ellos y yo. Volvemos a estar como en los días de mi infancia. Yo me he quitado las ropas y los zapatos extraños y puedo ingresar nuevamente a la gran unidad, sin que ella me rechace o me reciba con un silencio frío.

Soy dueño de una escopeta de caño doble y de un rifle, de una bolsa de caza, de una pipa corta y de un bolsillo de cuero para guardar el tabaco. Uso un sombrero verde de ala ancha, como los jinetes de las tropas coloniales. La galerita y los zapatos de charol han quedado atrás, también han quedado atrás la pulsera de plata y los enormes cuellos duros. Mi aspecto no es muy elegante, más bien se lo podría calificar de desastrado, y comienzo a despreocuparme de la opinión de la gente y a encontrar el camino acertado a través de su desdén. Me levanto con el sol, y el ocaso me encuentra aún en las profundidades del bosque o de las turberas o a la orilla de los lagos, donde las garzas se internan en los juncales para iniciar su cacería nocturna. Yo no tengo amigos ni compañía, no tengo amada ni secretos. Vivo una vida viril, solitaria como la de un cazador de regiones boreales, y el resto del mundo ha quedado tras una puerta cerrada, cuyas batientes están herrumbradas y no me interesa.

Aprendo otra vez la virtud de la paciencia, esa virtud que el mundo no enseña pero que el bosque muestra a cada instante a los ojos atentos. Por espacio de seis meses trabajo en la confección de una trampa para cazar tordos. Y como aún carezco de sentimentalismo en estos aspectos, no me detengo a pensar en la crueldad de aquella obra. Corto cientos de ramas de enebro, del largo de un brazo y de gran flexibilidad y resistencia. Luego las doblo para darles la forma necesaria. Es un trabajo duro y las manos están cubiertas de ampollas; pero yo estoy tan orgulloso de ellas como un soldado de su primera herida. Y luego trenzo los lazos con crin de caballo. Cada arco necesita dos lazos, y cada lazo lleva seis u ocho crines. Y cuando termino tengo las yemas de los dedos llagadas del continuo roce. La cadena de trampas es kilométrica y cada dos o tres pasos hay que practicar un orificio en el tronco de un árbol para introducir el arco. Y en cada arco sujeto dos lazos que se cruzan entre sí, y cuando todo está terminado recojo ramas de serba y coloco una rama en cada trampa, para que los frutos rojos atraigan a los tordos.

Es un trabajo duro. Es un trabajo que no admite pensamientos necios, porque exige un máximo de atención. Y lo mismo ocurre con las trampas para martas que fabrico, y con las redes que tiendo, y con los nidos de aves de rapiña que encuentro. No existe el tiempo, ni la distancia, ni el cansancio. En el invierno, cuando la nieve llega a las rodillas, encuentro una huella de marta y la sigo; recorro tramo por tramo el bosque; pierdo horas enteras, porque la marta ha salvado un trecho saltando de rama en rama, sin dejar rastros. Casi seis horas después ubico a la marta en un corpulento pino que tiene un agujero en la mitad de su tronco. Y como no consigo hacerla salir, corro de regreso a la casa, que está a una milla de distancia y regreso en el trineo, con mi padre y dos leñadores. Se echa abajo el árbol, que cae al suelo tronante en una nube de nieve, pero la marta no deja su guarida. Mi padre sonrío un poco burlón, y comenta que los grandes cazadores también pueden "errar la huella". Pero entonces, uno de los leñadores recorre el tronco con la mano hasta que encuentra el agujero, y la marta es tan

amable que le muerde un dedo. Aserramos entonces un segmento del tronco de un metro de largo —porque la abertura está contra el suelo— lo hacemos rodar y la marta sale de su oscura casa y un disparo la arroja a la nieve. Las estrellas comienzan a encenderse cuando llegamos a casa. Estoy cansado, mojado, aterido, pero orgulloso.

El bosque no tiene límites para mí. Me muevo libremente por doquier, en cualquier distrito forestal. Los otros guardabosques me respetan porque no soy un espantapájaros ciudadano; porque soy uno de los suyos, un joven de acción, aunque me rodee la aureola de una educación secundaria. Junto al lago que antes nos pertenecía —el más alejado de la casa, aquél en el que apareció Trilljam con su guardapolvo amarillo luego de nuestra pesca— se ha levantado otra casa de guardabosques. Hay dos hijas, y la mayor, una criatura silenciosa y tierna, me gusta; pero ya no quiero los dolores del amor. Quiero sentarme junto al riacho oscuro, que corre con sus aguas negras bajo los viejos alisos, y pescar cangrejos. Mato unas ranas, les quito la piel para que la carne brille en toda su blancura, las ensarto en varillas de mimbre y las sumerjo en el agua. Y entonces salen de sus cuevas, tanteando y arrastrándose. Son docenas, cientos; una horrible masa moviente y amorfa que se disputa la presa. Y ahora tengo que deslizar con infinito cuidado una red bajo el siniestro banquete. A veces saco una sesentena en un cuarto de hora. Y luego emprendo el regreso. Camino una milla por el bosque en penumbra, cansado, feliz y con el corazón sereno.

También paso una semana en casa de un tío que es guardabosque en la región del lago Spiriding, donde hay víboras de la cruz y buhos y donde casi me ahogo al bañarme. O en casa de un tío que es guardabosque junto al Niedersee, donde todos los atardeceres alguien hace sonar un sublime cuerno de caza desde las profundidades del bosque. Es una comarca maravillosamente salvaje, sobre la que planean las águilas y zumban los cisnes silvestres; en la que los hombres hablan un idioma extraño y los cazadores furtivos rusos de la región de Filipov incitan a la lucha y a la aventura. Aún hay espacio y grandiosidad y esa infinita soledad que pronto será sólo una leyenda en nuestra

tierra. No hay ningún acontecimiento especial que deje huellas en mí, no encuentro a nadie que me sirva de ejemplo o que conmueva mis sentimientos; pero todo ese mundo aislado me acoge nuevamente, y yo lo percibo con más conciencia que antes. Su melancolía es más conmovedora, su silencio más consolador en los últimos días antes de que me aleje para siempre por caminos desconocidos, para sólo regresar como un huésped, a quien la idea de la próxima despedida nubla la alegría de la llegada.

Aquel otoño de lo que yo considero el último año de mi infancia se yergue luminoso en mi recuerdo. La cadena de trampas ha quedado terminada y los tordos caen, antes de partir rumbo al Sur. Dejo la casa cuando todavía brillan las estrellas rumbo al límite más alejado de nuestro campo, para cazar una liebre en el camino de regreso. Ya hay escarcha en el suelo, y en el bosque flota un aroma amargo de hongos y follaje mustio. Veo cómo desciende la niebla y cómo se levanta el día rojo sobre los campos. El águila ratonera parte en su expedición de caza y un zorro trota a lo largo de la zanja limítrofe. Los pájaros despiertan, las zarzamoras brillan en los cercos y a veces el estampido de mi disparo quiebra el silencio del alba. Regreso a través del bosque rutilante, en el que maduran las nueces y parlotean los grajos. Un breve descanso con desayuno en el jardín sobre el cual pasan escuadrones de grullas que van en busca del sol meridional.

Y luego, sin rastros de cansancio, a la principal tarea del día: la cadena de trampas. Una bolsa de caza llena de serbas, la escopeta de doble tiro, pipa y tabaco y un trozo de pan negro. La escarcha se ha transformado en rocío y hay miles de telarañas que fulguran al sol. En los lindes del bosque arde el peral silvestre con su rojo incandescente y los arces brillan con su oro maravilloso. Nunca está tan bello el bosque como en otoño, con sus colores, con sus aromas, con su silencio casi tenso. Está lleno de melancolía, pero es una melancolía más suave que la de otras estaciones y todavía hoy no hay lugar del mundo en que el alma se colme tanto de figuras y planes como en el linde del bosque, en otoño, cuando la mirada se tiende

sobre amarilleantes campos de patatas, sobre mudas turberas, o descansa en las nubes grandes y serenas de esta estación.

La cadena de trampas corre a lo largo del linde, de modo que a cada paso se abre ante los ojos el campo serenamente luminoso, el lago y la franja azulada de bosques lejanos. Casi siempre hay chochas en el camino, y cada paso está cargado de esa tensión que sólo el cazador conoce. No importa que lleve de regreso dos docenas de tordos o un solo par. A veces encuentro un grajo en el lazo y a veces hasta una ortega. Otras veces, los ratones han comido todas las bayas, y hay trabajo pero no hay caza. Pero todo esto no tiene importancia. Lo importante es la libertad en el actuar, en el moverse. Es la magnífica libertad de aquél que vive en armonía con su tierra; aquél ante quien retroceden las paredes, los hombres y los dolores que éstos deparan; aquél cuyos ojos y oídos deben estar siempre alertas y cuya escopeta se levanta casi inconscientemente cuando de los arbustos se eleva una chocha que se pierde como la sombra de un rayo entre los oscuros abetos. No existe otra honra que la de ser un buen cazador, ni otro afán que el de llevar una presa a casa. Así es de simple la vida cuando cada día termina en sí mismo y cuando sólo se persigue el bocado que se ha de comer por la noche y el sueño, que repara las fuerzas para el nuevo día.

Desde mi infancia he sido una persona continuamente acosada o bendecida por los sueños. Pero de cien imágenes que pasan hoy por mi sueño, noventa pertenecen al medio que me vio crecer. Camino por la vieja casa, en la que hace ya casi treinta años que no paso una noche; camino por el campo de centeno, por los juncales del lago, por los bosques. Y hasta la guerra, tan grabada en mi alma, reaparece no ya en el marco de tierras extrañas, sino en el paisaje que fue mi hogar. Las piezas de artillería están montadas bajo los viejos alisos, del linde de mis bosques asoma una línea de tiradores, y todo lo magno y lo horroroso ocurre en la tierra de mi infancia, como si ella tuviera derecho a participar también en ese período tan grave y tan sombrío de mi vida.

Regreso a mediodía y una hora más tarde ya estoy nueva-

mente en marcha. Las chochas están de paso y yo las busco en las plantaciones nuevas y en los pantanos; las busco sin perro, con sólo la ayuda de esa intuición del que tiene que saber dónde duermen los animales de su bosque. Cuatro a cinco horas dura mi ronda por los bosques, y antes de que el sol se ponga, estoy sentado entre el oquedal y la turbera, allí donde la mirada llega hasta el horizonte y donde las nubes rojas del ocaso flotan sobre dorados abedules. Es el lugar más sereno, es mi lugar predilecto. La nieve temprana comienza a levantarse entre los montones de turba y a través del aire quieto llega hasta mí el chirriar de la bomba de nuestra granja. Tras de mí se yergue sombrío y poderoso el bosque, pero el horizonte que se extiende ante mis ojos es claro, con resplandores rojizos. Allí está figurado todo lo que he sido y lo que quisiera ser algún día. Se levantan pórticos de oro y la garza planea sobre las columnas y el techo como un pájaro de ensueño. Me siento colmado de dolor y de la consoladora sensación de una existencia viva. El alma joven no sabe hacia dónde ha de volar, pero siente la fuerza de sus alas y una ardiente urgencia de ser grande y buena como la de todos aquellos cuyas imágenes se han grabado en ella desde la infancia. A veces escribo aquí un verso sobre un papel ajado. Pero los versos no son el fruto de esas horas de serenidad; el verdadero fruto es esa disposición que fluye de ellas, la quietud, la infinita necesidad de colmarse de algo que no conozco y no puedo nombrar.

Luego llega el ocaso y entonces sólo queda el cazador, para quien no hay sueños; porque la chocha aparece en silencio con su vuelo vertiginoso, y la mano que no quiera errar, no debe escribir versos.

Y luego se levanta la luna sobre la turbera, y yo me encamino al lago. De pie entre los juncos, con el agua fría hasta las rodillas, espero el paso de los ánades hasta que ya no se alcanza a ver la mira de la escopeta. El día ha terminado. Ha traído lo suyo. La casa ya está a oscuras. Desde la puerta del dormitorio relato a mi padre los acontecimientos de la jornada. Como junto a la ventana de mi cuarto del piso alto, a oscuras, y contemplo la luna de otoño que va ascendiendo sobre el lago y

los campos. Las lechuzas graznan en el bosque negro, y en una aldea distante ladra un perro. El eco flota largo rato sobre la tierra. Así de simple es el mundo cuando no se le añade nada. Y el sueño desciende sobre mí, como desciende sobre la tierra: como el premio a un día colmado.

Si un poeta es alguien que madura en silencio mucho tiempo antes de dar su cosecha, entonces yo me hice poeta allí y en ese tiempo. El águila puso su parte y también el cuerno de caza, y las nubes rojas que flotaban sobre la turba y el aroma amargo de los bosques. Todo eso contribuyó a colmar el vaso del cual yo extraería más tarde el material para crear, y todo eso se conservó para mí, diez, veinte, treinta años, con la hermosa paciencia que sólo da la fidelidad.

No importa que no les haya dado el nombre de Dios, que me colmaba en otros tiempos. No importa que haya llegado a negar ese nombre. No sé si los cazadores creen o no en Dios; pero sé que están más cerca de él que otros, porque habitan más que otros la casa de Dios. Pues una limpia jornada de trabajo, aunque se cumpla con un arma en la mano, es más grata a los ojos de Dios que todo el humo que asciende de las cocinas de nuestro espíritu.

Es probable que mis padres me hayan observado con cierta intranquilidad. Es verdad que mis actos estaban a la vista; pero yo me iba volviendo cada vez más silencioso, y cuando emitía opiniones, éstas estaban siempre cargadas de desprecio por lo que era la opinión del mundo. En ese entonces ya era un intransigente en lo que se refería a mis convicciones. Estábamos atravesando precisamente ese instante trágico en el que la generación joven toma la delantera. No hay especie que se libre de ese instante, que es especialmente amargo cuando una de las partes ha permanecido en su medio tranquilo y la otra ha conquistado para sí un nuevo mundo. La gratitud no ha figurado nunca entre las virtudes de la juventud, y hay pocos hogares en los que esos años ásperos de la evolución hayan transcurrido sin dolores. Mis padres se aferraban a la moral y a las convicciones de su época, como era lógico esperar, y veían muchas veces desamor en lo que no era más que el amargo

esfuerzo de una juventud que procuraba vestirse con las ropas, demasiado holgadas, de una nueva época. Pasó mucho tiempo antes de que nuestros caminos volvieran a unirse y no creo que hayamos lamentado los sufrimientos que nos provocamos recíprocamente.

Tampoco había nadie a quien yo pudiera frecuentar y de quien pudiera esperar la palabra serena que calmara mis tormentas. En todos esos años me faltó, sobre todo, lo más precioso que puede tener un hombre en formación: la mano bondadosa y rectora de una mujer madura. Pero la pobreza, la humildad de mi origen y esa temprana timidez que me impedía abrir nuevas puertas, me obligaron a permanecer en el círculo de mi trabajo y de las pocas personas que me rodeaban. Y como no tenía esos dones que cautivan el corazón humano, sino que era un individuo melancólico e incómodo, debí esperar mucho, antes de que las puertas se abrieran ante mí sin que yo golpeará. Pero entonces se abrían de par en par y el entrar ya no tenía emoción.

Me veo otra vez entre las personas que conocí en mi comarca. Están los parientes de mi madre, en aldeas del bosque, en granjas y en los puestos de guardabosque. Todos me quieren y yo estoy a gusto entre ellos; pero en su círculo no hago más que descansar. Allí no hay un viento que impulse mis impacientes alas, no se forja una nostalgia que escueza cuando me haya alejado nuevamente. Están los puestos de guardabosque de mi comarca, pero en todos ellos hay preocupaciones y necesidades, y tampoco allí encuentro a nadie capaz de ayudarme a derribar a Dios y a todo el orden establecido y a edificar un nuevo mundo. Y eso es lo que quiero, eso y nada menos. Está el viejo maestro de la aldea vecina, a quien respeto mucho; pero él ya se ha hecho sabio a través de una larga vida y yo estoy aún muy lejos de toda sabiduría. Y las mujeres son buenas y honradas, y a veces no lo son, pero saben muy poco del "alma" y menos que nada del alma de un hombre joven que quiere ser poeta.

¡Qué espantosamente solo estoy en esa edad, sobre el puente tendido entre dos generaciones! ¡Qué solo se está los domingos

por la tarde, cuando la casa queda vacía y la única presencia es la de los propios sueños, acurrucados en los rincones y en los peldaños de las escaleras! Y sin embargo, ¡qué necio orgullo produce esa soledad y cómo quema el alma ese orgullo! Y el oído capta cada sonido que surge de los bosques, cada canción lejana, cada rodar de ruedas, con miedo expectante de que ahora, con este latido del corazón, aparezca entre los árboles: la felicidad o la gloria o el final, luminoso e inmortal. Pero no es más que una anciana que se ha retrasado en la iglesia y que regresa con su pañuelo en la cabeza y un atado con el libro de cánticos en la mano. O dos niños con una canasta llena de fresas. Se pierden nuevamente en el bosque, y el águila ratonera continúa describiendo círculos sobre los campos segados. Y la felicidad está en otra parte, en otra parte el amor, la gloria, el destino heroico.

De esa época sólo recuerdo a una persona, un guardabosque, que a pesar de ser mucho mayor que yo me recibía con la seriedad con que se recibe a un igual. Había perdido a su mujer, los dos hijos se habían casado y él vivía solitario a dos millas de nuestra casa, más allá del lago junto al que anidaba el águila barbuda. Tocaba el violín y de cuando en cuando escribía algún cuento breve para un periódico de guardabosques. Pero no era sólo eso lo que lo destacaba ante mis ojos dentro de la comarca. Su figura me parecía rodeada de un hálito de lo agreste, de lo fuerte, de lo fabuloso. Tenía los ojos más bellos que yo había visto hasta entonces, de un azul luminoso y de esa penetrante claridad que sólo tienen los ojos de las aves de rapiña. Había vivido mucho y la experiencia no había resbalado sobre él como una lluvia, porque él había sabido recogerla y llenar con ella todo su ser. Yo lo veía como un hombre inconmovible, y eso era, sin duda, lo que reclamaba mi condición de soñador. Mi vida espiritual, en esa época caótica y urgida, comenzó a orientarse hacia su claridad; porque si yo era un cazador, también los cazadores tienen momentos en que maldicen su escopeta y en que quisieran evadirse de su tiempo.

En esos días también hay fiestas, pero ya no son tan hermosas como las de mis años de infancia. La casa permanece llena de

invitados durante tres días, en que se canta y se baila y yo hago girar la manivela del organito, cuyas bandas marrones cribadas corren misteriosas y sonoras sobre los rodillos. Son más ruidosas y más coloridas las fiestas de ese año, pero dejan tras de sí la melancolía de una dicha imperfecta. Hay una fiesta en Morava, junto al río Cruttinnen. Vamos en muchos carros, y cuando llegamos, la banda toca: "Mataré al ciervo en pleno bosque..." Se baila en los pisos de madera de los pabellones, mientras el águila barbuda describe círculos muy arriba sobre los lagos. Y al atardecer partimos rumbo a la aldea, corriente abajo, en muchos botes. Mi tío, el "Conde", dispara fuegos de artificio hacia las estrellas, y las muchachas cantan a varias voces las viejas canciones de la comarca.

Yo también estoy presente, y a veces río y bailo también, pero mi alma está ausente. Está colmada de esa gran ansia del viajero que regresa, pero que debe partir nuevamente, porque hay algo que lo espera, algo que él no conoce, pero que tiene que estar en alguna parte: una poesía, más sublime que ninguna en el mundo, o un rostro de mujer, lleno de dulzura y de silencio como una flor en el atardecer estival. Y cuando regresamos finjo dormir para no tener que hablar, y luego permanezco largo rato junto a la ventana de mi cuarto y miro cómo la luna asciende sobre las nieblas, y ahora comprendo el significado de aquellos versos: "El corazón se me quemaba en el pecho..."

Pocas veces en mi vida he estado tan en peligro como entonces, tan cerca de la muerte, del éxtasis, de perderme en la melancólica casa de los sueños, de los deseos y de la inercia. Pero a la mañana siguiente salía el sol como siempre, los bosques llamaban y la mano tranquila se cerraba sobre el metal frío y perentorio de la escopeta. Hay cazadores que sueñan y hay cazadores melancólicos; pero no hay otra profesión que, como la suya, despierte la casa dormida con el estampido del disparo y borre sueños y lágrimas de los ojos, para que el mundo vivo se refleje otra vez en ellos.

Me quité furtivamente la gorra al dejar los bosques rumbo a la ciudad. Sabía lo que tenía que agradecerles. Aún no había

llegado el tiempo en que pudiera levantarles un monumento, y sólo tenía ese gesto infantil para brindarles. Mi padre no dijo nada. No hablábamos mucho en esos viajes de despedida. Quizá me haya mirado de reojo, y si no entendió mi gesto, supo respetarlo.

Luego lo vi partir y el polvo se levantó detrás del carro. En cada despedida me parecía más cansado y más viejo, y sentía que el bosque iba a tener mucho que hacer para consolarlo, a él también, en su soledad.

## EL SEGUNDO CICLO

Es probable que la sangre no fluya siempre igual en todos los años de nuestra vida. No sé si lo de las "mareas" septenales es algo más que una hipótesis —aunque a veces me parece que sí—, pero sé que muchos períodos de mi vida, aun en la época de evolución, han sido tiempos serenos en los que la fuerza vital reposaba y que ese reposo quedaba interrumpido por meses y años en los que he trabajado, pensado y vivido con devoradora intensidad. Las gentes, los libros y los planes se vuelcan entonces con fuerza irresistible en la propia existencia como en un espacio de aire rarificado, y es preciso afirmar las riendas para que el carro del destino no se aparte del sendero. Porque el desvío es siempre tentador, pero nunca bueno.

El último año de colegio ha quedado en mi memoria como uno de esos períodos especiales y tormentosos. En el capítulo anterior me limité a describir el proceso de curación y por lo tanto dejé un claro en el relato. Ahora me queda la tarea, mucho más difícil, de hablar de aquello que era preciso curar.

Ya he relatado que en esa época comencé a escribir los primeros versos. A esos versos siguieron cuentos y ensayos dramáticos. Pero es necesario que describa la "atmósfera", de la que surgió tímidamente esta obra, bien mezquina, por cierto, por su falta de experiencia. A través del relato del primer amor se comprenderá que el "corazón rebosante de emociones" necesitaba expresarse, pues ésa es la etapa bendita, en la que hasta el más prosaico se vuelve poeta. Pero la calidad de esta expresión no depende de la profundidad del sentimiento, sino del medio espiritual e intelectual en que éste penetra, ya que —afortunadamente— los "genios originales" no abundan en todas las épocas.

Indudablemente, yo no era uno de esos genios. La modali-

dad de nuestras clases de alemán y la personalidad de nuestro profesor hicieron que en esos dos últimos años de colegio leyera todo lo que estaba al alcance de mi mano. Y como por ese entonces me iba aproximando con ritmo alarmante a mi período de wertherismo, no es de sorprender que Lenau y Heine hayan sido para mí los ídolos dominantes en el reino de la lírica. No sabría decir con seguridad si los erigí en ídolos porque ya había comenzado a padecer de *Weltschmerz*, o si comencé a padecerlo después de haberme rendido ante ellos. Creo que lo primero es más probable, porque en aquella época el wertherismo era una etapa evolutiva por la que tenía que atravesar todo joven de "posición intelectual". Y por eso quizá sea necesario hablar ante todo de esta actitud mental.

Quizá obedezca a una sabia ley de la vida, el hecho de que los tiempos de poder, de seguridad y de posesión se reflejen de manera muy distinta en la juventud, como si cada generación tuviera que tener su cuota de dolor y como si ese dolor se depositara en los corazones jóvenes cuando los viejos se cierran a él. Es como si la sabia administración de la naturaleza hiciera llegar así una vaga advertencia; como si supiera que a los tiempos de esplendor siguen tiempos de miseria; como si hubiera querido prepararnos suavemente a quienes estábamos destinados a soportar la cruz más pesada en la historia de nuestro pueblo.

Personalmente, soy de opinión de que el *Weltschmerz* debería atacar a todas las juventudes, como las enfermedades infantiles; por lo menos, mientras vivamos en un mundo imperfecto. Porque si la juventud es una época en la que se exige de manera perentoria y absoluta lo perfecto en justicia, en libertad, en sinceridad, es lógico que en tiempos imperfectos, el desequilibrio entre lo anhelado y lo alcanzado redunde en un dolor desesperado y general para la juventud, y eso es justamente el *Weltschmerz*. Y el hecho de que la juventud permanezca ajena a este sentimiento puede ser un signo de vida febril y sobreexigida, y según las leyes de la vida, el dolor así eludido y reprimido puede tener que pagarse algún día. Porque nunca podremos escapar a la voluntad de la naturaleza, y en nuestras futuras encrucijadas aparecerá nuevamente el Fundidor, a quien

pretendimos evitar, astuta o ciegamente, en nuestra juventud.

A esto se suma otra ley: la de que la juventud no sólo ha de sufrir por la generación mayor y por el mundo, sino por sí misma. Y así como Trilljam me mandaba a vigilar los caballos cuando contaba una historia "para grandes" en la taberna de aquella aldea de cazadores furtivos, así también nos ha ocurrido a todos en nuestra juventud que se nos mandara a "mirar las estrellas" cuando los grandes querían arreglar entre ellos el orden del mundo. Flotábamos entre las generaciones; ya no éramos niños, pero tampoco éramos mayores. No se nos tomaba en serio, no se nos tenía en cuenta. Y como nosotros sentíamos que en muchos aspectos podía tomárenos tan en serio como a los grandes, de la desigual lucha no sólo surgía un natural resentimiento contra nuestros "opresores", sino también una sensación de sufrimiento general provocado por el mundo y por la vida.

Muy pronto comprendí que la "cultura" es un bien peligroso, que suele tomar con una mano lo que ha dado con la otra. Primero es la fe infantil e ingenua que comienza a tambalearse y se desmorona lentamente. No sé a qué fuerzas puedo atribuir el que yo dejara de reposar en Dios, como reposaba en el mundo de mi bosque. Es probable que haya encontrado algún "Jule" en todos los terrenos de mi vida, y una vez que surgió la duda y que vi lo anterior despojado del brillo infantil que antes lo había rodeado, debo haberme embriagado en esa duda y en esa desnudez. Luego trastabillé rápida e inconteniblemente sobre todos los peldaños del escepticismo, para caer en brazos de la negación. El radicalismo de lo malo intervino en mi evolución al igual que el radicalismo de lo bueno.

Es muy natural, pues, que Schopenhauer haya modelado en esos años nuestra *Weltanschauung* de manera decisiva. En él encontrábamos todo lo que cuadraba a nuestro estado anímico: la observación despiadada, la desnudez de la frase, el desprecio a la mujer, al filisteo, a la tradición, el remedio para el dolor y, finalmente, el sombrío afán de escapar a todo eso y destruir un mundo que no podíamos reformar. Y cuando rechazábamos con sombrío desprecio los caducos "ideales" de nuestros maes-

tros, teníamos la ventaja de apoyarnos en alguien cuyo nombre figuraba entre los grandes del pensamiento.

Este enfoque del mundo experimentó más tarde un cambio y una ampliación —no sé si saludable o dañina— con el concepto del "superhombre", que por su exposición más brillante y poética descendió mejor sobre nuestros altares, que el cuadro de nirvana brindado por Schopenhauer. Y qué glorioso era vivir en el absoluto desprecio por el hombre gregario, por el estado, por el cristianismo. Y qué grandioso era imaginarse que podríamos enfrentar a la mujer con un látigo, para cobrarnos así todos los dolores que ese sexo tenebroso e inconstante nos había deparado.

Pero no puedo dejar de reconocer que hubo otro nombre que en esa época influyó más aún sobre nosotros que aquellos dos colosos; aunque sería sacrílego compararlo con ellos como filósofo, por noble y pura que haya sido su personalidad y por grande que haya sido su erudición. Me refiero al nombre de Haeckel. En esa época apareció una edición barata de dos libros decisivos y para nosotros nefastos: *La antigua y la nueva fe* de David Friedrich Strauss y *El enigma del mundo* de Haeckel. Y no exagero al decir que para muchos de nosotros este último libro pasó a ocupar el lugar de la Biblia. Toda obra filosófica de divulgación tiene algo de peligroso y hasta de vulgar. Es una ciencia despojada de su nobleza, de una nobleza que consiste precisamente en dirigirse al espíritu puro, es decir a la flor y nata del género humano. Aquella obra, en cambio, se dirigía a la masa, es decir al sector más pobre de la humanidad. Contaba con instintos que sólo existen en la masa, trabajaba con deducciones, conclusiones y pruebas que sólo podían iluminar a Fulano y a Mengano, y evitaba tímidamente el fuego puro, porque sólo los ojos puros podían reconocer y soportar ese resplandor. El siglo de las Ciencias Naturales, en el que nacimos, fue grande y admirable en sus intentos para conjurar el espíritu de la Tierra, pero se prostituyó de manera nefasta en esa obra, una de las más difundidas y comentadas de su tiempo. Creíamos ver a la Diosa de la Ciencia en cada esquina, al alcance de nuestra mano; pero tras la delgada máscara de afeites se escondían

los rasgos vulgares de un materialismo desnudo y de una insolente negación de Dios. Y bajo su influencia nos íbamos despojando de todo lo santo y lo piadoso que llevábamos en la sangre desde niños, aún contra nuestra voluntad.

No es de sorprender, pues, que las conmociones que sufrió en ese entonces la literatura universal encontraran un terreno propicio, y que Dostoievsky, Strindberg o Zola aparecieran ante nosotros como la revelación de un nuevo apocalipsis. No lo lamento, y si la estrella de Dostoievsky va palideciendo hoy en mi cielo, mientras la de Tolstoi asciende cada vez más esplendorosa; si en las letras escandinavas han aparecido rostros nuevos que eclipsan los rasgos demoníacos de Strindberg y si un tomo de Balzac hace desaparecer para mí series enteras de Zola, sé muy bien que todo obedece a un natural proceso de maduración y que sería necio despreciar nuestra juventud porque en ella preferíamos los frutos no maduros.

Todavía vivíamos en una época de feliz amplitud, en la que éramos capaces de acoger a Raabe y a Dickens con el mismo fervor con que recibíamos a aquellos despiadados descuartizadores del alma humana, y junto a la sombría figura de Raskolnikov se erguía la del "verde Enrique", y ambas tenían igual importancia en nuestra evolución. Y si algún nombre nos engañó, no hubo ningún dogma que nos limitara. Teníamos la suerte de no tener una actitud ante el mundo —que en esa edad sólo puede surgir de lecturas o de ejemplos— sino de buscarla, y no importa que muchos la hayan encontrado muy tarde y que otros no hayan dado con ella hasta hoy. Pero a esa educación debo, no sólo mi respeto por tantos grandes muertos y vivos del reino del arte, sino también esa "tolerancia" de la opinión y del corazón que a mi parecer es uno de los dones más preciosos de un hombre y de un pueblo, y que Goethe levantó ante nosotros como un hermoso ejemplo al acuñar el concepto de "humanidad".

Tampoco es de sorprender que en esa época de *Sturm und Drang* fuésemos fogosos socialistas, en el terreno político, como correspondía a una generación turbulenta y extravagante, siempre dispuesta a la discusión y a la negación. Pero también en

este caso, las causas no estaban sólo en nosotros, sino en la época que nos había tocado vivir. Habíamos advertido antes que muchos de los mayores lo vacío y vanamente espectacular del último período imperial. Pero nosotros no esperamos treinta años antes de animarnos a expresar nuestra opinión, sino que la exhibíamos, ya en aquel entonces, y la exteriorizábamos con la violencia que es privilegio de esos años felices y valientes.

El ansia de respetar y admirar fue uno de los dones más profundos que nos pudo obsequiar la naturaleza. Y aunque el error o la sobrestimación del ideal nos apartaran más de una vez de la verdad, este afán seguía encerrando una de nuestras fuerzas más nobles: el impulso de levantarnos una y otra vez del polvo del camino, y de alzar los brazos hacia las estrellas, que siempre aparecían distantes e inalcanzables. Pero lo más importante de este afán de admirar era su carácter espontáneo. Éramos nosotros mismos quienes escogíamos la figura que había de ser motivo de veneración, y sólo se obtenía desconfianza, rechazo y desprecio cuando se procuraba forzar nuestra admiración. Esto ocurría en una época en la que —con un bizantinismo tardíamente censurado— se había elevado sobre la masa del pueblo, más aún, de los pueblos, una figura como la del último Kaiser que combinaba tantas características cautivantes con tanta pequeñez y tortuosidad, con tanto de diletante y de fatal. Los jóvenes no podíamos menos que resistirnos a ver en ella la divinidad que describía el periodismo, máxime cuando no ignorábamos que más de un hombre probo de nuestra época encontraba cerrado el camino al poder y a los honores, y debía resignarse a una existencia oscura, aunque digna, a la sombra del disfavor real.

No es extraño, pues, que como revolucionarios natos que éramos, nos plegáramos a la "oposición". Pero como la política era absolutamente ajena a nuestra generación, la oposición consistía tan sólo en una actitud mental y en consideraciones teóricas sobre una radical reforma del edificio estatal y de la estructura social.

Y así me iba aproximando al final de mi período escolar, con una peligrosa suma de negación, ateísmo y desprecio. Me

había separado de mis compañeros, aislado en mi mística revolucionaria, y pasaba horas muertas por las calles o ante las puertas de la ciudad, con la frente surcada de sombríos pliegues. Tenía conciencia de haber apoyado la mano en el eje del mundo y comenzaba mi revolución destronando todo lo que se podía destronar: Dios, Cristo, la Iglesia, el Kaiser, el Estado, los padres, los maestros, las mujeres. Era poco lo que quedaba en pie aparte de mí mismo, y el mundo se dividía entonces de un modo maravillosamente claro y simple, pues sólo estaba constituido por mí y por idiotas.

Admitamos que es difícil lograr un encasillamiento más simple de este mundo caótico, y es comprensible que yo estuviera muy satisfecho con la parte que me había tocado o que me había adjudicado. Más adelante, en períodos menos lúcidos, procuré reproducir esta división tan simple de la humanidad, pero ya nunca pude repetirla, y no sabría decir porqué.

Pero la naturaleza, con su sabiduría, se encargó de que yo pagara caro este soberbio aislamiento revolucionario. Para empezar, pasaba bastante frío durante esas largas excursiones, con un clima muy poco apropiado para revoluciones permanentes; con el tiempo, además, mi soledad voluntaria se iba haciendo un tanto oprimente, en especial cuando me convencí de que era más fácil "destronar" que reconstruir. Me consolaba un poco la respetuosa mirada de soslayo que me dedicaban los profesores o condiscípulos que se cruzaban en mi camino; pero a la larga, la vanidad es pobre sustento, y así fui regresando poco a poco a los caminos de la humanidad.

Por otra parte, la capacidad de "decir lo que sufro" era el permanente consuelo a mis dolores de esos días. De mi pluma surgían obedientes y frondosas "Canciones del Cañaveral" y "Canciones de Vagabundos"; y luego de haber conocido la obra de Jacobsen —que significó para mí una conmoción cuyos efectos se hacen sentir aún hoy—, comencé a escribir también las primeras novelas cortas. Nada queda de todo eso y aun cuando conservara algo no lo reproduciría aquí; porque lo que hemos dicho o escrito algún día con sagrada devoción, no debe ser objeto de burla, ni de la ironía más suave. Mostré algunos de

estos ensayos a Amiguito y siempre recordaré con gratitud, la bondadosa prudencia con que él formulaba sus críticas, buscando un sabio término medio entre la necesaria dureza y un cauto y consolador reconocimiento.

Una circunstancia feliz hizo que no me paralizara en la "estética" pura, desvirtuándome así precozmente. Uno de nuestros condiscípulos, que ya había trabajado unos cuantos años, y que nos superaba mucho en edad y en experiencia, comenzó a abrir un nuevo mundo para nosotros y para nuestra provincia: el del deporte, en este caso en la forma de atletismo liviano. Quizá hayamos intuido que esta actividad era un saludable contrapeso a nuestra vida intelectual; lo cierto es que nos lanzamos con entusiasmo a una práctica que la escuela y la opinión pública observaban con desconfianza y que por esa sola razón considerábamos como un bien del que se nos había privado injustificadamente.

Otro complemento de nuestra vida intelectual, por cierto menos saludable, eran las "noches de taberna", en las que nos reuníamos con los alumnos del penúltimo curso y que tenían lugar cada dos semanas en una hostería de las afueras. Comenzaban con brindis, según los usos y costumbres universitarios, y luego se iban diluyendo en una alegre borrachera; pero ni los "discursos a la cerveza" ni los versos humorísticos carecían de ingenio y estas reuniones eran una expresión, primitiva pero sincera, de nuestra camaradería.

Éramos un "año" muy bien dotado, en lo que al aspecto humano se refiere, y creo que el colegio estaba orgulloso de nosotros y que le costó dejarnos partir. La guerra interrumpió el curso de muchas de aquellas vidas. No se llevó a los mejores ni a los peores. Lanzó sus dados a ojos cerrados. Los sobrevivientes han sido llevados hacia arriba o hacia abajo, y nadie hubiera podido predecir entonces la suerte que le tocaría.

El "Férreo" es hoy un hombre silencioso, arrinconado en una pequeña ciudad, pero se le ha concedido la gracia de la sabiduría, que le evita sufrir bajo el peso del silencio. "Hermann el Incorruptible" vive o se pudre como comisario soviético en una de las colonias alemanas junto al Volga, y Dios ha de ser

también con él un juez clemente. Éste no llegó a cubrirse de laureles como tenor dramático, pero supo recoger su parte en los aspectos más humanos de esta profesión. Y aquél ascendió, con su férrea perseverancia, de hijo de un carpintero a embajador, y al cambiar la forma de gobierno descendió otra vez a la oscuridad. Hay unos pocos que van tirando como profesores de enseñanza media. Un par de jurisconsultos sonríen amablemente al mundo desde las alturas de sus puestos de Consejeros Supremos de Gobierno. Nuestro maestro de deportes fue granjero en Borneo, perdió todas sus posesiones a causa de la guerra, y con esa capacidad de acción que lo caracterizaba ya en aquellos años, edificó una nueva vida en la patria. Por fin, hay otros que se han malogrado y han muerto "sin pena ni gloria". De los profesores de nuestro tiempo no vive ninguno. Hicieron por nosotros todo lo que pudieron, y yo los recuerdo con la misma gratitud que debo a todos los que han procurado guiar mi vida, con la mejor voluntad. El hecho de que nuestro destino eluda un día todas las manos tendidas, para seguir su propia ley oscura, no disminuye su mérito y todos aquellos que nos han ayudado tienen parte en lo mejor que poseemos: la voluntad de guiar un poco esa ley oscura con nuestras manos, para que se cumpla lo que, en instantes de claridad, hemos entrevisto como designios de nuestra naturaleza.

Un día de febrero aprobamos todos el examen final. Se rezó una oración y el Consejero Supremo de Gobierno pronunció un discurso que se cerró con la nómina de quienes se habían eximido de la prueba oral. Mi nombre figuraba en la lista. Yo vestía mi traje de confirmación, al que se había hecho ceder en las costuras, y la gorra roja que usaban en aquel tiempo los estudiantes de mi provincia. Estaba un poco orgulloso y un poco triste como en todos los días importantes de mi vida. Envié un telegrama a casa y por la noche mi tío me llevó a "La guarida del Lobo" en donde, con la mejor voluntad, me incitó a beber mucho más vino tinto del que yo era capaz de tolerar. Recorrí mi camino de regreso sobre pies muy inseguros, y poco antes de llegar a la pensión caí en una zanja, de la que salí en un estado bastante lamentable. Estaba furioso de terminar así ese

día, contra mi voluntad, y triste por haber alcanzado el final de un capítulo de mi vida; pero en ese entonces ya tenía la facultad de divertirme un poco a costa de mi rabia y de mi tristeza. Y mi temprana inclinación al análisis simbólico de los acontecimientos de mi vida, me consoló con el recuerdo de que José también hubo de ser arrojado a una fosa y sin embargo había sido encumbrado por sobre sus hermanos y había llegado a ser virrey de un país.

Regresé a mis bosques y en todos los puestos vecinos se celebró al joven "universitario". En una de esas fiestas conocí a la institutriz de una familia amiga. Era una mujer mayor que yo, que escribía versos e interpretaba a Beethoven en el piano, y que debe haber recibido agradecida mi amor joven y tímido, como el último rayo de luz en su vida solitaria. Trece años más tarde, al regresar del frente francés, estuve junto a su lecho de enferma. Luego desapareció de mi vida, sin que pudiera saber nada más de su destino. También ella me negó la consumación de mi amor, probablemente en sabia previsión de futuros sufrimientos; pero creo que una vez más el deseo se transformó en bendición para mí.

Veo ante mí la escena de nuestro adiós, antes de mi partida para ingresar en la universidad: un pino centenario en los campos que se extienden ante nuestro bosque, una lluvia de primavera que cae silenciosa y pesada sobre la tierra y su silueta que se aleja a través de la lluvia gris. En mi corazón se ha reunido todo lo que constituye mi vida: bosque y tierra y el aroma de los campos, amor doloroso que llena el alma, y un verso que se forma en los labios para expresar todo esto.

Luego regreso lentamente a mi hogar a través del bosque en penumbra que susurra bajo la lluvia. La nostalgia desgarrá mi corazón; pero ya se eleva, como un resplandor sereno sobre mi camino, la poesía, que mitiga todo dolor, que es el fruto de este dolor. Y vendrán otros dolores y de ellos surgirán otras poesías. Veo ante mí el futuro, un futuro que se entrega al dolor para extraer de su amargura el dulce sabor de la cosecha.

*La primera juventud llegó a su fin,  
la vida comienza.*

## DESPEDIDA

Hace tres años volvía a ver la casa paterna después de veinticinco años. ¡Tanto tiempo necesité para vencer el temor de hacer retroceder mi vida hasta sus comienzos y de recorrer nuevamente el pequeño ámbito de sus orígenes! Pero ahora me alegraría de mi provincia rumbo a la región alpina, y allí cerraría la puerta a un camino ruidoso. Y quería ver otra vez la quietud de mi comienzo para llevar conmigo ese cuadro y colocarlo sobre un hogar extraño.

Quizás no haya estado bien que volviera, después de todo. Llegaba de una gran ciudad, de muchas grandes ciudades. Había pronunciado conferencias, mucha gente me había rodeado, había tenido elogios, críticas, preguntas, fortuna. Y ahora había pasado una noche en la comarca, en una casita a orillas del río Cruttinnen. En el pequeño cementerio, tras el cerco del jardín, dormían mis abuelos; ante mí se extendía el río en amplia curva y más allá los bosques lejanos. Y todo era gris e invernal y silencioso, mortalmente silencioso. Y comprendí que yo había iniciado mi camino y me había mantenido en él obedeciendo a una ley, y me estremecí un poco ante la grandiosidad y la profunda melancolía de esa ley.

Al día siguiente preparé mi coche y partí hacia los bosques. Los altos pinos estaban velados de niebla. No cantaba ningún pájaro, no florecía ninguna flor.

Encontré el lugar en que había volteado mi primera águila. Los árboles viejos habían desaparecido y las nuevas plantaciones me miraban como a un extraño. Yo no sabía quién las había plantado. El sol asomó sobre las copas e iluminó una tierra extraña. Lo que yo creía intrasformable, se había transformado. Yo creía que el paraíso no podía cambiar, que los venados tenían que permanecer en el mismo sitio, que Dios Padre tenía

que reposar bajo el mismo árbol. ¿Pero había pensado que yo sería otro al volver?

Cuando más me aproximaba a la casa paterna, tanto más extraño se hacía ese mundo. Llevaba cada arbusto en mi alma, podía cerrar los ojos y decir:

—Esto tiene que ser así.

Pero eso no era así. Todo lo pequeño de mi infancia era ahora grande, aterradoramente grande, y todo lo grande de otros días había desaparecido. Aquí también había habido nacimientos y muertes, pero yo no había estado junto a las cunas ni a los ataúdes. Descendí del coche para sentir la tierra bajo las suelas de mis zapatos, me detuve entre los pinos y escuché. Recordaba el susurro que había acompañado mis días infantiles, la cadencia inolvidable de aquella serena melodía que llegaba a las últimas raíces del joven árbol de mi existencia. Ahora también había un susurro que iba de rama en rama, grande, calmoso y distante, pero resbalaba sobre mí como un abrigo ajeno; se levantaba como si advirtiera el error y se alejara. Me dejaba a un lado. Era como si me hubiese desheredado.

Y entonces vi la casa. Lo primero era la hilera de abetos junto al camino y los arces. Yo los veía, pero ya no estaban allí. Mi padre los había plantado, y los habían arrancado como si ya estuvieran muertos. Allí se habían refugiado las liebres en el invierno, y siempre había un suave susurro en la oscuridad de las ramas, y las primeras figuras de una imaginación infantil habían vivido allí, en la penumbra verde que flotaba sobre el estrecho sendero.

Y supe que con lo demás ocurriría lo mismo, con todo lo demás. Fue una señora muy amable la que me recibió, pero en su amabilidad se advertía la seguridad de la posesión y la indulgente paciencia con que se atienden las rarezas de un extravagante. ¿El cuarto de arriba? No, lamentablemente ya no estaba. Se habían hecho reformas y había tenido que desaparecer. Pero podía subir si quería. No, yo ya no quería subir. No se recorre una casa mortuoria para observar los enseres y el panorama. Y ésta era una casa mortuoria. Mi infancia yacía allí, amortajada, sin derechos y sin solemnidad. Habían olvidado cerrarle los ojos

y su mirada me seguía por doquier. Yo me movía sin ruido, como correspondía, y mis gestos eran tímidos y apresurados como cuadra a una casa mortuoria.

Anduve por el jardín, donde antes susurraban los grandes abetos y donde yo había dormido con mi grulla, su corazón junto a mi corazón. Los abetos ya no estaban. Estaban enfermos, había explicado la señora, y además daban demasiada sombra. También habían desaparecido los guindos y el viejo manzano con su tronco retorcido y cubierto de musgo. Sólo quedaba el fresno que había plantado mi padre en el frente, y su copa gris asomaba sobre el tejado.

Permanecí un instante allí, perdido en mi amarga desolación, y contemplé el círculo de bosques que rodeaba todo aquello. Como de un cuenco, iban cayendo gota a gota sobre mí los años del pasado, toda la amargura y toda la dulzura de una vida infantil. Y repentinamente sentí como si mi pelo encaneciera y como si la mano de las generaciones me rozara señalándome que lo inmortal está en la cadena y no en sus eslabones.

Subí al coche y partí. Y cuando iba atravesando el portón gris advertí que había recorrido en un automóvil reluciente un camino que de niño hiciera tantas veces descalzo, cuando guardaba el ganado o cuando llevaba el canasto con la merienda a los sembrados. Ese pensamiento podía ser un consuelo, y hasta un motivo de orgullo, pero yo estaba muy lejos del orgullo. Dejaba humildemente la tierra de mi infancia. "Todo te resulta extraño" pensaba, "pero quizá todo esté como el primer día y seas tú quien regresa como un forastero a la casa que espera en silencio. Has llegado en un gran coche, como en los cuentos, pero todas estas cosas de tu infancia no querían eso. Querían que te quitaras los zapatos en el umbral de una tierra sagrada y que regresaras como partiste un día: descalzo, humilde y pobre."

Y miré en derredor en busca de un consuelo al cual aferrarme en mi desolación. Y en ese instante lo vi. Sobre una loma cubierta de brezos, a poca distancia del camino. Su tronco se erguía blanco y fino, y un resplandor rojizo flotaba sobre su copa menuda.

Apoyé las manos sobre la madera fresca y levanté el rostro hacia sus ramas. Era mío, solo mío, porque yo lo había plantado, la víspera de Pentecostés, cuando tenía seis años. Junto a mí sólo estaba tía Veronika, que nunca faltaba cuando ocurría algún milagro, que oía voces y que veía fantasmas; tía Veronika cuya mano era capaz de abrir el cielo y cuya suave voz llegaba a los muertos.

—Debes plantar un abedul, Andreas —había dicho—. Debes plantar un abedul para que el Espíritu Santo pueda descender sobre él en la noche de Pentecostés...

Yo no sabía qué era el Espíritu Santo, pero cuando hundí las finas raíces en la tierra húmeda y cuando la frescura del suelo primaveral tocó mis manos, en mi alma hechizada entró algo que debía ser muy semejante a aquello que tía Veronika designaba con palabras del Nuevo Testamento.

—Cuando seas grande, Andreas —decía, mientras sus ojos azules miraban más allá de los bosques— y tengas miedo en el mundo, sólo tendrás que detenerte bajo este abedul y elevar los ojos a sus ramas, que te brindarán ayuda. Y la paz entrará en tu pobre alma...

Y ahora estaba allí, bajo el árbol de mi infancia, tan grande ya que me miraba desde arriba, y había posado las manos sobre su corteza y veía los cuarenta años en las ramas rojizas y en la piel de mis manos, y oía la voz desaparecida mucho tiempo atrás. Y ahora sabía que todo había sucedido como debía suceder. Que un hombre no puede asombrarse de su derrotero, porque detrás de él queda una huella que va hasta el principio de sus sueños infantiles. Que lo visible cambia, pero lo invisible jamás, y que el niño a partir del cual crecimos hasta nuestra forma actual nunca renegará de nosotros.

Y elevé mis ojos a las ramas, que me brindarían ayuda, y me volví y dejé los bosques que me habían dado la vida. Sabía que tendría que viajar días y noches para llegar a la tierra que había elegido para mi nuevo hogar. Que pasarían años antes de que volviera a verlos, que hombres y árboles morirían antes de que yo regresara. Pero la idea ya no era oprimiente. No corté ninguna rama del abedul. No llevaba conmigo más que

el polvo del camino, que se iba levantando tras de mí. Pero en ese polvo había un resplandor, como el resplandor de una alborada, y mis ojos se elevaron hacia el futuro que me aguardaba.

## INDICE

Introducción .....	9
Orígenes y ambiente .....	11
Vislumbre y comienzo .....	17
Sobre libros y saber libresco .....	29
Trilljam y mis primeras tribulaciones .....	37
Fiestas y juegos .....	45
Primera exégesis .....	57
Tía Veronika .....	63
El campo de espinas .....	71
"Jule" y otros compañeros .....	79
Piedras y pan .....	85
El rumor de los bosques .....	93
Mi primera águila .....	105
El continente negro y el más allá .....	109
"Amiguito" .....	121
"La gaya ciencia" .....	129
Primer amor .....	137
Y otra vez los bosques .....	147
El segundo ciclo .....	159
Despedida .....	169